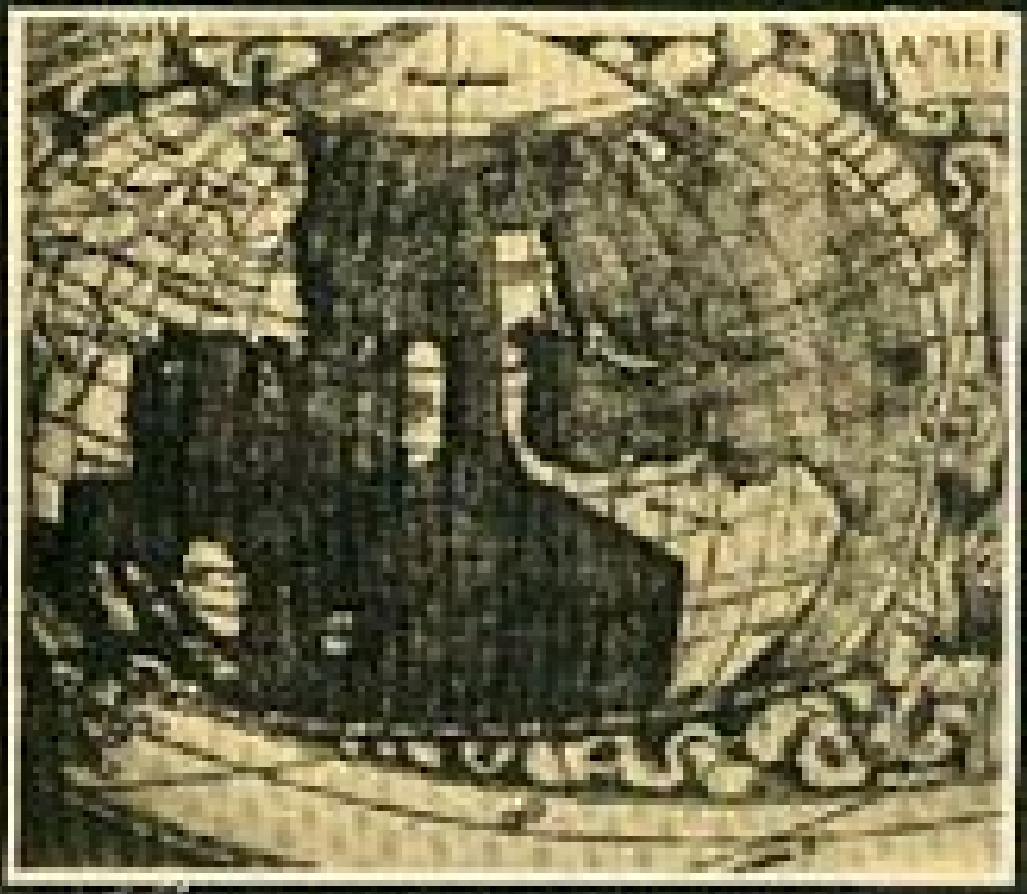
Jacques de Mahieu

LA GEOGRAFIA SECRETA DE AMERICA

ANTES DE COLON



LOS ENIGMAS DEL UNIVERSO

HACHETTE

Jacques de Mahieu

LA GEOGRAFIA SECRETA DE AMERICA

ANTES DE COLON

INDICE

		Pág.
I.	La América de los romanos	9
II.	Más allá del mar tenebroso	51
III.	Colón, el embustero	75
IV.	El "mapa imposible" de Martín Waldeseemüller	103
V.	Las tierras nuevas	125
VI.	La tierra de los papagayos	153
VII.	El secreto dieppense	167

I

La América de los romanos

Cierto día del siglo I de nuestra era, el griego Alejandro, capitán de un barco mercante de Roma, se hizo a la mar para un largo viaje. Partiendo de un puerto de Quersoneso Aureo, que llamamos hoy día Indochina, hizo rumbo al sur y, veinte días más tarde, tocó tierra en Zabai. Desde allá, se dirigió hacia el este y, después de "un número de días tan grande que no fue posible contarlo", alcanzó, "sin escala intermedia", la bien conocida ciudad de Cattigara. Tal es el relato que debemos al geógrafo fenicio Marino de Tiro cuya obra, escrita en los últimos años del siglo I, se perdió pero fue retomada, cincuenta años más tarde, por su colega Claudio Ptolomeo, griego romanizado del Egipto.

No nos sorprendamos encontrar, en aquella época, un barco romano en el Extremo Oriente. Al incorporar Grecia en su imperio, la Urbs había recogido la herencia de Alejandro Magno y, de conformidad con su genio, la había proyectado en el campo de las realizaciones concretas. Numerosos eran sus súbditos —arquitectos, escultores, albañiles, carpinteros, fundidores— que iban a trabajar a las Indias donde se los conocía con el nombre de *iavanas*. Pero sobre todo sus barcos surcaban el Océano Indico y recalaban regularmente en los puertos que el Imperio había construido en sus costas. Tenemos de ello pruebas tangibles desde que se descubrieron, en 1945, cerca de Pondichéry, las ruinas de la ciudad romana de Arikamendou, centro de exportación de la muselina, y luego,

cerca de Saigón, los vestigios de la factoría de Oc-Eo, la que, verosímilmente, dependía de la primera.

¿Roma tenía, pues, navíos capaces de navegar tan lejos fuera del *Mare Nostrum?* Sin duda alguna. Siempre pensamos en las embarcaciones de cabotaje —de 200 a 400 toneladas— que se encontraron, en el curso de los últimos decenios, en las costas del Mediterráneo. Pero las había mucho más grandes (1), tal, por ejemplo, la de que habla Luciano, un carguero de Alejandría, destinado al transporte de cereales, que pasaba de las 2.000 toneladas. Doscientos sesenta y seis pasajeros viajaban en el barco que llevó san Pablo a Roma, y Flavio Josefo, en la misma época, menciona un navío, por lo demás cargado de mercaderías, que trasportaba a seiscientas personas. En cuanto a las tripulaciones, no olvidemos que Grecia y Fenicia, tierras de marinos por excelencia, pertenecían al Imperio. Los puertos de Palestina (El Aqaba) y del Egipto le daban, por otro lado, acceso al Mar Rojo y los de Persia, directamente al Indico. La presencia de Alejandro en Indochina no tiene, por lo tanto, nada que nos pueda sorprender. Por el contrario, es sumamente extraño que haya alcanzado a Cattigara, una ciudad que mencionan todos los mapas, entre el siglo I y el siglo XVI, pero que sitúan en una tierra que no existe.

Conservada en Bizancio, la *Geografía* de Ptolomeo llegó a Europa junto con las obras esenciales de los filósofos griegos y constituyó, durante toda la Edad Media, el texto fundamental de la cosmología de la época, tanto para los sabios árabes * de España como para los escolásticos cristianos. La acompañaban un mapamundi y varios mapas parciales. A principios del siglo XV, la *Geografía* fue tra-

* Decimos "árabes" para mayor comodidad de lenguaje. No ignoramos, por supuesto, que los sabios en cuestión eran persas, sirios, afganes, egipcios y bereberes, arabizados.

ducida al latín y numerosas ediciones se sucedieron hasta fines del siglo XVI.

Si observamos el mapamundi de Ptolomeo (*fig. 1*), notaremos que Europa está correctamente diseñada, aunque Escandinavia no figura en él o, si se quiere, se reduce a Islandia (Thule) y que el Africa no pasa del 10º grado de latitud sur. En el Asia, la India está muy mal representada, Ceilán (Trapobana) tiene dimensiones abusivas e Indochina desciende un poco por debajo del Ecuador, lo cual parece indicar —veremos que hay otras razones para creerlo— que la Insulindia se confunde con ella. Más allá, aparece un golfo, profundo y estrecho, que lleva el nombre de *Sinus Magnus* y cuya costa oriental, donde se encuentra Cattigara, desciende hasta el 15º grado de latitud sur y, luego, se inclina hacia el oeste y va a unirse con el Africa. El Océano Indico se convierte así en un mar cerrado que rodean el Africa, al oeste; el Asia al norte; la "Tierra de Cattigara", al este; y une *Terra Incognita,* al sur. Cosa extraña: las costas orientales de China y de la tierra misteriosa, las que deben lógicamente bordear el Océano Atlántico, no están representadas en el mapa.

Cosa extraña, decimos. En el siglo II, en efecto, se sabía muy bien que la tierra es redonda y hacía tiempo que Eratóstenes había calculado correctamente su circunferencia: 252.000 estadios, unos 40.000 kilómetros. Pero se creía que nuestro planeta constituía el centro inmóvil de un cosmos cuyos otros astros giraban alrededor de ella. Sólo la parte superior del globo, la Ecumene, se consideraba habitable: en el hemisferio sur, la gente hubiera tenido la cabeza abajo, lo cual era inconcebible. Pero basta que la tierra sea redonda para que el Atlántico, a falta, por supuesto, de un continente intermedio, bañe a la vez las costas de Europa y las del Asia.

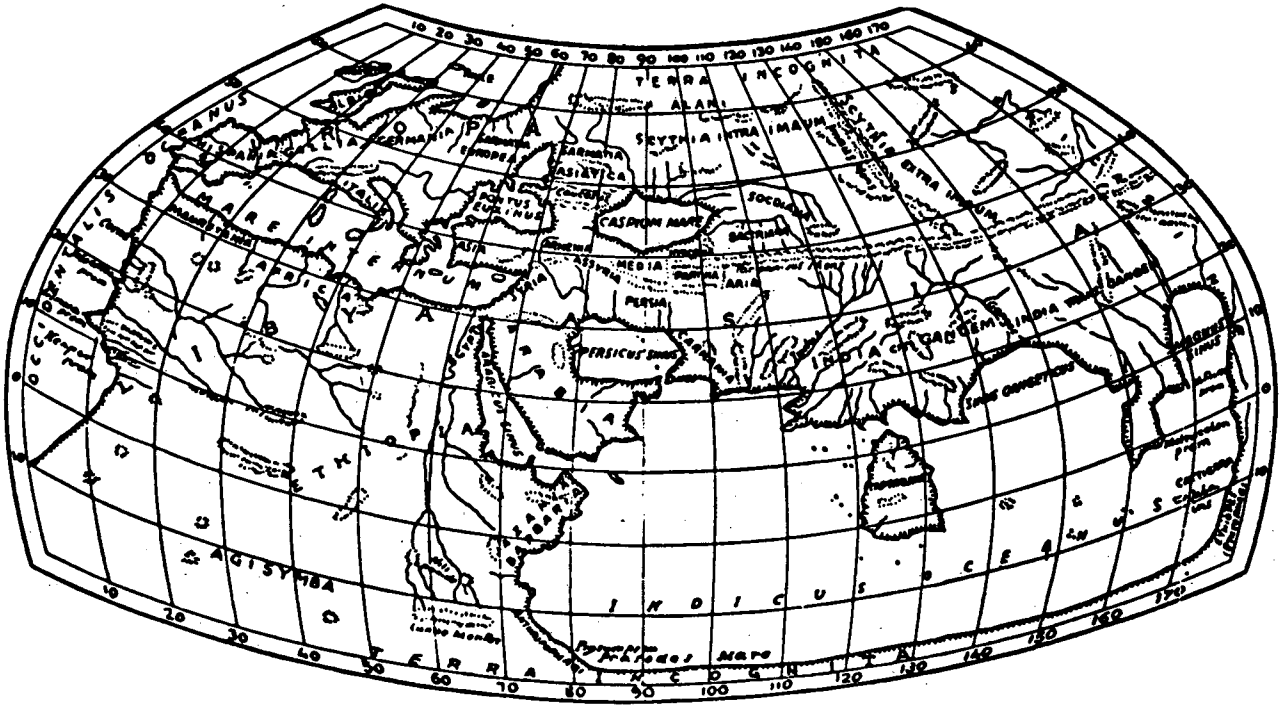


FIG. 1 – *Mapamundi de Ptolomeo (Siglo II).*

Esta laguna del mapamundi de Ptolomeo reviste una extrema importancia, pues demuestra que el geógrafo no extrapola, que se limita rigurosamente a los hechos conocidos y, por lo tanto, observados. No vacila, a pesar de la teoría, en invadir, en el Africa, más de diez grados del hemisferio sur, porque sabe que se navega más allá del Ecuador, y, si lo hace igualmente para la Tierra de Cattigara, es que debe de tener, respecto de ella, la misma certeza. Inversamente, no diseña las costas orientales de la Ecumene por la sencilla razón que sus informantes no las alcanzaron. *Contrario sensu,* la costa occidental de la Tierra de Cattigara es conocida y Ptolomeo se basa, para hacerla figurar en su mapa, en testimonios, directos o indirectos, de marinos que llegaron hasta ella. Ahora bien: esta costa, repitámoslo, no existe. Al este de Indochina sólo se extiende el Océano Pacífico.

Algo falla, pues, en la exposición de nuestro geógrafo. Hubiéramos podido darnos cuenta de ello al seguir en el mapa el itinerario de Alejandro. Este sale de un puerto indochino, probablemente Oc-Eo, y recala en Zabai, siempre en el Quersoneso Aureo, según parece. Ahora bien: es éste, aún hoy, con apenas algunas variantes (Zabak, Zabag, Sabah), el nombre que lleva la costa norte de Borneo donde Ptolomeo sitúa, por lo demás, la ciudad de Samaradi que todavía existe con el nombre de Samarindia. Lo cual confirma lo que hemos dicho más arriba: para el alejandrino, Indochina y la Insulindia constituyen una misma península. Ahora bien: en su mapa, entre Zabai y la Tierra de Cattigara, sólo hay 8º 40', o sea, puesto que atribuye al grado, siguiendo en esto a Posidonio y no a Eratóstenes, un valor de 500 estadios, unos 680 km. No es ésta una distancia tal que Alejandro haya necesitado, para recorrerla, "un número de días tan grande que no fue posible contarlo". Tanto menos cuanto que es apreciable-

mente inferior a la que, en el mismo mapa, separa la costa oriental de Ceilán de la punta indochina en cuestión —27º 42′, o sea unos 2.200 km—, travesía habitual para los barcos de Roma.

Para este contrasentido, hay una única explicación: el mapa de Ptolomeo no reproduce fielmente el que ilustraba la *Geografía* de Marino de Tiro. Pues parece sumamente improbable que este último se haya contradicho de un modo tan evidente. De hecho, sabemos que el alejandrino, aun siguiendo de muy cerca la obra de su predecesor, no titubeó en rectificar, con o sin razón, algunos de sus aspectos esenciales. No sólo cuando reemplaza, por ejemplo, los meridianos paralelos de Marino por líneas curvas que se juntan en el polo, como corresponde, sino también cuando reduce apreciablemente la extensión de la Ecumene.

Para Ptolomeo, las tierras conocidas cubren 180 grados, contados a partir de las Islas Afortunadas, nuestras Canarias. El Quersoneso Aureo se sitúa a los 160° de longitud y Zabai, a los 168° 20′. Entre este último punto y Cattigara, encontramos los 8° 40′ que atribuye al *Sinus Magnus* y los 3 que corresponden a la franja de las tierras orientales que deslinda el marco del mapa. Marino de Tiro, también él, coloca Indochina a los 160° y los veinte días de navegación de Alejandro no permiten admitir que, para él, la costa de Borneo haya estado más al este que para Ptolomeo. Quedan así, para completar sus 225 grados, 56° 40′, o sea 53° 40′ para el *Sinus Magnus* (*fig. 2*). Cattigara se sitúa entonces en la longitud de las islas Marquesas. El Gran Golfo de Marino de Tiro era, pues, casi siete veces más ancho que el de Ptolomeo y, siempre con grados de 500 estadios, se extendía sobre cerca de 5.000 km. Distancia ésta tanto más respetable cuanto que el geógrafo fenicio reducía en una buena tercera parte la circunferencia del globo. Ahora entendemos, sea dicho entre

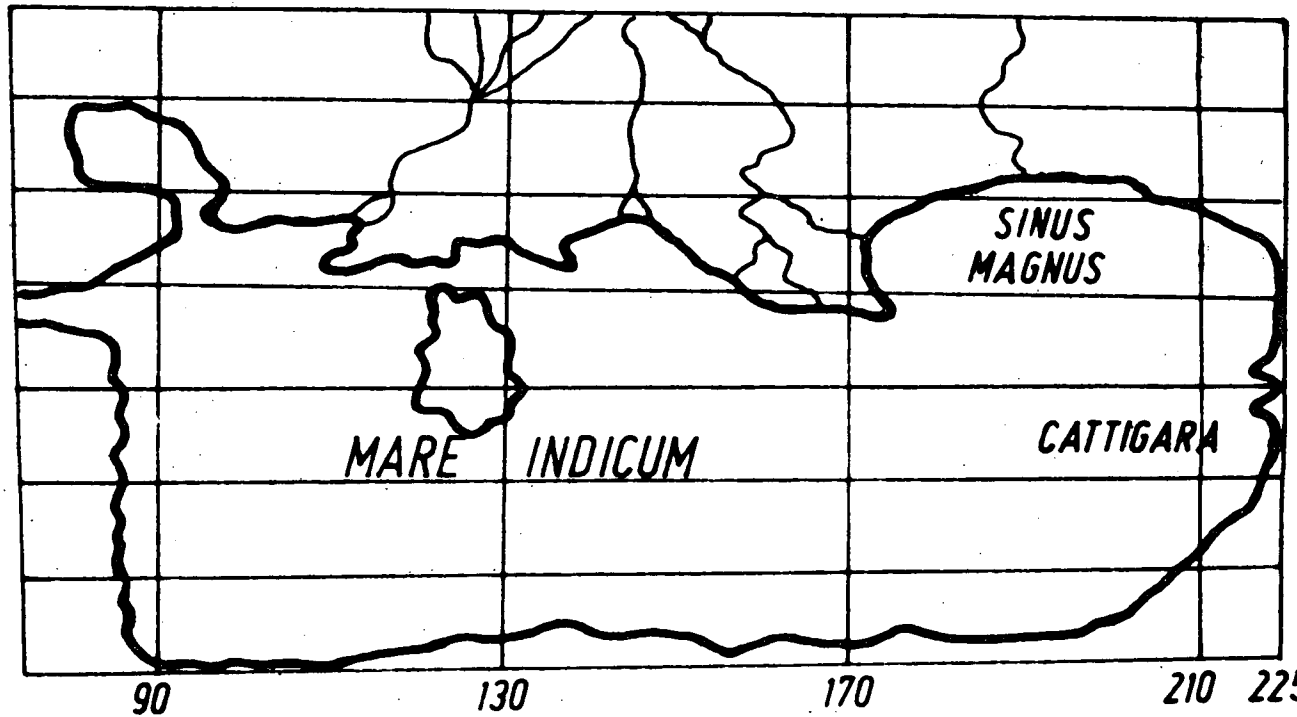


FIG. 2 – *Mapamundi de Marino de Tiro. Croquis.*

paréntesis, por qué un golfo que, en Ptolomeo, es mucho más pequeño que su vecino, el *Sinus Gangeticus* —nuestro Golfo de Bengala— lleva el nombre de *Magnus*: lo merecía en Marino. Y más aún de lo que éste podía imaginarlo, pues lo cerraba, al este, nada menos que la costa occidental de nuestra Sudamérica.

La deducción no es nuestra. Se la había hecho, como veremos, en el siglo XVI, pero, luego, se la había olvidado. En nuestra época, por lo que sabemos, fue el historiador argentino Enrique de Gandía ([2]) quien, por primera vez, formuló, en dos frases, la hipótesis de que la "India Oriental" no fuera sino América. La idea fue retomada y desarrollada por su compatriota, Dick Edgar Ibarra Grasso ([3]) quien, citando lealmente a su predecesor, no por ello dejó de tenerla por su lado y, lo que es más importante, la probó, En un mapa de detalle de la *Geografía* de Ptolomeo que muestra la misteriosa costa oriental figuran, en efecto, a la altura del Ecuador, al norte de Cattigara, dos cabos fuertemente marcados, únicos accidentes que vienen a quebrar la uniformidad del trazado. Ibarra Grasso se dio cuenta que esos dos promontorios existen realmente, en la misma latitud, en la costa occidental de Sudamérica (*fig. 3*).

Hay más todavía. En el mapa de Ptolomeo, la Tierra de Cattigara lleva una cantidad apreciable de indicaciones toponímicas, algunas de las cuales son en latín (*Satyrorum Promontorium, Saenus Fl.*, etc.), pero se trata de traducciones del griego cuya forma primitiva desconocemos, mientras que otras (las localidades de Acathra, Aspithra, Bramma, Rhabana, Caccoranagara, Cattigara, etc.) son indiscutiblemente hindúes *. Pero hay también dos nom-

* Empleamos este término inexacto para evitar "indio" que podría suscitar confusiones en una obra relativa a América.

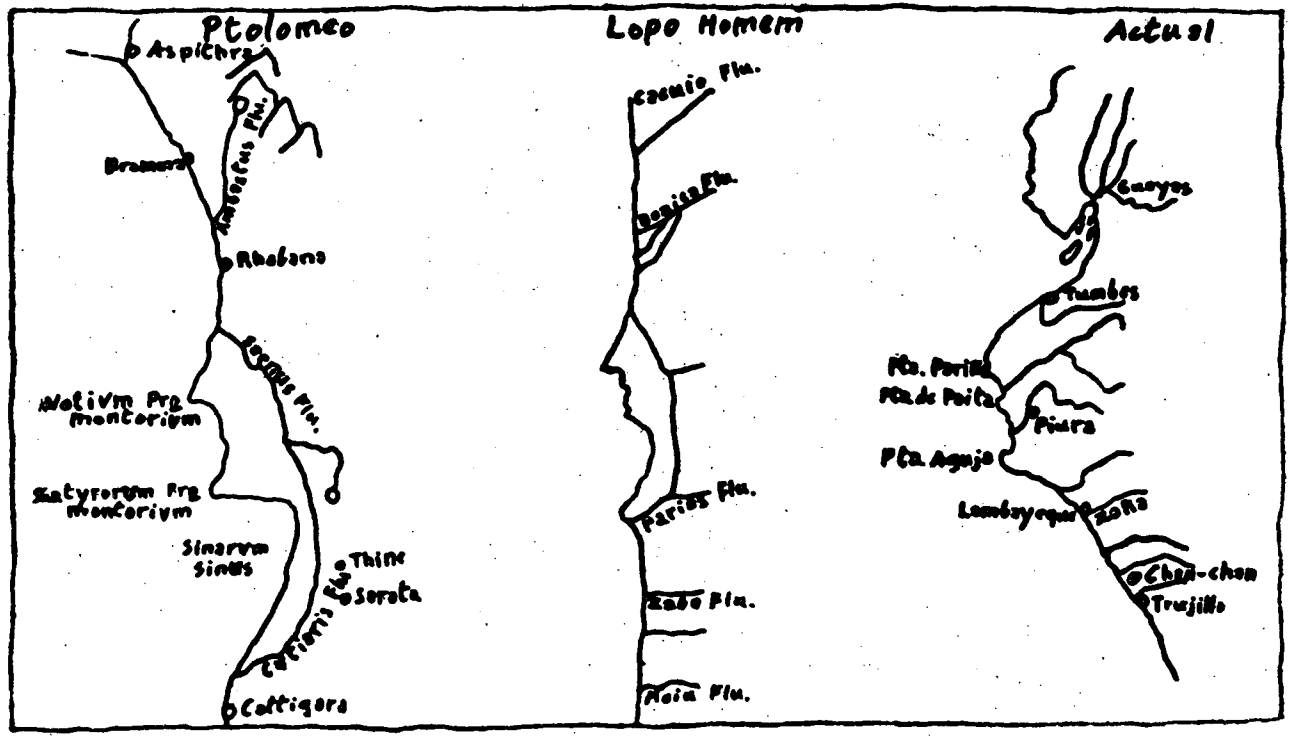


FIG. 3 – *La costa de Cattigara, según Ptolomeo y Lopo Homem, y la de Sudamérica, según Ibarra Grasso.*

bres reveladores. Uno es el de un río, *Ambastus Fl.*; el otro, el de una localidad, Sarata. No sólo tienen una neta consonancia quichua, sino que, además, siguen existiendo. Encontramos otros dos en un mapa de detalle que acompaña el mapamundi de 1519 (*foto 2*) de Lopo Homem, del que hablaremos más adelante. El cartógrafo portugués retoma el trazado del alejandrino, pero con una toponimia distinta. Dos ríos llaman nuestra atención. El nombre de uno de ellos, *Bozica Fl.*, situado en la actual Colombia, recuerda curiosamente al Dios Blanco Bóchica de la tradición muysca. El del otro, *Maiu Fl.*, en el Perú, resulta aún más significativo. Pues *maiu*, en quichua, significa muy exactamente "río".

De esta toponimia, Ibarra Grasso deduce que las costas occidentales de América las frecuentaban principalmente, en la época de Marino de Tiro, comerciantes hindúes. Sin embargo, el hecho en sí sólo significa que los navegantes grecorromanos las conocían por los hindúes. De cualquier modo, tenemos buenas razones de pensar que los chinos también cruzaban el Pacífico.

En el mapa de Ptolomeo, al sur del *Satyrorum Promontorium*, se abre un golfo que, en realidad, no existe y que el geógrafo —o su traductor— llama *Sinarum Sinus*, Golfo de los Chinos. A la misma altura, pero en el interior de las tierras, figura una ciudad ("metrópoli", dice Ptolomeo) que lleva el nombre de *Thinae*. A menudo se dijo que se trataba de la capital de China, no sin agregar que su nombre provenía de la dinastía Tzin. Se llegó hasta a sostener que Ptolomeo se había equivocado lisa y llanamente, orientando hacia el sur, en lugar del norte, la costa china, lo cual constituye un doble disparate: nunca hubo la menor dificultad para medir la latitud, y la toponimia hindú excluye toda confusión. Por otro lado, el nombre de Thinae —a veces Thina o Cina—, aplicado a una ciudad de China

o al país todo, era conocido en el Occidente (Eratóstenes) y en el Oriente (Kantilya, 300 a. J. C.) mucho antes de la época de la dinastía Tzin (225 a 206 a. J. C.). La hipótesis más probable, e Ibarra Grasso la insinúa, es que Thinae o Sinae (los chinos, en latín) venga de *Sinus* y signifique "los habitantes del Golfo". Thina y sus variantes Cina y Sina serían entonces "el país de los habitantes del Golfo".

En el marco de esta hipótesis, la mención de Thinae y del *Sinarum Sinus* en las costas de la Tierra de Cattigara querría simplemente decir que, en el lugar señalado, habría habido, en aquella época, una población china. Lo cual sería tanto menos sorprendente que ésta aún existía en el siglo pasado: los inmigrantes que, hacia 1850, empezaron a llegar desde el Celeste Imperio al Perú tuvieron la sorpresa de encontrar en Etén, una pequeña aldea de pescadores situada precisamente en el Golfo de los Chinos de Ptolomeo, a "indios", distintos de los demás, cuya lengua entendían (4). Señalemos también que es entre los chimúes, cuya capital, Chan-Chan, está situada al sur del *Sinarum Sinus*, que se ha notado la mayor cantidad de rastros de aportes culturales asiáticos.

Queda, además, el famoso problema de Fu-Sang. El historiador chino Li Yu, que conocemos, desde el siglo XVIII, gracias al orientalista de Guignes, nos ha conservado, en efecto, el relato del bonzo Hoei Chin, quien, en el año 499 de nuestra era, habría vuelto a China desde el país de Fu-Sang. Este sacerdote budista cuenta que se trata de una tierra lejana, situada al este, más allá de los mares, la que debe su nombre a una planta que sirve para múltiples empleos: sus hojas, cuando están tiernas, se comen como las del bambú; su fruto colorado se parece a la pera; su corteza da fibras con las cuales se tejen los vestidos y se hace papel.

Los habitantes de Fu-Sang ignoran la guerra. Viven en

casas de madera y sus aldeas no están fortificadas. Están gobernados por un rey llamado Y-Ki y por una aristocracia dividida en tres categorías: los tui-lu, los pequeños tui-lu y los na-to-tcha. Tienen una escritura propia. Utilizan carros arrastrados por bueyes, caballos y ciervos. Estos últimos se crían como, en China, los vacunos: se los ordeña y, con su leche, se hace queso. Hay bueyes que son capaces de llevar en sus largas astas una carga de 20 ho (200 quintales). En el país, se encuentran peras coloradas que se conservan todo el año sin podrirse y uva en abundancia. Se trabaja mucho el cobre, y también el oro y la plata que se aprecian poco. No se conoce el hierro.

Hoei Chin completa su relato retrazando el itinerario de cinco monjes budistas, naturales de Samarcanda, que, en el año 458, se fueron a Fu-Sang para predicar allí su religión. Se embarcaron en el Pacífico y, a 12.000 lis de China (el li vale 576 metros), encontraron Nippón; a 7.000 lis más al norte, Wen Chin, el país de los ainos; a 5.000 lis de este último, Ta Hon, rodeado por el agua de tres lados. Por fin, después de un viaje de 20.000 lis hacia el este, llegaron a Fu-Sang. 20.000 lis son exactamente la distancia que, siguiendo el Kuro Sivo, separa China de California donde crece el maguey, una planta en todo conforme a la descripción que el bonzo da del fu-sang. Sin embargo, no había caballos, en América, en la época en cuestión, y ni el bisonte ni los cérvidos, salvo el reno, pero en el extremo Norte, jamás fueron domesticados. Son éstos detalles que pierden mucho de su importancia si se piensa que el relato de Hoei Chin se remonta al siglo v y no nos ha llegado directamente. Es más lógico aceptar una descripción embellecida que suponer meramente imaginario un viaje, que se nos relata con una extremada precisión geográfica, hacia tierras bien reales, pero cuya existencia se habría ignorado.

Los hindúes no fueron nunca grandes navegantes. Ptolomeo señala que se empleaban, en Ceilán y en el Golfo de Bengala, embarcaciones de 3.000 ánforas, vale decir de alrededor de 100 toneladas, lo que no parece suficiente para ir a América. Pero sabemos que la navegación entre las Indias y Cathay se efectuaba con inmensos juncos chinos que llegaban a las 3.000 toneladas. Así el monje budista Fu Hian, en el año 414, hizo el viaje de Java a Cantón en un navío que trasportaba doscientos pasajeros, además de su cargamento, e Ibn Batuta, en 1330, fue de Calicut a China en un junco a bordo del cual disponía, para él y sus esclavas favoritas, de un camarote provisto de un cuarto de baño y un cuarto de tocador. El geógrafo árabe nos habla de uno de esos navíos gigantescos que trasportaban seiscientos tripulantes, cuatrocientos soldados y trescientos pasajeros ([1]). Sabemos, por otra parte, que, entre 1405 y 1431, el almirante Tcheng Ho armó siete expediciones marítimas sucesivas, una de las cuales, con setenta y dos juncos que trasportaban diecisiete mil soldados, alcanzó las costas del Africa ([5]).

Los barcos chinos, a menudo al servicio de comerciantes hindúes, estaban, pues, en condiciones de afrontar la travesía del Pacífico. Marco Polo, que sólo habla, en este punto, de oídas, nos cuenta, por lo demás, que navíos "de Zaiton y de Guinsai" hacían viajes de un año para ir a buscar oro en islas, pobladas de caníbales, del Mar de China "que rodea Mangi", pero muy lejos "del camino de la India". Las indicaciones geográficas que da, al respecto, nuestro aventurero son de las más imprecisas y contradictorias. Se tiene la impresión de que habla, a veces del Japón, donde, por cierto, no había caníbales, a veces de la Insulindia, de la cual es difícil decir que el oro "abunda tanto allí que es una maravilla". Una tierra de caníbales, donde abunda el oro, a seis meses de navega-

ción de China, sólo puede tratarse de México. Ahora bien: la ciudad de Acathra, en el mapa de Ptolomeo, está situada exactamente en la latitud de Teotihuacán.

Otro pasaje del *Milione*, en el cual Marco Polo nos describe, siempre de oídas, la isla de Cipango, nos sugiere, sin embargo, otra idea: "Cipango es una isla situada hacia el Levante, a unas 1.500 millas de la tierra firme, vale decir de la costa de la provincia de Mangi. Es una isla muy grande: sus habitantes tienen la piel blanca, un buen aspecto y costumbres civilizadas... Poseen oro en enorme abundancia y nunca se agotan las minas donde lo encuentran: su rey no permite exportarlo fuera del país y es ésta la razón por la cual los comerciantes que viajan a esta isla son muy pocos. Los barcos que van allí desde otras partes del mundo tampoco son muy numerosos. La extraordinaria riqueza del palacio del soberano, según nos contaron algunas personas que tienen permitido el acceso, constituye un espectáculo maravilloso... El techo entero está cubierto de una hoja de oro fino... y los cielos rasos de cada una de las salas son del mismo metal precioso; numerosos departamentos tienen mesas de oro fino de considerable espesor y los motivos que ornamentan las ventanas son de oro... Cuando hablamos de ese mar (el donde se halla Cipango. N. del A.), debéis comprender que no es sino una parte del Gran Mar Océano". Los japoneses civilizados no son de raza blanca y sus islas, situadas a 450 km de las costas de China (y a 100 km de las de Corea), y no a 1.500, no son especialmente ricas en oro. ¿Marco Polo no atribuirá a Cipango algunas de las características de una tierra lejana que habitaban, en el siglo XIII, hombres blancos civilizados cuyos templos y palacios estaban cubiertos de oro y que sólo puede ser el Perú?

Estamos ahora en condiciones de retrazar los dos itine-

rarios conocidos, en el curso del primer milenio, para ir del Asia a América. El uno es el de Alejandro que, según Marino de Tiro, como ya hemos visto, salió de Zabai y llegó a Cattigara. Efectivamente, cualquier barco que navegue desde Borneo en la dirección indicada no tarda en ser arrastrado en línea recta, por la Contracorriente Ecuatorial, hacia las costas del actual Ecuador. Ptolomeo sitúa Cattigara a los 8° 30′ de latitud sur, vale decir a la altura de Chan-Chan. Allá, una corriente costera, que utilizaban los incas para sus viajes en balsa a Panamá, remonta hacia el norte hasta el sur de México y alcanza la Corriente Norecuatorial que cruza el Pacífico Norte y llega a las Filipinas.

El segundo itinerario, el de Hoei Chin, pasa por el Japón, Sajálin y la península del Kamchatka. Desde este último punto, desciende ligeramente hacia el sur y alcanza el Kuro Sivo que cruza el Pacífico Norte y al que prolonga, hacia el sur, la Corriente de California. La vuelta se efectúa, como en el caso anterior, por la Corriente Norecuatorial. Señalemos aquí que, al seguir, en su viaje de ida, esta ruta del norte, los navegantes veían casi continuamente tierra a babor, lo que debía de darles la impresión de bordear las costas de un inmenso golfo: el *Sinus Magnus*. Impresión ésta casi exacta, por lo demás, puesto que el Asia sólo está separada de América por el Estrecho de Behring.

Verosímilmente, los grecorromanos no conocían el camino de Fu Sang. Su intercambio con China se efectuaba, en efecto, sea por caravanas que traían hasta Persia los productos del Celeste Imperio y, en particular, los artículos de seda y de algodón, sea desde sus factorías del sur asiático y, muy especialmente, del Quersoneso Aureo. Sabían, por cierto, que era posible alcanzar China remontando hacia el norte las costas del *Sinus Magnus*. Tenemos al

respecto el testimonio de un comerciante griego establecido en Bereniza, en el Mar Rojo, que nos dejó un manual de navegación, *Periplous Maris Erithraei*, en el cual nos habla del país de la seda, situado "justo debajo de la Osa Mayor". Pero sólo lo hace de oídas: China es muy difícil de alcanzar "y muy pocos son los que llegan allá" (1).

Durante toda la Edad Media, casi no se hizo sino repetir la *Geografía* de Ptolomeo, cuyo complemento habitual constituía el *Periplous*. Las cosas cambiaron cuando los árabes tomaron el lugar de los griegos y se establecieron sólidamente en la Insulindia de donde traían a Europa los productos del Asia y, en especial, la seda, las especias y la tintura de madera brasil. Sus geógrafos que, en Bizancio, habían hallado las obras de Ptolomeo —incluso su *Almagesto*, del que sacaron lo esencial de sus matemáticas— empezaron, pues, a recibir informes extremadamente precisos que contenían, sea el fruto de observaciones directas de sus autores, sea la exposición de los conocimientos adquiridos, a lo largo de los siglos, por los navegantes cultos de las islas indonesias. Al trasladar estos nuevos datos al mapamundi de Ptolomeo, dos hechos, de inmediato, les saltaron a la vista: Sumatra y Borneo eran islas, distintas de Indochina; la Tierra de Cattigara no existía, por lo menos en el lugar donde el alejandrino la había situado. El resultado de este trabajo se nota, a las claras, en el mapa diseñado, en 1154, por el geógrafo nubio de habla árabe El Edrisi, al servicio de Rogelio II, rey normando de Sicilia (*fig.* 4). Al este de Ceilán (Sarandib), vemos en él un grupo de islas, las más importantes de las cuales llevan los nombres de Ram y Al Kamar (o Malal). Este archipiélago, no sólo representa, por lo demás muy mal, la Insulindia, sino que también reemplaza lisa y llanamente el Quersoneso Aureo. Más allá, el Océano Indico está abierto hacia un mar universal que rodea la totali-

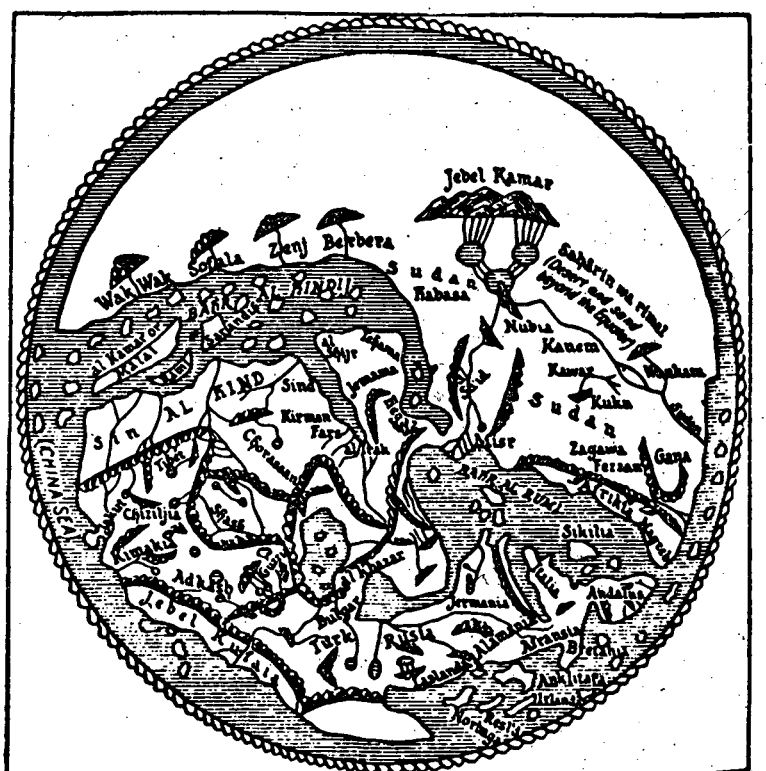


FIG. 4 – *Mapamundi de El Edrisi (1154).*

dad de las tierras, inclusive la *Terra incognita* de Ptolomeo que, al sur, sigue unida con el Africa y con China, cuyas costas, por primera vez, están diseñadas. Notemos que el mapa de El Edrisi está orientado al modo chino, con el norte arriba, y que debemos, por lo tanto, darle vuelta para poder compararlo útilmente con el del alejandrino.

Los relatos de viaje de Marco Polo y de Nicolo dei Conti pronto vinieron a reforzar la interpretación de los geógrafos árabes cuya influencia perduró hasta mediados del siglo xv. El mapamundi anónimo de 1457, que se atribuye, por lo general, a Toscanelli, y el de Fra Mauro (1459) no hacen sino retomar, precisándolo, el esquema de El Edrisi. Dicho con otras palabras, entre 1154 y 1459 —para limitarnos a las fechas de los mapas que nos fueron conservados—, los geógrafos del Occidente negaron lisa y llanamente la existencia de la Tierra de Cattigara. Esto a pesar de que la obra de Ptolomeo, constantemente reproducida en incontables manuscritos, nunca había dejado de constituir, para los europeos como para los judíos y los árabes, la base de la ciencia cosmográfica, como se decía entonces. Las cosas cambiaron repentinamente en 1489.

Ese año salió, en efecto, el mapamundi del geógrafo alemán Henricus Martellus (*fig. 5*). Como en los mapas de El Edrisi y de sus continuadores, la Ecumene, en él, está rodeada por el mar universal. Pero el *Sinus Magnus* de Ptolomeo retoma su lugar. La Tierra de Cattigara reaparece, pues, con su capital. Ya no se trata, sin embargo, de una mera costa prolongada, al sur, hasta el Africa, por una *Terra incognita*. El océano está abierto, al sur como al este. Pero nuestro geógrafo hace de la costa china el límite marítimo oriental de la Tierra de Cattigara. Esta toma así la forma de una enorme península que prolonga

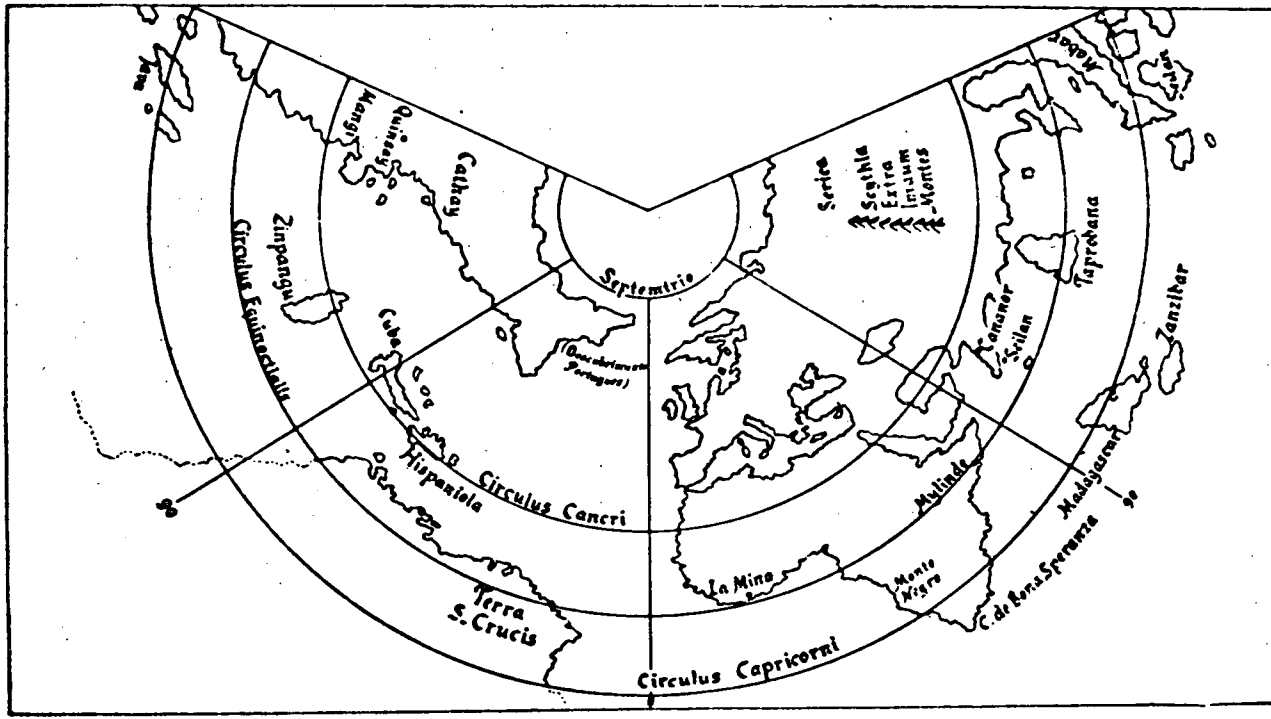


FIG. 6.– *Mapamundi de Contarini (1505). Croquis, según G. R. Crone.*

China hacia el sur, al este del *Sinus Magnus*, tan reducido como en Ptolomeo *.

El profesor Ibarra Grasso ([3]) quiere ver en esta trasformación la consecuencia del renacer, debido a la imprenta, de las concepciones del alejandrino. Henricus Martellus no habría hecho sino una especie de síntesis de los datos, aparentemente contradictorios, de Ptolomeo y El Edrisi. Tal interpretación no nos satisface en absoluto. Además de que la *Geografía* nunca había dejado, ya lo hemos dicho, de estar al alcance de los especialistas, por lo menos a partir del siglo XII, la forma de la inexistente península, e Ibarra Grasso lo señala con su lealtad de siempre, recuerda, en efecto, extraordinariamente la de Sudamérica, inclusive la Tierra del Fuego. ¿Puede este contorno por demás exacto deberse al mero azar? ¿No constituirá, más bien, el reflejo de un conocimiento real, aunque incompleto, de América? No podemos dejar de plantearnos el problema. Sobre todo después de comprobar que, en el mapamundi de Martin Waldseemüller (*foto 8*), del que hablaremos largamente en el capítulo IV, la "Tierra del Fuego" de la península está cortada por un estrecho, es cierto que orientado norte-sur.

Aunque ya se lo encuentra en el mapa anónimo de 1457, atribuido a Toscanelli, donde se puede ver una Indochina deforme, es con Henricus Martellus que nace claramente el "gran error" que Ibarra Grasso ([3]) fue el primero en señalar y analizar. Para agregar a los mapas anteriores

* Esta obra estaba en prensa cuando tuvimos conocimiento del artículo de Paul Gallez, *Les grands fleuves d'Amérique du Sud sur le ptolémée londonien d'Henri Hammer (1489)*, publicado en 1975 en la revista alemana *ERDKUNDE*. El autor muestra en él, con mapas comparativos, que, en el mapamundi de su *Insularium illustratum*, Martellus (Hammer) sitúa en la Tierra de Cattigara todos los principales ríos de Sudamérica.

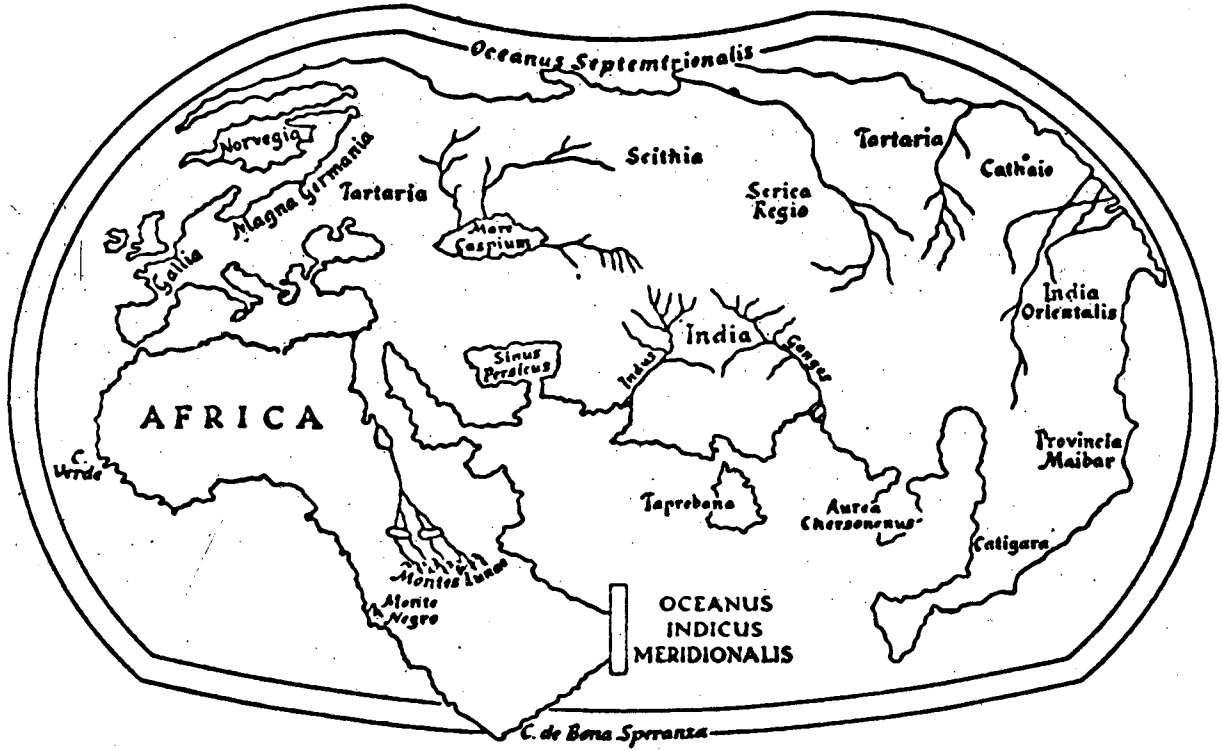
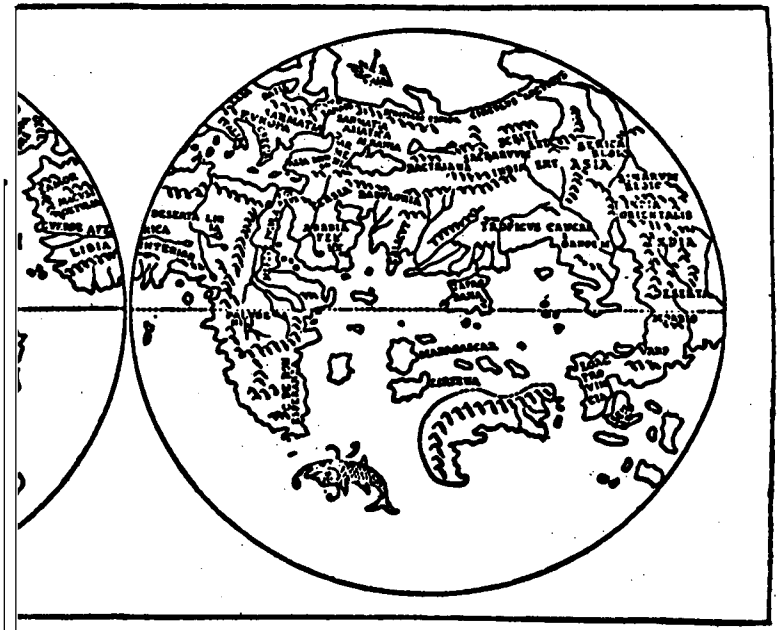


FIG. 5 – *Mapamundi de Henricus Martellus (1489). Croquis, según Ibarra Grasso.*

las costas de China, recientemente conocidas en el Occidente, había que ampliar hacia el norte el *Sinus Magnus*. Lo cual no era posible sin hacer de él un fiordo, salvo que se le diera su ancho real o, por lo menos, el que tenía según Marino de Tiro, lo que las dimensiones reducidas del "Gran Golfo" parecían descartar. Martellus, pues, no vio otra solución que la de completar el mapa trunco de Ptolomeo ampliándolo en 40 grados al este de Cattigara. Después de eso, le pareció lógico a Martin Behaim, en su famoso globo de 1492, situar Indonesia más allá de la "India Oriental", vale decir en pleno Océano Pacífico; lo cual, con todo, la presencia de la isla de Java en el *Sinus Magnus* del alejandrino hubiera debido de prohibirle. Este "gran error" va a impedir a numerosos geógrafos, una vez descubierta la América del Sur, reconocer su prefiguración en la misteriosa península. Así Contarini, en 1506 (*fig. 6*); Waldseemüller, en 1507 (*foto 8*); Lenox, entre 1510 y 1520, no se sabe con exactitud (*fig. 7*); Schöner, en 1515 (*fig. 8*); y Apiano, en 1520 (*foto 5*): todos ellos representan conjuntamente, en los dos extremos de sus mapamundis, la Península de Cattigara y la América del Sur. La vuelta al mundo de Magallanes-Elcano, en 1520, hará imposible tal dualidad al probar que la India Oriental no existe, por lo menos donde se la situaba.

En la misma época que los mapamundis que acabamos de mencionar, se diseñaron, en Portugal, otros mapas, de apariencia arcaica, que, no obstante, se acercaban mucho más a la realidad. Se deben al descubrimiento, en la Insulindia, de un mapa javanés cuyo original se perdió, en 1511, en un naufragio, pero que había sido copiado previamente por un geógrafo de la marina portuguesa, Francisco Rodrigues (6). Esta copia también se perdió posteriormente —salvo algunos mapas de detalle—, pero varios geógrafos



i de Lenox (entre 1510 y 1520).

de la época, cuyas obras se han conservado, se habían inspirado en ella.

En estos mapas, el Océano Indico vuelve a ser un mar cerrado y la costa de Cattigara reencuentra el trazado que tenía en la época romana. No el trazado de Ptolomeo, sin embargo, y debemos también esta observación a Ibarra Grasso (3), sino el de Marino de Tiro. Basta mirar el mapa

estamos en 1519, un año antes del viaje de Magallanes, la entrada del estrecho, supuestamente descubierto por este último, está claramente indicada. En el hemisferio norte, las costas de China se confunden con las de América y de una Groenlandia unida con Escandinavia.

Lopo Homem copió el Mapa Javanés. La prueba nos la proporciona el mapamundi que el geógrafo turco Piri Reis diseñó en 1513. Sólo nos queda desgraciadamente, su tercio occidental (*foto 4*). Vemos en él, no sólo parte de Europa y del Africa, sino también las costas de la América del Norte, confundidas con las de China —el Japón ocupa el lugar que le corresponde—, y de la América del Sur, con las islas Malvinas, pero sin el estrecho. La costa meridional del "Nuevo Mundo" se inclina hacia el este y se convierte, muy al sur del cabo de Buena Esperanza, en la

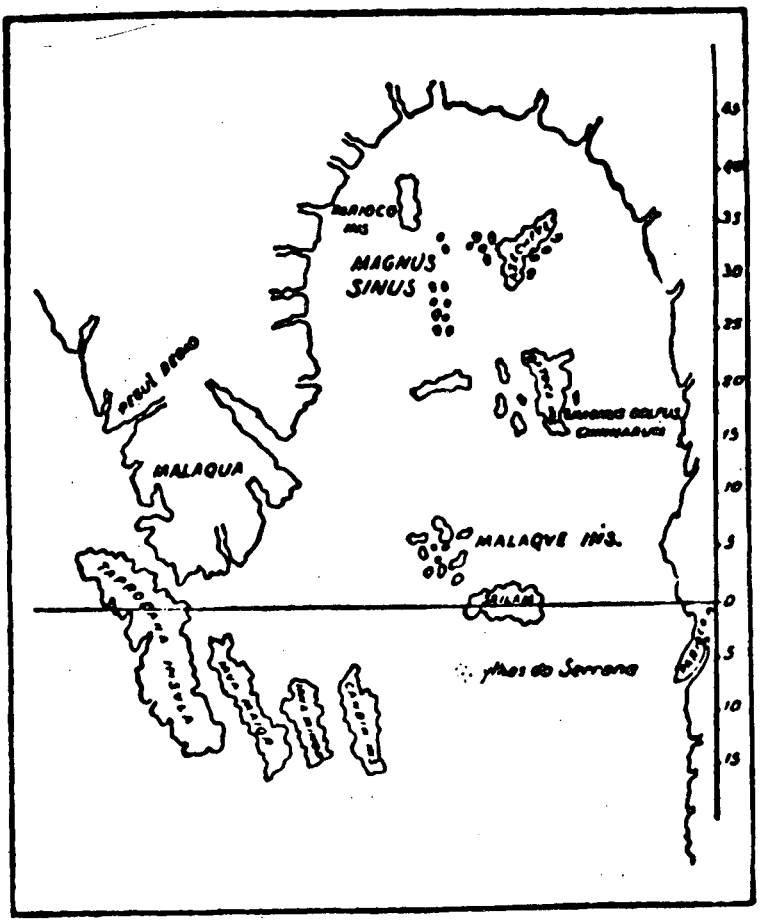
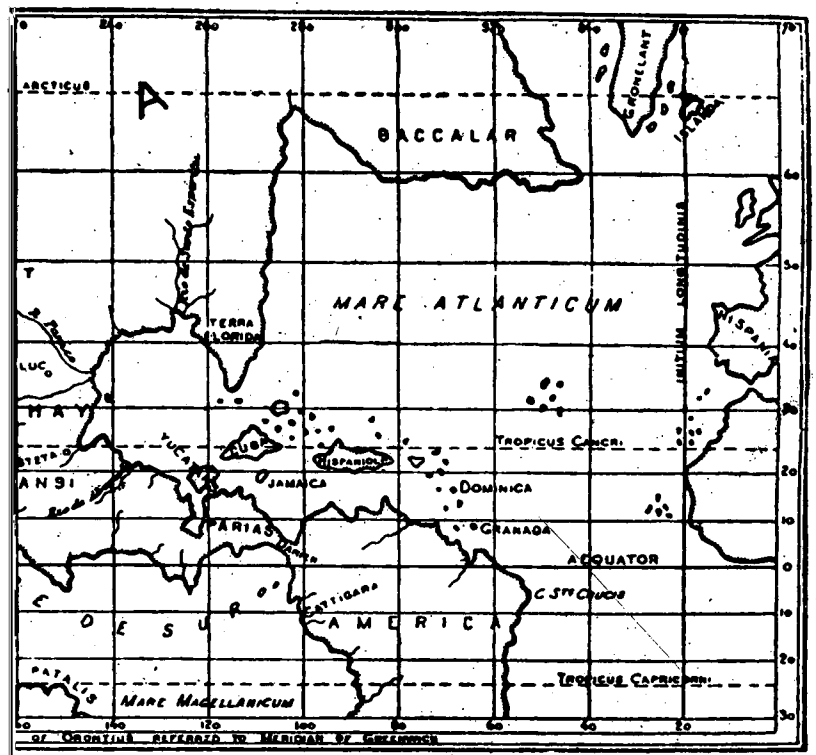


FIG. 9 – *El* Sinus Magnus *en el mapa de Pedro Reinel (1516). Croquis, según la* Enciclopedia Treccani.

al contrario de la obra del alejandrino que no tenía valor alguno para marinos que seguían frecuentando el *Sinus Magnus*. Luego, el cartógrafo turco había debido de inspirarse, como Lopo Homem algunos años más tarde, en el Mapa Javanés o en otros documentos similares.

Queda por saber si Piri Reis y Lopo Homem tuvieron, cada uno por su cuenta, la misma idea, para desgajar el Africa y colocar la América del Sur, de llevar más lejos al sur la tierra austral de los grecorromanos, o si la modifi-



Globo de Oroncio (1531). Detalle.

aún de reconocer, la famosa península, orientada, ahora, hacia el este, y ya no hacia el oeste, y prolongada por una América del Sur cuyo trazado se aproxima, por lo menos hasta el 20° grado de latitud sur, al que le conocemos. Cattigara se encuentra en el lugar que tenía en Ptolomeo. Cathay y Mangi —China— están situados en el Golfo de México y el Mar de las Antillas. En 1548, en un mapa agregado a una edición de la *Geografía* del alejandrino (*fig. 11*), el *Sinus Magnus* está ampliado hacia el norte y China aparece en su costa occidental. En 1571, el Gran Golfo se ensancha considerablemente en el mapa de Francesco Basso (*fig. 12*). A partir de Indochina, la costa asiática, en

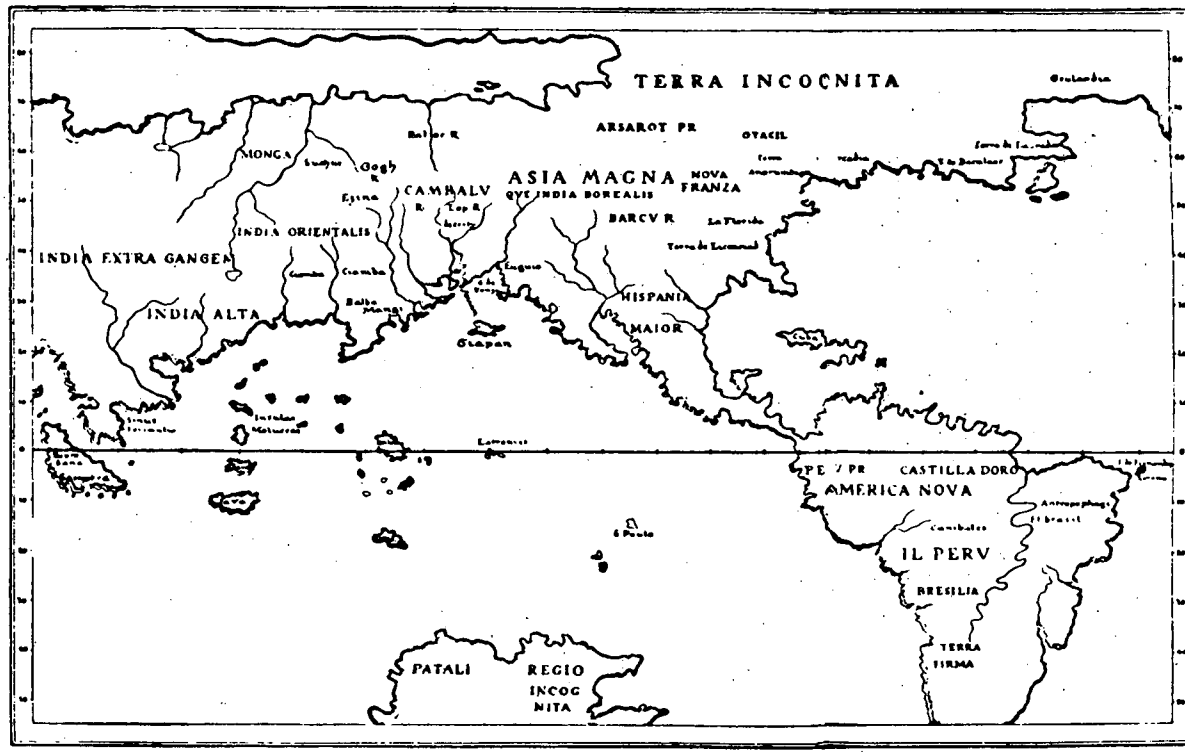
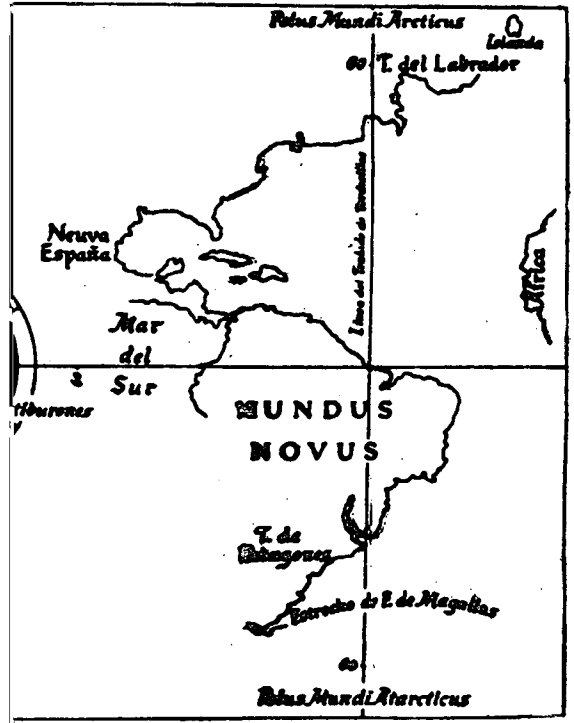


FIG. 12 – *Mapa de Francisco Basso (1571), según la* Enciclopedia Labor.



. *Croquis, según G. R. Crone.*

mera vez, del Asia por un estrecho —nuestro Estrecho de Behring—. Al sur, una enorme Tierra del Fuego, cortada por el borde del mapa, recuerda la vieja tierra austral, la que aún figura, con este nombre, en 1587, en el mapa de Ortelio (*foto 7*) y, en 1595, en el de Mercator (*foto 9*). La América del Norte, aunque muy deformada, adquiere, en estos dos mapamundis, una extensión relativamente cercana a la realidad. Por el contrario, Mercator diseña una América del Sur difícil de reconocer.

¿Qué conclusiones podemos sacar de este análisis? En primer lugar, que los antiguos conocían, por lo menos en los primeros siglos de nuestra era, la costa occidental de Sudamérica y que, en ella, frecuentaban un puerto que llamaban, según la toponimia hindú, Cattigara, pero que era, en realidad, Chan-Chan, capital del imperio chimú cuya cultura había recibido una indiscutible impronta asiática. Creían, sin embargo, que esta costa cerraba, al este, el Océano Indico y vinculaba China con una *Terra Australis* que iba a unirse con el Africa. La Tierra de Catti-

mente conocidos no nos permiten explicar. En los mapas italianos y en algunos otros, esta península inexistente permaneció hasta el viaje de Magallanes, para confundirse después en una América del Sur unida con China y proyectada hacia el este. La escuela portuguesa, por el contrario, sobre la base del Mapa Javanés copiado en 1511, retornó a la concepción de Marino de Tiro, pero vinculando la Tierra Austral, ya no con el Africa, sino, como por su lado lo hizo el turco Piri Reis, con Sudamérica, de la cual la Tierra de Cattigara fue así considerada como la parte occidental. La escuela alemana, por fin, gracias al "mapa imposible" de Waldseemüller, supo, ya en 1507, que América es un continente independiente y, ya en 1515, que un estrecho permite, en el sur, pasar del Océano Atlántico al Océano Indico.

Nos encontramos, pues, frente a datos que provienen de dos fuentes diferentes. Unos, más tarde deformados por Ptolomeo, fueron recogidos en el Oriente por los grecorromanos y se conservaron en Indonesia donde los portugueses los redescubrieron. Los otros, de origen occidental, aparecen repentinamente, a principios del siglo XVI, en el norte de Europa. Los primeros llevan dificultosamente a los geógrafos a identificar la América del Sur, después de los descubrimientos de Colón, con una Tierra de Cattigara

Si se admite la esfericidad de la Tierra, como lo hacían los antiguos por lo menos desde el siglo III antes de Cristo, es muy difícil no deducir de ella cierto número de consecuencias evidentes, una de las cuales nos interesa muy especialmente: todo viajero que siguiera, siempre en una misma dirección, cualquier paralelo que fuese volvería a su punto de partida. Luego, es posible ir a las Indias por el oeste. De hecho, lo que tan a menudo se nos presenta como un genial descubrimiento del geógrafo florentino Toscanelli en el siglo XV, los griegos y los romanos ya lo sabían y los textos que lo prueban van mucho más lejos aún.

"Los que opinan, dice Aristóteles (7), que el lugar donde están situadas las Columnas de Hércules está unido con el que precede la región indiana y afirman así que hay un único mar no parecen decir nada muy inverosímil" *. El Estagirita precisa en otra obra (8) que el mar universal no debe necesariamente considerarse como una mera extensión de agua: "El lenguaje de los hombres ha dividido la tierra habitada en islas y continentes, sin duda por ignorar que toda ella es una isla rodeada por las aguas del Atlántico. Pero es probable que haya tierras muy lejanas separadas por el mar, algunas mayores que ésta y otras

* La mayor parte de las citas del presente capítulo están retomadas de la obra de Alexandre de Humboldt, *Cristóbal Colón y el Descubrimiento de América*. Pero las retradujimos de los originales griegos y latinos o, en algunos casos —Cosmas, El

proclama la posibilidad de cruzar el océano: "¿Cuál es la distancia que separa de la India las últimas costas de España? Muy pocos días de navegación, si el viento impulsa la nave". El filósofo va más lejos en su tragedia *Medea* (12):

ten del Oriente... El Océano, que sigue la línea trazada por el Ecuador, y sus brazos, que se dirigen hacia el horizonte, dividen el globo en cuatro partes, que forman otras tantas islas... dos en el hemisferio superior y dos en el inferior". Dicho con otras palabras, Macrobio afirma la existencia de las dos Américas que separan del Asia oriental, la una, Europa, y la otra, el Africa.

¿Todos estos textos que acabamos de citar brevemente son meras deducciones científicas, o se apoyan, si no en hechos, por lo menos en tradiciones relativas a las tierras desconocidas del Atlántico? Está, por supuesto, el mito que Platón, en dos de sus diálogos, el Timeo y el Critias, retoma de un poema perdido de Solón, escrito dos siglos antes. Todo el mundo conoce su trama: una isla gigantesca, la Atlántida, situada al oeste de las Columnas de Hércules, que un cataclismo hizo desaparecer de repente y cuya población altamente civilizada se lanzó al asalto de los países mediterráneos. Al descubrir, en el Mar del Norte, las ruinas sumergidas de Basiléia, la capital de los Atlantes, el pastor Jürgen Spanuth demostró recientemente de modo definitivo que ni Solón ni Platón habían inventado el asunto, aunque el segundo nos hubiera dado del relato hecho al primero por sacerdotes egipcios una versión considerablemente deformada. Pero el mito platónico nada tiene que ver con las Tierras del Oeste, puesto que se basa en el ataque del Egipto, hacia 1200 a. J. C., por hiperbóreos llegados de Escandinavia.

Muy distinto, desde este punto de vista, resulta otro mito geográfico que debemos a Plutarco (14) y que se refiere a un Μεγάλη ἤπειρος, a un Gran Continente situado más allá de las Columnas de Hércules. Para alcanzarlo, hay que navegar durante cinco días al oeste de las Islas Británicas y se encuentra la isla de Orgygia. Después de otros tres días de viaje hacia el poniente del sol de verano, vale

decir oeste-noroeste, se hallan las tres Islas Saturnianas. Más allá, lejos, pero más cerca de ellas que de Orgygia, está situado el Gran Continente que rodea el Mar Croniano. Sus habitantes nos conocen pero creen que vivimos en una isla. Entre Orgygia y el continente, hay 5.000 estadios. Todo esto se lo supo por un extranjero llegado a Cartago —la Cartago romana— desde más allá del Océano.

En otra obra (15), Plutarco agrega a su relato un detalle significativo: "La travesía del Mar Croniano es lenta, por los aluviones de los ríos que descienden del Gran Continente y hacen el mar terroso y espeso". Más que al Mar de los Sargazos en el cual se podría pensar, la descripción parece referirse a los bajos fondos que rodean la isla sumergida de Basileia. Pero la región que describe Plutarco se extiende mucho más al oeste y al norte: en las

Siempre hay algo de verdad en el origen de los mitos de la Antigüedad. Se reencontraron Troya y Basileia. Se sabe, por los bajos relieves y las inscripciones del templo egipcio de Medinet-Habou, que los "atlantes" hiperbóreos atacaron realmente a los pueblos del Mediterráneo. ¿Podemos, en estas condiciones, rechazar relatos que nos hablan de un Gran Continente, cuando éste existe en el lugar donde lo sitúan?

Esto sería tanto más difícil cuanto que, a los mitos que acabamos de mencionar, se agrega toda una serie de testimonios que pertenecen a los tiempos históricos. Encontramos el primero en un tratado([16]), atribuido durante mucho tiempo a Aristóteles, pero que parece no ser obra suya. El autor nos habla, por primera vez, de una isla del Atlántico: "Se dice que, en el mar que se extiende más allá de las Columnas de Hércules, fue descubierta por los cartigeneses una isla, hoy desierta, donde abundan tanto las selvas como los ríos navegables y que embellece toda suerte de frutos. Está situada a muchos días de navegación del Continente. Ya que los cartagineses la visitaban a menudo y hasta algunos de ellos, atraídos por la fertilidad

torio tuvo esperanza de encontrar asilo en la tierra en cuestión cuando vio entrar en la desembocadura del Baetis dos navíos llegados de "dos islas misteriosamente situadas, según se decía, a 1.000 estadios de distancia"?

¿Cuál puede ser la isla misteriosa de los cartagineses? Ni las Canarias, que los guanches habitaban aún cuando los españoles desembarcaron en ellas, ni Madera, donde los portugueses, en 1420, no hallaron rastro alguno de una población anterior, ni las Azores que no son sino grandes rocas. Oviedo ([20]), que pasó treinta y cuatro años en Centroamérica a principios del siglo XVI, cree que se trata de Cuba o de Haití, las únicas islas del Atlántico, fuera, por supuesto, de las que pertenecen a Europa y están excluidas, donde se encuentran ríos navegables. Estaban habitadas en la época de la Conquista. ¿Pero siempre lo habían estado?

Los viajes de los fenicios, los griegos y los cartagineses cayeron en el olvido, al mismo tiempo que los conocimientos geográficos de la Antigüedad, tan precisos en muchos puntos que Erastótenes había podido medir, con asombrosa exactitud, la circunferencia del globo, en la *cloaca gentium* en la cual se convirtió Roma ya en los primeros siglos de nuestra era. El cristianismo contribuyó poderosamente a este naufragio y los Padres de la Iglesia, casi todos analfabetos, o poco menos, retornaron a una concepción del mundo, anterior a los pitagóricos, de la

ron hasta el Diluvio". Sin saberlo, los Padres de la Iglesia reivindicaron así la vieja concepción aria de un mundo aislado por el mar universal de un gran continente situado en los confines de la tierra: el *loka* de los hindúes, el *Jötunheim*, o Tierra de los Gigantes, de los pueblos germánicos, la Hiperborea de los griegos, y hasta el *Kaf* de los árabes, que tiene el mismo origen.

La idea de la existencia de tierras lejanas no desapareció, pues, en el curso de la alta Edad Media durante la cual, por lo demás, los conventos de la Iglesia romanizada conservaban y hasta traducían al latín, como Boecio lo hizo para obras de Platón y Aristóteles, los textos clásicos de los antiguos. Pero, si bien se comentaba muy a menudo el mito de la Atlántida, el problema de la vuelta al mundo no debía de interesar sino a unos pocos intelectuales, pues cada provincia de Europa se había replegado sobre sí misma y ya no se navegaba, irlandeses y vikingos exceptuados, sino a lo largo de las costas. El Océano Atlántico se había convertido en el Mar Tenebroso porque, nos dice El Edri-

(22) "[illegible]

Testamento más allá del Mar Tenebroso, puesto que, para alcanzarlo, hay que franquear las Columnas de Hércules y navegar primero hacia el oeste, siguiendo el sol, y luego hacia el suroeste. En cuanto a la montaña del Purgatorio, encima de la cual se halla el Paraíso, está situada en medio de los mares del hemisferio austral, en las antípodas de Jerusalén ([23]).

Con el renacer del aristotelismo reaparece, en el siglo XIII, en la obra de Alberto Magno (Alberto de Bollstadt) ([24]) la noción de un mundo, no sólo esférico, sino también habitable y habitado, incluso el hemisferio austral hasta el 50° grado: "Toda la zona tórrida es habitable y es inepcia de ignorante creer que los que tienen los pies dirigidos hacia nosotros deben necesariamente caer. Los mismos climas se repiten en el hemisferio inferior, del otro lado del Ecuador, y existen dos razas de etíopes, los del trópico boreal y los negros del trópico austral. El hemisferio inferior, antípodas del nuestro, no es totalmente acuático. En gran parte está habitado, y si los hombres de esas regiones lejanas no llegan hasta nosotros es por los anchos mares interpuestos ...".

Con El Edrisi y Alberto Magno, pues, la Edad Media reencuentra las ideas aristotélicas parcialmente olvidadas en el curso de los siglos anteriores. Por lo demás, se reempieza a viajar. Ascelín, Carpini, Ruisbroek (Rubris-

[redacted]

de San Brandán llegó en el año 565, y la halló llena de cosas maravillosas". La certeza de su existencia era tal que, entre 1487 y 1759, numerosas expediciones partieron en su busca y que el gobierno portugués no vaciló, en el siglo xv, en cederla al jefe de una de ellas, el catalán Luis Perdigón.

Tal vez, a pesar de los datos náuticos que contiene la *Navigatio Sancti Brandani*, la isla en cuestión no fuera sino una de las Canarias, con tal, por supuesto, que el viaje del abad de Clesainfert no haya sido el producto de la fértil imaginación céltica. De cualquier modo, se iba muy adentro en el Atlántico mucho antes que el infante Enrique el Navegante, "guiado por antiguos mapas" organizara la expedición de Gonzalo Velho Cabral que "descubrió", en 1451, los escollos de las Hormigas y, el año siguiente, la isla de Santa María, en las Azores. Lo prueba el hecho de que Andrea Bianco haga figurar de modo bastante correcto, en tres grupos, las nueve islas del archipiélago en su mapa de 1436 (*fig. 17*), mientras que sólo una de ellas había sido reconocida, en esa fecha, por los portugueses. Más aún: Bianco da a una de las Azores un nombre netamente árabe, *Bentufla*, mientras llama otra

dos, como tantos otros en la *Tesouraria* del Rey, en Lisboa. Pero los habían precedido navegantes europeos a quienes se debía parte de la toponimia mencionada. ¿Españoles, portugueses, normandos? Los primeros parecen excluidos, pues la *j* y la *g* del *Jorge* castellano son aspiradas y, en árabe, se trasliteran normalmente en *h*. *Zorzi* sólo puede provenir del *Jorge* portugués o del *Georges* francés que se pronuncian, por otro lado, más o menos del mismo modo. El nombre de *Corbo Marino* no hace inclinar la balanza del lado de los portugueses a cuya lengua pertenece: los árabes —o judíos arabizados que no los habían seguido en su retirada— habían debido de traducir así, en los mapas portugueses, el *Tuiur* de El Uardi. ¿Pero, entonces, por qué respetaron *Bentufla*? Tal vez

glo XIV (25). Tiene la misma forma que Antillia, pero en más pequeño. Es la *Mano de Satán* que aparece, con nombres deformados en mayor o menor medida (*Main de Satan, Man Santanaxia, Sarastagio*) en numerosos mapas del siglo XV y más tarde aún.

En el mapa del genovés Beclario o Bedrazio, un tanto posterior al de Bianco, se ven, además de Antillia y Sarastagio, cerca de esta última, una pequeña isla en forma de hoz denominada Danmar o Dammar y, más al oeste, una isla cuadrada que lleva el nombre de Royllo. Al lado de este grupo, se lee la inscripción: *Insule de novo repte*, vale decir, en latín correcto, *Insulae de novo repertae*: islas recientemente reencontradas. En los mapas de Beincasa (1471 y 1482), se nota la isla de Antillia, con, al norte, otra isla rectangular un poco más pequeña que corresponde a la Mano de Satán de los anteriores pero lleva el nombre de Saluaga y un islote sin nombre en forma de hoz.

El mapa de Pareto (*foto 10*), que data de 1455, nos muestra Antillia y, al oeste, la isla de Roillo, mucho más pequeña. La Mano de Satán no figura en él. Viene aquí un hecho que nadie, según creemos, ha notado jamás: en

Media. Algunos autores de la Antigüedad se limitan a deducirla de la esfericidad de nuestro planeta, pero otros, el pseudo Aristóteles ya en el siglo IV a. J. C., nos hablan

caso, sino que figura hasta tres veces, en distintas latitudes, en el mismo mapa? ¿Habrá que admitir que geógrafos del siglo xv hayan sido tan estúpidos como para otorgarle el don de ubicuidad? La explicación es otra: los geógrafos recogían, respecto de una tierra situada más allá del Atlántico, informaciones de fuentes múltiples que concordaban en todo, salvo en cuanto a la posición. En el caso de la isla de San Brandán, los datos conseguidos eran lo suficientemente escasos e imprecisos como para que ca-

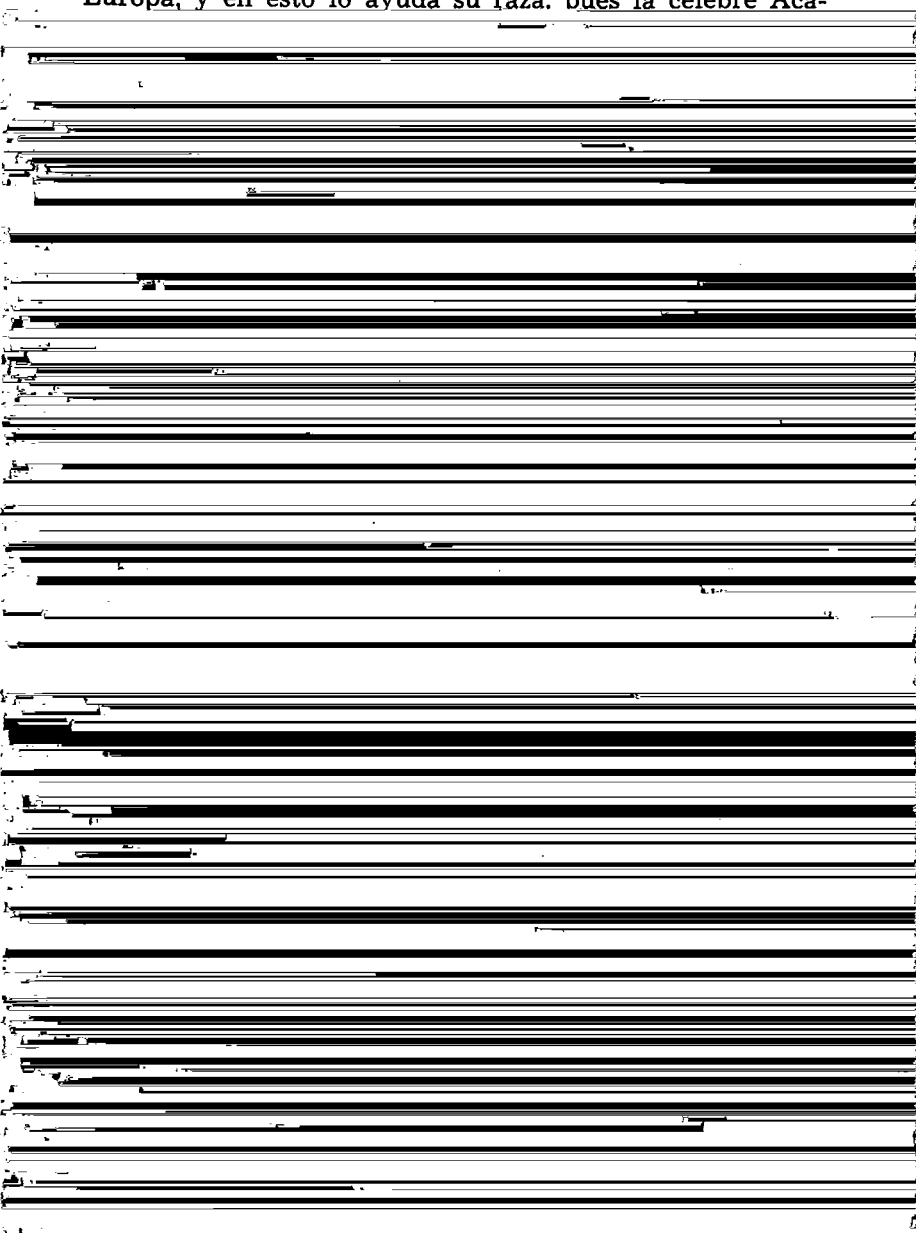
III

Colón, el embustero

En 1492, un tal Cristóbal Colón, con una nao y dos carabelas bajo bandera de Castilla, cruzó el Atlántico y alcanzó las Antillas. Cosa extraña: todo lo que concierne a este personaje es confuso, contradictorio, misterioso. El mismo, en sus escritos, sus dos primeros biógrafos —su hijo natural Fernando y su amigo, Fray Bartolomé de las Casas—, la Reina Isabel la Católica y sus funcionarios, todos parecen encarnizarse en embrollarlo todo.

No se sabe con exactitud cuál era el verdadero apellido del Gran Almirante de la Mar Océana: los documentos de la época lo llaman indiferentemente, con o sin "partícula", Colomo, Colombo, Colom y, por fin, Colón que Las Casas afirma ser el patronímico primitivo de su familia. ¿Nació en Génova, en Plasencia, en Pontevedra? ¿En 1436, 1447, 1451? Son éstos temas de inacabables controversias. Se

y cartógrafo, con el cual se asocia. Entra así en estrecho contacto con algunos de los cosmógrafos más afamados de Europa, y en esto lo ayuda su raza, pues la célebre Aca-



glaterra; cuando fui allá no estaba helado el mar, aunque las mareas eran tan gruesas que subían dos veces por día 26 brazas y bajaban otro tanto". Sigue un párrafo sin encomillar, que no se sabe si hay que atribuirlo a Colón o a su hijo: "Verdad es que Tyle, de que Ptolomeo hace mención, está en el sitio donde dice y hoy se llama Frislandia".

A menudo se ha puesto en duda este relato, y no siempre de un modo muy inteligente. Que Colón y sus biógrafos mientan, por acción, por omisión y, en cuanto a los últimos, por ignorancia, esto lo tenemos abundantemente probado. Pero no está menos sólidamente establecido que

dia cuya parte conocida era, en efecto, grande como Inglaterra y que frecuentaban los barcos ingleses. De este último hecho, tenemos pruebas indiscutibles. En 1431, Erik de Pomerania, rey de Escandinavia, se quejaba a los enviados del rey de Inglaterra de que súbditos de éste se entregaran al comercio, y hasta a la piratería, en las colonias noruegas: "Islandia, Groenlandia, Shetland, Orcadas y otras islas". Por los tratados de 1431, 1444 y 1449, los ingleses se prohibían todo contacto con las colonias noruegas, y recién en 1490 obtuvieron la libertad de navegar, pescar y mercar en Islandia. Notemos que, en las *Profecías*, el Almirante, cuando menciona Thule, escribe "última Tile", lo que significa "la última de las Thules", la más lejana. Por lo tanto, para él, había dos.

Por lo demás, no es sólo la identificación de la tierra alcanzada por Colón la que nos interesa aquí, sino el hecho de que él haya proseguido su viaje cien leguas, vale decir 557 km, más lejos. Pues, a 100 leguas más allá de Groenlandia, no hay sino América.

¿Qué podía haber ido a buscar nuestro futuro Gran Almirante en el Artico y cómo se las había arreglado para

Atlántico más allá de las islas Madera. El mismo cuenta que pasaba buena parte de su tiempo interrogando a los

natural del pueblo de Tavira, quien, al volver de Guinea, había descubierto una tierra al oeste de Madera. Fernando y Las Casas también nos hablan de un mapa, pero sin mencionar a su autor. Se dijo que se trataba del de Toscanelli. Lo dudamos mucho. El almirante era demasiado buen cosmógrafo como para fiarse en un documento tan poco exacto que había empleado, lo vamos a ver, con otra finalidad. Pero, de cualquier modo, debía de tener algo mucho mejor que un mapa de marino.

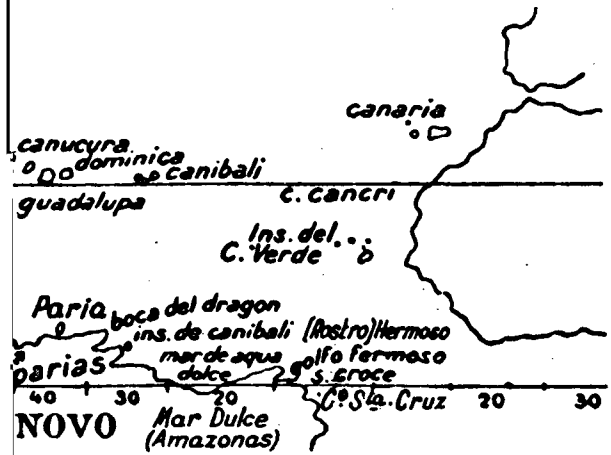
En 1482, Colón volvió a instalarse en Lisboa y retomó su oficio de cartógrafo, no sin reanudar sus relaciones con

rante copió la carta en una página blanca de uno de sus libros, l'*Historia rerum ubique gestarum* del Papa Pío II, y tomó los apuntes necesarios para poder reproducir el mapa. Más tarde, sus biógrafos inventaron una correspondencia con Toscanelli para explicar a su modo el conocimiento que había tenido de esos documentos.

El gusto por el espionaje nunca desapareció en Colón. Arias Pérez Pinzón, hijo de Martín Alonso Pinzón que comandaba una de las carabelas del primer viaje y que, tal vez —hablaremos del asunto en el capítulo VI—, ya había estado anteriormente en Sudamérica con el dieppense Jean Cousin, nos trae su testimonio al respecto. En su deposición ante el tribunal que entendía en la causa que oponía la Corona de Castilla a Diego Colón, declaró, en efecto, que había acompañado a su padre a Roma donde éste tenía un amigo, cosmógrafo de la casa de Inocencio VIII, que le había confirmado que existían tierras por descubrir al oeste y le había mostrado "escrituras" que figuraban en un mapamundi. No hacía tanto tiempo —era

que pudiera ayudarlo a situar la "isla" que había descubierto. Colón hizo más que prestarle sus servicios profesionales: albergó en su casa a los cinco marinos, los cuales se murieron unos días más tarde. Inmediatamente después, el futuro virrey huyó de Portugal. ¿Había asesinado a sus huéspedes? Lo que lleva a creerlo es el texto de una carta que el Rey Juan II, informado por los innumerables espías que tenía a sueldo en la Corte de Castilla de la buena marcha de los proyectos de Colón y arrepentido de su escepticismo, le dirigió en 1488 para pedirle que volviera: el soberano le garantizaba que no sería molestado en absoluto por cualquier crimen que fuese. Era sumamente difícil, aun en aquella época, llamar "crimen" el hecho de copiar indebidamente una carta. Sea dicho entre paréntesis, fue probablemente la confesión que hizo de esos dos "pecados", tal vez *sub sigillo*, a Fray Juan Pérez, superior del convento de la Rábida, la que llevó al monje astrólogo a introducir a Colón ante la Reina Isabel que, hasta entonces, se había negado a recibirlo.

¿Cuál era, para el futuro Gran Almirante, la importancia de la carta y el mapa de Toscanelli? Recordémoslo: todo el mundo sabía, en el siglo xv, que la Tierra es redonda y, luego, que era posible, teóricamente, ir desde Europa a las Indias a través del Atlántico, lo que de hecho la distancia prohibía. Colón conocía la *Geografía* de Ptolomeo. Había leído todos los escritos de los antiguos que citamos en el capítulo II, sea directamente, sea, de cualquier

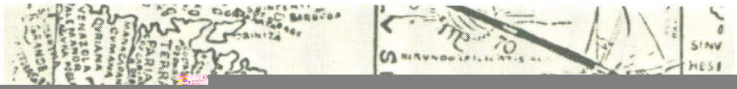


. *Croquis de Cristóbal Colón o de su her-*
n Ibarra Grasso.

amigo de Colón, que esta tierra se supo primero grandes tiempos ha y questaba escrito y notado dónde es y en qué paralelos e que se había perdido de la memoria de los hombres la navegación e cosmografía destas partes... E aun yo no estó fuera de esta sospecha ni lo dexo de creer...".

La existencia de fuentes de información ocultas a las cuales Colón habría tenido acceso no es menos perceptible en el caso de Magallanes. Este, por lo menos, sabemos quién era: un hidalgo portugués, oficial de la marina real, que había combatido en las Indias, de 1505 a 1512, cuando la conquista de las islas de especiería, con una conducta heroica que le había valido ascender, en cinco años, de *sobresaliente* (aspirante) a capitán de navío. Incorporado voluntariamente al ejército de tierra, había hecho campaña durante dos años en Marruecos, antes de que graves heridas lo obligasen a abandonar el servicio. De vuelta en Lisboa, se había vinculado con el cosmógrafo Ruy Faleiro, había largamente discutido con él la idea de una ruta occidental de las Indias y había pasado largas horas en la *Tesouraria* del Rey a la cual su grado le daba acceso. Luego, un buen día, había huido de Portugal, abandonando a su mujer y su hijo, y había ofrecido sus servicios a Carlos V, a quien había propuesto conducir a las Indias, por

Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos, un mapamundi en el cual estaba en blanco el estrecho cuya existencia afirmaba. Y explicó a los ministros del Rey —probablemente el cardenal Ximénez y Mons. de Gèbres— que él había visto el pasaje "en una carta marina diseñada por Martín Behaim, portugués, natural de Fayal, cosmógrafo de gran fama" ([36]). En el *Diario* que hizo llegar al Papa Clemente VII y al Gran Maestre de Rodas, el nor-



rece muy convincente. Si Magallanes hubiera tomado en cuenta ese mapa, cuyas líneas principales sigue, al este, el de Lopo Homem (*foto 2*), no habría soñado jamás, por cierto, en emprender un viaje que lo hubiera llevado hasta una

lante" —un boletín de información— que parece reproducir una carta dirigida por el armador portugués Christovam de Haro a sus socios de Augsburgo, los Welser. En esa hoja, titulada *Copia der newen Zeytung auss Presill Landt*, se lee: "Sabéis que el 12 del mes de octubre llegó aquí un barco del país del Brasil que armaron y fletaron dom Nuno y Christovam de Haro. Son dos barcos que, con el permiso del Rey de Portugal, partieron para explorar y descubrir el país del Brasil . . . y cuando llegaron a un clima o región a los 40° de latitud, descubrieron la tierra del Brasil con un cabo que es una tierra que avanza en el mar. Y dieron la vuelta al cabo y hallaron que éste está

entre 1503 y 1506, por Gonzalo Coelho, Christovam Jasques y João de Lisboa— y otros, de 1514, ni siquiera de su autenticidad. Admitamos que el viaje haya realmente tenido lugar. La posición del estrecho a los 40 grados de latitud sur está claramente indicada en el relato. Ahora bien: Schöner lo sitúa a los 45 grados. Ningún cartógrafo puede equivocarse tan groseramente. Luego, el geógrafo de Nuremburgo disponía de otra fuente de información. ¿Tratábase realmente de un estrecho, por otro lado, de ese estrecho que todo el mundo buscaba y que habría asegurado la fortuna del comerciante que hubiera sido dueño del secreto? No, sin duda alguna. Pues Christovam de Haro financió la expedición de Magallanes. No lo habría hecho, evidentemente, de haber sabido, varios años antes, dónde se hallaba el pasaje que su protegido iba a buscar. Y, si lo hubiera sabido, se habría cuidado mucho de no difundir la noticia. Por el contrario, se habría reservado, hasta tanto fuera posible, el monopolio de la ruta de las especias. ¿Por qué la "hoja volante", en estas condiciones? Si el documento es auténtico, sólo puede tratarse de un

IV

El "mapa imposible" de Martín Waldseemüller

Salvo en lo que atañe al importante detalle del pasaje meridional de Sudamérica, por el cual lo mencionamos más arriba, el globo de Johann Schöner no es sino la trasposición de un enorme mapamundi diseñado en Saint-Dié, en Lorena, por el cartógrafo alemán Martin Waldseemüller *(foto 8)*. Grabado en doce tablas de boj de 45.5

da, ni como apéndice de Europa como en Martellus (1499) y Behaim (1492), ni como proyección oriental de Asia, como en Contarini (1506). El conjunto del continente eurasiático tiene una extensión longitudinal de 230 grados: los 180 de Ptolomeo, más 50 que corresponden a la "India Oriental", luego 5 más que en Marino de Tiro. El Africa tiene una forma más o menos correcta y el cartógrafo no vaciló, para que el Cabo de Buena Esperanza, que sitúa mucho más al sur de lo que está, pueda figurar en el mapa, en cortar su marco que sigue el 40° paralelo. En una palabra, el mapamundi de Saint-Dié parece ser, en lo que atañe a lo que llamamos el hemisferio oriental, una mera copia del mapa de Toscanelli. Sólo se diferencia de él por la forma dada a la Península de Cattigara, la misma que encontramos en Henricus Martellus (*fig.* 5) en 1489. Todo eso, en 1507, por cierto no resulta nada brillante.

El panorama cambia totalmente si consideramos la parte occidental del planisferio de Waldseemüller, pues en ella vemos el continente americano, completamente separado del viejo mundo. Su sector septentrional sólo está representado por un rectángulo más o menos regular de unos 2.700 km de largo por 1.500 de ancho, prolongado, al

los portugueses a lo largo de las costas sudamericanas, y los que se inspiran en Waldseemüller o lo copian lisa y llanamente. Para los geógrafos, y hasta para el público culto, de la época, estos últimos debían de pertenecer al campo de lo que llamamos hoy día ciencia-ficción; y no sin razón, puesto que no se apoyaban en base conocida alguna. En el caso contrario, todos los cartógrafos hubieran

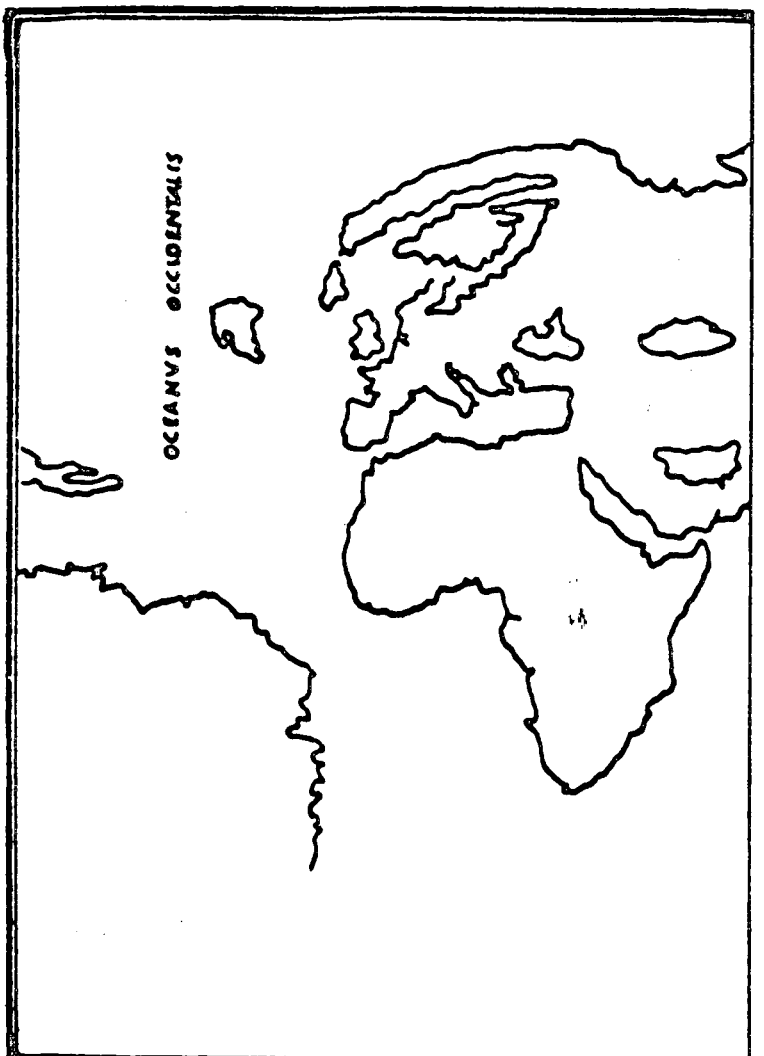


FIG. 22 – *El segundo mapa de Waldseemüller (1513). Detalle.*

escribe que su mapa incluye algunos aspectos "que difieren de la antigua tradición y de los cuales los autores de antes no sabían nada". Pues lo que todo el mundo ignoraba.

Europa y una Asia que hace avanzar 13.000 km en el Pacífico. Lo que resulta totalmente inadmisible es que haya podido, además, dar "intuitivamente" a la América del Sur un contorno y unas dimensiones exactos. Por lo tanto, hay que buscar otra explicación, vale decir descubrir las fuentes a las cuales recurrió Waldseemüller. Aquí se plantea el problema del papel desempeñado por Américo Vespucio.

En la parte superior del mapamundi de Saint-Dié, a ambos lados de los medallones que contienen los pequeños mapas planos de que hemos hablado, vemos los retratos

rece ahora como dirigida a Renato II, duque de Bar y Lorrena, no sin que la dedicatoria siga aludiendo a su verdadero destinatario. Evidentemente, se había debido de trabajar con excesiva rapidez. El Duque mismo había hecho llegar, en los primeros días de 1507, una traducción francesa de la *Lettera* al Monasterio de Saint-Dié donde se estaba imprimiendo el mapa, y sabemos que éste se puso en venta, en Estrasburgo, en mayo del mismo año. La carta de Vespucio, en la cual tanto se interesaba el soberano, había dado una idea a Waldseemüller o a algún otro: la de llamar América la "cuarta parte del mundo". Se agregaron, pues, a la *Introductio* algunos incidentes en este sentido: "Y en el sexto clima, en dirección al Antártico, y en la parte extrema del Africa, recientemente descubierta, en Zanzibar, en Java Menor y en la isla de Seule, y en la cuarta parte del mundo (a la cual, puesto que fue Américo quien la descubrió, es lícito dar el nombre de Amérigen, vale decir, tierra de Américo, o América) se encuentran...". Y más adelante: "Ahora bien: estas partes han sido ampliamente exploradas, así como la cuarta parte que fue descubierta por Américo Vespucio... razón por la cual no veo por qué alguien pudiera oponerse a que, del nombre de su descubridor, Américo, hombre de mente sagaz, pudiéramos llamarla Amérigen, vale decir, tierra de Américo, o América, puesto que Europa y el Asia llevan nombres de mujer".

En la *Lettera* en cuestión, como en otra dirigida a Lorenzo de Médici, Vespucio relataba los cuatro viajes que había hecho a lo largo de las costas sudamericanas, incluso el de 1501 que lo habría llevado hasta el 50° paralelo. Se ha discutido mucho acerca de esta última expedición y todavía se la pone un tanto en duda. En primer lugar, porque Vespucio pretende haber alcanzado la latitud de San Julián sin ver el Río de la Plata: pero Solís y Yánez

Pinzón no lo notaron tampoco en 1508. En segundo lugar, porque el piloto florentino suministra muy pocos detalles respecto de su viaje: pero se trataba de una expedición clandestina de los portugueses en una región atribuida a España por la famosa bula de Alejandro VI. En fin, porque el hombre no era ningún santito: navegaba al servicio del Rey de Portugal, pero, en realidad, se dedicaba al espionaje para la Reina de Castilla. Tenemos la prueba de sus actividades en este campo: apenas de vuelta de su último viaje, en 1505, la Reina Juana le concede la nacionalidad castellana "en razón de vuestra fidelidad y de algunos buenos servicios que me habéis prestado y, espero, me prestaréis en el porvenir". Nombrado perito ante la Corte de Castilla y, luego, piloto mayor de la Casa de Contratación de Sevilla, verdadero Ministerio del Comercio Marítimo, donde preparó y organizó varias expediciones, siempre con la esperanza de descubrir el pasaje que acortaría la ruta de la especiería, Vespucio, por lo demás excelente cosmógrafo y buen piloto, habría indudablemente sido capaz de inventar un viaje portugués en las aguas españolas y de difundir la noticia para poner a Lisboa en dificultad. Si lo hizo, éste es otro problema. Pero es tendencia generalizada no creer en la palabra de los espías.

De cualquier modo, no hay duda que las relaciones de Vespucio tuvieron cierta influencia en los trabajos de Waldseemüller. Este agregó en su mapa, al recibir de Renato II la *Lettera* que reprodujo y comentó en la *Introductio*, la mención que citamos más arriba, y hasta el nombre mismo de América. Pero esto no impide que el retrato del piloto florentino ya figurara en él. Más aún: se disponía, en Saint-Dié, de otros datos que provenían de expediciones clandestinas en las costas sudamericanas. Si examinamos la toponimia de la parte meridional, la que

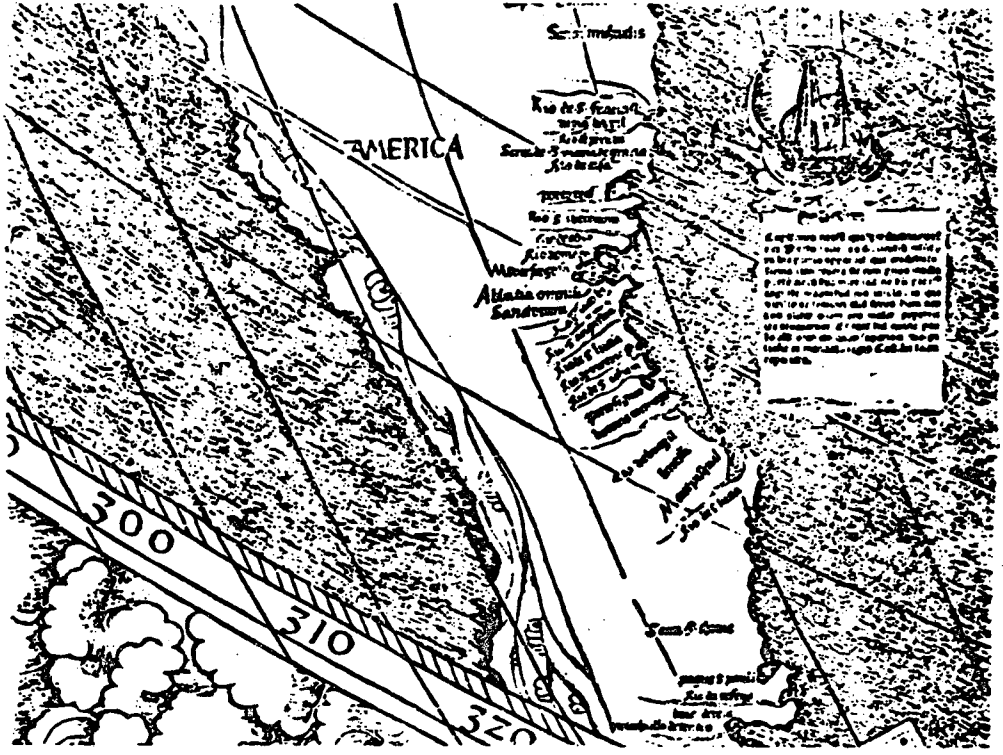


FIG. 23 – *Mapamundi de Waldseemüller (1507). Detalle.*

nos interesa aquí (*fig. 23*), del mapamundi en cuestión, observaremos en ella nombres portugueses (Porto Seguro, Rio da Refena, por ejemplo), pero también otros que son españoles (Río de Santa Lucía, Terra de Santa María de Gracia, etc.). No faltan los nombres latinos (Sancti Michaeli, Pagus S. Pauli), y menos aún los que asocian palabras portuguesas o españolas y latinas (Rio S. Agustini, Rio S. Jacobi). Hasta hay uno, Rio de Virgine, extremadamente curioso, que parece unir con dos vocablos españoles (Río de) un término italiano (Virgine).

La mayor parte de estos toponímicos, si no todos, son de fuente portuguesa. Los encontramos, en efecto, casi todos, en el mapa Contino, mapamundi que data del verano de 1502 y que lleva el nombre de un espía de Hércules de Este, duque de Ferrara, que se lo procuró clandestinamente en Lisboa. No parece, sin embargo, que Waldseemüller haya tenido acceso al mapa en cuestión: en primer lugar, porque el antiguo continente tiene en él dimensiones longitudinales muy reducidas, las que el autor de la *Cosmographiae introductio* sólo adoptó en 1513; en segundo lugar, porque todos sus toponímicos están en portugués, mientras que, en el mapamundi de Saint-Dié, algunos de ellos se mencionan en latín. ¿Se debe la traducción a Waldseemüller? Se lo puede dudar, pues no se ve muy bien por qué no la habría hecho para todos los nombres de lugar, como en la nomenclatura de su *Tabula terrae novae*. De cualquier modo, el traductor, indiscutiblemente, no era portugués. Leemos, en efecto, en el mapa Contino, el nombre de *A Bahia de Todos Sanctos,* la Bahía de Todos los Santos. Pero el mapamundi de Saint-Dié menciona una *Abbatia Omnium Sanctorum*, una Abadía de Todos los Santos. Un error como éste evidencia una increíble falta de discernimiento, en su autor, por cierto, pero también en nuestro cartógrafo. Pues, obviamente, en

1507, no podía haber abadía alguna en el 29º paralelo. Tanto menos cuanto que la bahía en cuestión, ya oficialmente conocida y bautizada en aquella época, está situada, en realidad, a los 23° de latitud sur. Waldseemüller, o su informante, sólo debía de saber que el "monasterio" se encontraba en un gran golfo, sin conocer su posición.

En la medida en que los toponímicos identificables permiten formarse una idea al respecto, parece, por lo demás, que nuestro cartógrafo colocó a la buena de Dios todos los nombres de lugar de la costa sudamericana. Así la *Terra S. Thome* figura en el 35º paralelo, mientras que la región donde este toponímico hubiera debido, normalmente, aparecer, veremos por qué en el capítulo VI, se encuentra mucho más al norte, en los alrededores del 26° grado. Inexactitudes de esa clase, por graves que sean, no tienen nada de extraño, puesto que esos datos toponímicos provenían de viajes clandestinos cuyos resultados no se divulgaban oficialmente o, en el caso contrario, se hacían sospechosos. Eran el fruto de una labor de espionaje efectuada en medios que se cuidaban: permitía, de vez en cuando, obtener algún mapa secreto, pero, por lo general, se limitaba a aprovecharse de indiscreciones parciales e imprecisas.

De cualquier modo y en el mejor de los casos, las expediciones clandestinas españolas y portuguesas que Waldseemüller menciona en una inscripción de su carta y las francesas a las cuales no alude no habían pasado del 50° paralelo. Ninguna de ellas había alcanzado o, por lo menos, reconocido el Estrecho. En caso contrario, el descubridor, potencia o compañía comercial, habría verosímilmente logrado conservar el secreto por algún tiempo, pero sus rivales no habrían tardado mucho en darse cuenta de que sus barcos pasaban de un océano al otro. Los puertos de Europa eran poco numerosos y estaban llenos de es-

pías. Tenemos, pues, la certeza de que ninguna expedición, oficial ni clandestina, en 1507, había cruzado el Estrecho ni dado la vuelta al Cabo de Hornos. Por otro lado, las costas occidentales de Sudamérica no se habían explorado aún. Sin embargo, figuran, tan precisas, y tal vez más, como las orientales, en el mapamundi de Waldseemüller.

Alejandro de Humboldt ([25]) intenta, en vano, explicar el asunto por deducciones que se hubieran podido hacer a partir de datos entonces conocidos. Nos dice, en primer lugar, que se habría podido conjeturar la forma piramidal de la América del Sur al comprobar la curva que hacen sus costas, hacia el sudoeste, más allá del cabo San Agustín. Tal vez, pero siempre que se supiera que se trataba de una tierra rodeada por el océano. Colón no lo ignoraba, puesto que la confundía con la Tierra de Cattigara, considerada por él una península asiática. Pero, precisamente, Waldseemüller no compartía su opinión, suponiendo que la conociera, puesto que, por un lado, la Península de Cattigara figura en su mapa independientemente del Nuevo Mundo y que, por otro lado, si bien la América toda tiene en él las características de un continente, novedad aún más impresionante que el trazado de sus costas, le falta su extremidad meridional.

Humboldt agrega que se había podido adivinar la forma de Sudamérica por analogía con las del Africa. Indiscutiblemente, se sabía, mucho antes de las expediciones de Bartolomé Diaz y de Vasco de Gama, que era posible pasar del Océano Atlántico al Océano Indico por el Cabo de Buena Esperanza. Es cierto que el extremo meridional del Africa ya está representado en el planisferio de Sanuto, en 1304, en el Portulano Medíceo, que data de 1356, y, sobre todo, en el mapamundi de Fra Mauro que, en 1459, menciona que un "junco de las Indias" había traspasado,

en 1420, el *capo di Diab* y había avanzado 2.000 millas, hacia el oeste, en el Atlántico. Pero, precisamente, la forma puntiaguda de la América del Sur no se asemeja en nada a la redondeada del continente negro.

Enrique Ruiz-Guiñazú ([39]) sugiere una tercera explicación: Vespucio habría comprobado el empequeñecimiento progresivo de la masa de las tierras "porque los ríos observados eran, de norte a sur, cada vez menos profundos y cada vez menos anchos, con excepción del Río de la Plata, como lo revelan sucesivamente el Amazonas, el Río Negro y el Río Santa Cruz, para no citar sino los más importantes". ¡La excepción no es poca! Pero, aun independientemente del Río de la Plata, las dimensiones decrecientes de los ríos están muy lejos de ser visibles para quien bordea la costa y, sin buscar siquiera otros ejemplos que los que menciona el ilustre historiador argentino, el estuario del Río Santa Cruz es mucho más imponente que el del Río Negro. Por lo demás, el volumen de los ríos no nos da más que la curva de las costas occidentales y el ejemplo del Africa una explicación del trazado exacto que nos proporciona el mapamundi de Saint-Dié para las costas occidentales del subcontinente. No tenemos más remedio, pues, que admitir la existencia de una fuente desconocida de datos precisos acerca del Nuevo Mundo.

Tenemos así que llegar a ese Martín Waldseemüller que Humboldt ([25]), que nunca habla sin razones, califica de "misterioso personaje". Todo lleva a creer que no fue sino el autor material del mapamundi de Saint-Dié: un excelente cartógrafo, pero nada más. Su obra maestra carece, en efecto, totalmente de la unidad de concepción que le hubiera dado cualquier cosmógrafo. El trazado del Viejo Mundo, ya lo hemos dicho, es en él netamente arcaico mientras que el del nuevo está adelantado medio

siglo con respecto a los mapas contemporáneos, como si hubiera agregado América al mapamundi de Marino de Tiro. Más todavía: una América desequilibrada. El subcontinente meridional es perfecto, o casi, pero el septentrional aunque separado del Asia contrariamente a lo que entonces creían todos los geógrafos, y el mismo Colón, no comporta las tierras del Norte —Groenlandia, *Baccalaurae*, Labrador, Terranova—, oficialmente exploradas en el curso de los diez años anteriores, que sin embargo figuran, ya lo hemos dicho, en otros mapas de la misma época. Por el contrario, encontramos en él, notablemente diseñadas, las costas de los actuales Estados Unidos, muy imperfectamente relevadas aún. Casi en todas partes, los toponímicos están colocados a la buena de Dios, como si el autor los hubiera agregado a posteriori a un mapa mudo, sacándolos de mapas anteriores o de relatos de viaje más o menos bien interpretados. Ya lo hemos visto en cuanto a Sudamérica. Limitémonos a señalar, para Norteamérica, el error inadmisible que consiste en colocar Parias al sur del Golfo de México y no en la costa norte del subcontinente meridional, vale decir al sur del Mar de las Antillas, donde Colón (*fig. 20*) lo situaba.

No sabemos gran cosa de la vida de Waldseemüller (40): sólo que nació hacia 1482 en Friburgo de Brisgau. Debió de hacer allí estudios clásicos muy superficiales, como lo prueban las transformaciones que hizo sufrir a su apellido. Podemos entender que, de Waltzemüller, que viene de *Waltz Mühle,* molino de cilindros giratorios, haya hecho Waldseemüller, molinero del lago de la selva. Pero el que haya traducido Wald por ὕλη y Müller por μύλος para formar con estos dos términos Hylacomilus no indica, por cierto, una erudición muy profunda. Por lo demás, apenas si tenía de 18 a 20 años cuando fue llamado a Saint-Dié y ya era, como lo muestra su mapamundi, cuya ela-

boración representa varios años de trabajo, un excepcional cartógrafo. No sólo dominaba a fondo la técnica artesanal del grabado en madera, sino que tenía la imaginación y los conocimientos matemáticos necesarios para crear el mapa cordiforme, con su proyección globular extremadamente compleja. Era lo que llamaríamos hoy día un especialista.

De ahí la pobreza de los pocos textos que tenemos de él y, en especial, de su *Cosmographiae introductio*. De ahí también la facilidad con la cual, en su campo, cambiaba de opinión. Todo parece indicar que su trabajo sólo consistía en elaborar los datos que se le suministraban, lo que hacía con una completa indiferencia. Un pasaje de la *Introductio* nos lo confirma: "Es adrede que hemos seguido, aquí a Ptolomeo, allá las cartas marítimas. El mismo Ptolomeo, en el capítulo V de su libro X, dice que en razón de su excesivo grandor algunas partes del mundo no han llegado a nuestro conocimiento... Y así hemos combinado las cosas...".

¿Waldseemüller, por lo menos, estaba rodeado, en Saint-Dié, de cosmógrafos capaces? Por cierto que no. Pues si lo ignoramos casi todo acerca de Maese Hylacomilus, sabemos mucho más respecto del Gimnasio Vosgense que lo había llamado. Se trataba de uno de esos centros de estudios de los que el Colegio de Francia, fundado en la misma época, nos da una idea todavía hoy. El duque de Lorena había juntado en Saint-Dié a hombres de alta cultura que, libres de toda preocupación material, podían dedicarse, sin obligaciones de ninguna índole, a los trabajos de su preferencia. La infraestructura del grupo, para decirlo así, era un antiguo monasterio benedictino, secularizado en el siglo x, que dirigía, con la presidencia de un Gran Preboste mitrado, un colegio de canónigos. Algunos nombres de miembros del Gimnasio, contemporáneos de Waldseemü-

ller, han llegado hasta nosotros: Gaultier Lud, capellán y secretario del Duque; otro Lud, hermano del anterior, del que no sabemos gran cosa; Pierre de Barru, autor de *La Nancéide,* el poema nacional lorenés; Jean Basin de Sandacour, editor póstumo de la obra en cuestión; Mathias de Ringmann —Philesius Vogesigena—, a quien pertenecen los versos latinos que encabezan la *Cosmographiae introductio.* Eran todos humanistas, no matemáticos ni geógrafos. Ahora bien: el Duque, su protector, se apasionaba por la cosmografía y se interesaba especialmente en los descubrimientos que los españoles y los portugueses estaban haciendo, en el Occidente como en el Oriente. Todo nos lleva a pensar que fue a él a quien se debió la iniciativa de diseñar el mapamundi colosal que apareció en 1507. Para eso, hacía falta una imprenta, y el canónigo Gaultier Lud se encargó de armarla. Los medios materiales no faltaban: el Capítulo era señor temporal del lugar y cobraba impuestos en consecuencia. También hacía falta un cartógrafo, y se llamó a Waldseemüller. Y luego, por cierto, se necesitaban informaciones: el Duque se encargó de suministrarlas.

Renato II, duque de Bar y Lorena, rey *in partibus infidelium* de Jerusalén y de Sicilia, descendía por su madre, Yolanda de Anjou, del buen Rey Renato que, sin heredero macho, había legado Provenza a Francia. Reinaba en esa Lotaringia que constituía entonces un vínculo entre el Imperio, al cual pertenecía nominalmente, y el Reino, con el cual lo unía el idioma de la Corte y de la mayor parte de la población. Soberano de un ducado que no inquietaba a nadie, estaba bien considerado en Alemania como en Francia. Era probablemente depositario, sino de archivos, por lo menos de tradiciones que se remontaban al tiempo en que sus antepasados ocupaban, en Sicilia, el trono de los reyes normandos y tal vez de algún secreto

de familia. ¿Es éste el origen del extraño interés que ese monarca de un territorio sin acceso al mar manifestaba por los descubrimientos transoceánicos? De cualquier modo, fue él quien hizo llegar al Gimnasio Vosgense la *Lettera* de Vespucio y fue él también quien, en 1508, suministró el material indispensable para la elaboración del nuevo mapa agregado a la edición de Estrasburgo de la *Geografía* de Ptolomeo.

Para un príncipe reinante, no era muy difícil, a principios del siglo XVI, procurarse todos los mapas disponibles en los países donde tenía embajador ni de comprar, como todo el mundo, a los espías instalados en los grandes puertos algunos de los documentos secretos que relataban los últimos descubrimientos. Así pudo obtener, en Lisboa o en Ferrara, una copia del mapa Cantilo o, por lo menos, los datos que habían servido para elaborarlo. Por el contrario, la *Lettera* de Vespucio plantea un problema que sólo podemos resolver por deducción. No fue el original italiano, ya lo hemos dicho, el que Renato II entregó al Gimnasio, sino una traducción francesa. El autor anónimo —probablemente el vizconde d'Avezac— de la única biografía que tengamos de Waldseemüller nos dice que el Duque la había recibido de Lisboa. Nada menos verosímil. En primer lugar, porque el texto hubiera llegado en su idioma originario, el italiano, o en portugués. En segundo lugar, porque la publicación de cartas que demostraban la violación por los portugueses, no sólo de la bula de Alejandro VI, sino también del tratado de Tordesillas respondía a los intereses de la Corte de Castilla, de la que Vespucio, ya lo sabemos, era agente, y perjudicaba a sus competidores desleales. En fin, porque el francés aún no había sustituido al latín como lengua diplomática y nadie lo empleaba, en aquel entonces, como instrumento de difu-

sión internacional. La *Lettera* en francés sólo había podido venir de Francia. ¿Pero quiénes, en este país, se interesaban en América? Los normandos cuyos barcos, desde hacía siglos, frecuentaban las costas del Canadá y del Brasil.

V

Las tierras nuevas

No es nuestro propósito volver aquí sobre el descubrimiento y colonización de la América del Norte por los vikingos islandeses establecidos en Groenlandia. Esto no es geografía, sino historia, y resumimos en una obra anterior (4) los datos que nos suministran las sagas al respecto. Recordemos simplemente, para que nuestro análisis sea comprensible, que Bjarni Herjulfson, cuyo barco había sido llevado hacia el sudoeste por un temporal cuando iba de Islandia a Groenlandia, en 986, avistó una tierra desconocida cuyas costas remontó, pero sin desembarcar. En el año 1000, Leif Eiriksson, hijo de Erico el Rojo, emprendió el reconocimiento de la región así descubierta y exploró sucesivamente las costas del Labrador y Terranova (Helluland, o Tierra de las Lajas), de Nueva Escocia (Markland, o Tierra de la Madera) y de Nueva Inglaterra (Vinland, o Tierra del Vino). Tres otras expediciones fueron llevadas a cabo en el curso de los años siguientes —la última en 1011— por varios miembros de la misma familia y, luego, se fundaron establecimientos permanentes. Sabemos, por documentos eclesiásticos, que éstos eran prósperos hacia fines del siglo XIII y tal vez aún a principios del siglo XIV. Posteriormente, el contacto se perdió. Por otro lado, las sagas nos hablan también de colonias irlandesas que ya estaban instaladas, en el siglo X, en el Huitramannaland, o Tierra de los Hombres Blancos, conocida a veces con el nombre de Gran Irlanda, que algunos autores sitúan al sur del Vinland y otros, en Gaspesía,

sin que las dos teorías, por lo demás, se excluyan mutuamente.

No tenemos ningún documento cartográfico relativo a la Gran Irlanda, ni tampoco, por otro lado, a los establecimientos galeses que habría fundado, en el siglo XII, en el Alabama y, luego, en el Misuri, el príncipe Madoc. Por el contrario, nos han sido conservados dos mapas que nos muestran los territorios explorados y, en parte por lo menos, poblados por los islandeses.

El primero fue descubierto en 1957. Ilustraba un manuscrito anónimo de 1440, *Relatio tartara*, que cuenta un viaje hecho por el Asia en el siglo XIII. Su autenticidad no es dudosa y su fecha fue confirmada por los peritos de la Universidad de Yale *. Se trata de un mapamundi en el cual, al este de una Europa cuyo trazado es notable-

* En 1965, después de un estudio exhaustivo del documento por un equipo de especialistas. Pero, en 1974, la misma universidad, basándose en el dictamen de un grupo de alumnos, declaró que se trataba de una falsificación. No estamos en condiciones de juzgar si Yale se equivocó en 1965 o en 1974. Pero sí estimamos que tan grave error de ayer o de hoy quita a dicha universidad toda autoridad en la materia. No podemos, por otro lado, olvidar el precedente desagradable del fresco medieval de la catedral de Schleswig, que el Dr. Hirschfeld, director de Bellas Artes del gobierno militar británico, mandó destruir en 1945 por fraguado: un pavo figuraba en él y este animal americano no podía conocerse, en Europa, en el siglo XII... De cualquier modo, como lo vamos a ver, el trazado del Vinland en el mapa en cuestión coincide con el de Waldseemüller, cuyo mapamundi tiene fecha cierta. Por otro lado, Alf Mongé descubrió en la inscripción latina del documento cuestionado (cf. Alf Mongé & O. G. Landsverk: *Norse medieval cryptography in runic carvings*, Glendale, California, 1967) anotaciones criptográficas basadas en el calendario perpetuo de la iglesia noruega. Tal procedimiento se había perdido hacía siglos. Por lo tanto, el mapa de Yale, en el peor de los casos, sería una copia de un documento auténtico.

mente exacto, el Asia sufre una enorme reducción longitudinal. El Océano Indico está abierto hacia el este, según la concepción de El Edrisi. Sus costas septentrionales son tan estrechadas que ni se pueden reconocer. Al sur, la *Terra Australis* figura como prolongación peninsular de una Africa limitada, a la altura del Ecuador, por una costa casi rectilínea. El Océano Pacífico se une con el Atlántico por el sur de la Tierra Austral y del Africa así reducida.

Al oeste de Europa y del Africa, vemos una multitud de pequeñas islas más o menos identificables y dos grandes, de forma casi rectangular, que ya mencionamos al hablar del mapa de Benincasa (1462), una de las cuales figura en el de Pareto (*foto 10*). Todo eso responde, pues, a datos comunes a todos los geógrafos de la época. Lo nuevo, es que encontramos, en el Artico, no sólo Islandia, sino también Groenlandia, muy bien diseñada en toda su extensión. A mediados del siglo XV, sólo los escandinavos que habían tenido allá, durante cuatrocientos años, establecimientos prósperos, misteriosamente desaparecidos unos años apenas antes de la fecha del mapamundi que estamos analizando, podían conocer de un modo tan exacto el contorno de la Tierra Verde. El dibujante anónimo del Mapa de Yale había dispuesto, por lo tanto, de informaciones precisas de fuente nórdica.

Más al oeste aparece una gran isla de alrededor de 1.800 km de longitud máxima por unos 800 km de ancho, con la siguiente inscripción latina: "Isla de Vinland, descubierta conjuntamente por Bjarni y Leif". Una larga anotación latina, situada encima, agrega: "Después de un largo viaje desde Groenlandia, navegando hacia el sur entre los hielos, los compañeros Bjarni y Leif descubrieron una nueva tierra, extremadamente fértil, que tenía hasta vides y que llamaron Vinland". Hay, en este texto, un

pequeño error, puesto que Bjarni y Leif hicieron, separadamente, dos viajes sucesivos y complementarios, por lo demás con el mismo barco. Pero la identificación de las tierras representadas no deja por ello de ser tan clara como sea posible. Queda por saber si su emplazamiento y su diseño son fantasistas, y en este caso se podría pensar en una mera trasposición ilustrativa de las sagas, o si, por el contrario, el Vinland del Mapa de Yale responde a la realidad, lo que supondría, por parte de su autor, conocimientos geográficos precisos respecto de la América del Norte.

Nada más fácil que agregar a nuestro mapamundi (*fig. 24*), en la misma escala y teniendo en cuenta la curvatura que la cartografía de la época, según Ptolomeo, da a los paralelos, el trazado exacto del Nuevo Mundo. La coincidencia general es perfecta. Un punto de referencia nos permite ajustar los detalles. En la costa oriental de la isla de Vinland se abren, en efecto, dos fiordos profundos. El uno, al norte, termina en una especie de laguna. El otro tiene exactamente la misma orientación y la misma extensión que el San Lorenzo, que representa sin ninguna duda. Si hacemos coincidir el "fiordo" con el río, comprobamos que, al sur, el Vinland cubre la península canadiense de Acadía (Nuevo Brunswick y Nueva Escocia) y todos los Estados norteamericanos del Este, desde el Maine a Georgia. Al norte del San Lorenzo, el Labrador pierde la punta que lo acerca a Terranova y esta última isla está omitida. El brazo de mar y su laguna no pueden ser, entonces, sino el Estrecho y la Bahía del Hudson, mal diseñados y situados un poco más al sur de lo que correspondería. Asimismo la Tierra de Baffin y la parte del continente ante la cual se encuentra y con la cual, incorrectamente, se confunde.

La representación del Vinland en el Mapa de Yale no

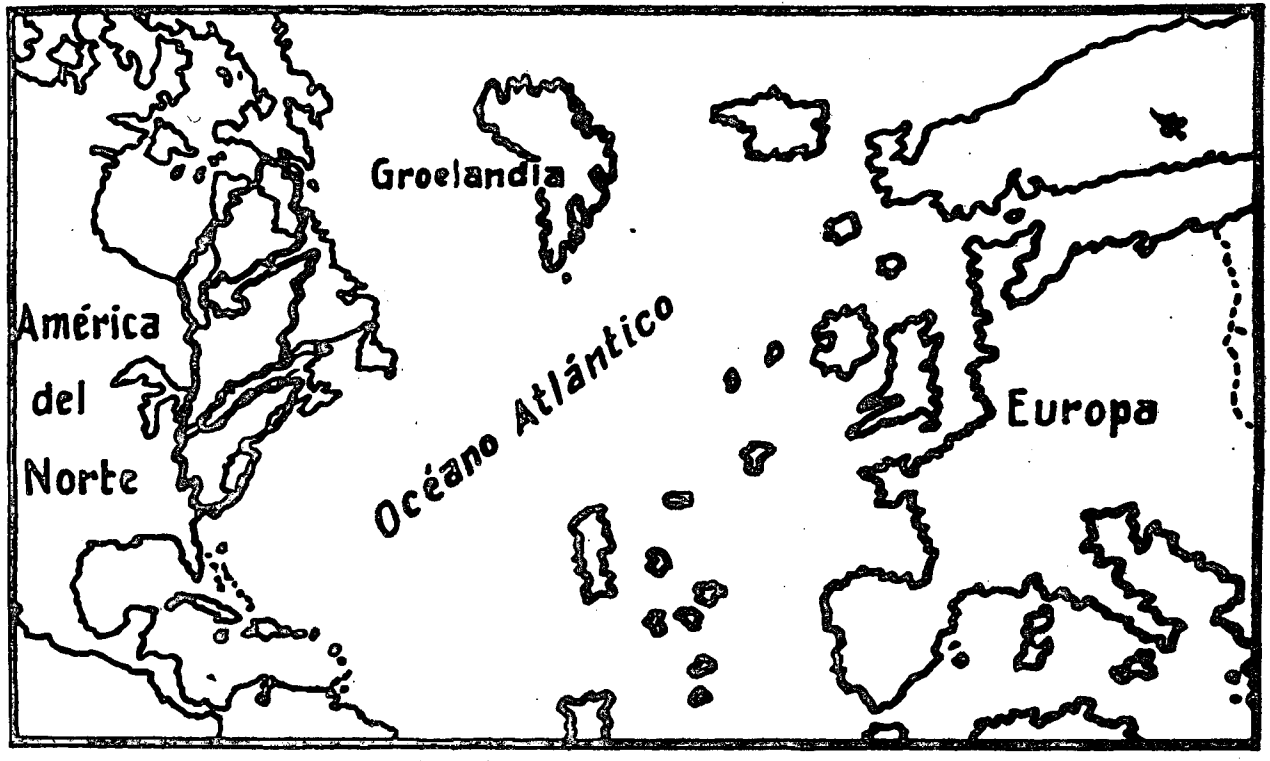


FIG. 24 – *Mapa anónimo de 1440, en proyección sobre el trazado exacto de la América del Norte. Detalle.*

tiene, por lo tanto, nada de simbólico. Se trata manifiestamente del resultado de relevamientos geográficos por lo menos tan precisos como los que se hacían, donde fuera, en la misma época. Los errores que hemos señalado no carecen, por lo demás, de interés para nosotros. Prueban, en efecto, que los vikingos conocían perfectamente la región situada al sur del San Lorenzo, pero mucho menos el Labrador y la zona del Hudson. Lo cual parece excluir la hipótesis de Helge Ingstad ([41]) que identifica el Vinland con Terranova, el Markland con el Labrador y el Helluland con la Tierra de Baffin. De haber sido así, pero otros datos náuticos, geográficos y climáticos también se oponen a ello, los vikingos habrían conocido mejor el Norte de su "isla" que el Sur. En realidad, sólo debían de frecuentar la región del Hudson para cazar, pues era, y esto casi no ha cambiado, prácticamente inhabitable, mientras que el Labrador y Terranova sólo debían de ser para ellos bases pesqueras. El pequeño caserío cuyas ruinas Helge Ingstad descubrió en la Anse-au-Meadow, en la punta norte de Terranova, confirma que los vikingos sólo tenían allá un puesto sin mayor importancia.

El mapa de 1440 nos muestra, pues, que los islandeses del Vinland habían explorado un territorio enorme que iba, con una profundidad de unos 800 km, desde la Tierra de Baffin al norte de la Florida, que habían efectuado, antes de perder el contacto con la madre patria, un relevamiento cartográfico notablemente exacto para la época y que algunos, en Europa, aún conocían en el siglo xv. Y hasta más tarde: salvo el agregado de la Florida y de México, debido a los descubrimientos españoles, la América del Norte de Waldseemüller (*foto 8*) corresponde, en efecto, al Vinland de la *Relatio tartara*. Tiene, sin embargo, un trazado más geométrico que sólo cubre el Este de los Estados Unidos y el extremo Sur del Canadá, hasta el San

Lorenzo, luego el Vinland propiamente dicho. Ni el río ni la bahía del Hudson figuran en ella. El cartógrafo de Saint-Dié no ignoraba, ya lo hemos señalado, que las tierras en cuestión se prolongaban más al norte: lo indicó por el corte rectilíneo de su dibujo. Pero debía carecer de los datos que le hubieran sido necesarios para completar su trabajo. Desconocía, pues, el mapa de Yale. Pero podemos afirmar que el Gimnasio Vosgense disponía de informaciones secretas que provenían de la misma fuente escandinava que las que había utilizado, setenta años antes, el autor anónimo del mapamundi que ilustraba la *Relatio tartara*, salvo que menos completas.

El otro mapa (*fig. 25*) que nos ha sido conservado no tiene, por cierto, el valor del que acabamos de analizar. Diseñado en 1590 —y no en 1570 como se lee en la única copia que nos haya llegado— por el islandés Sigurdur Stefánsson, casi no pasa del reflejo, mezclado de reminiscencias mitológicas, de una tradición hecha leyenda. No sin pretensiones científicas —está graduado— el mapa representa el Norte del Océano Atlántico y su prolongación ártica, como si fuera un golfo. Al este, encontramos, de sur a norte, la Gran Bretaña, Irlanda y el extremo occidental de Escandinavia; al norte, el *Jötunheimar*, "residencia de los gigantes deformes", separado de Noruega por lo que "se cree" ser "un estrecho que conduce a Rusia" (F en el mapa), y el país de los *Klofinna*, o finéses de garras (D); al noreste, el Riseland (C), o país de los gigantes, cuyos "habitantes tienen cuernos y se llaman *Skirkfinna*, fineses temibles". Al oeste figuran sucesivamente, de norte a sur, Groenlandia, gran península de trazado irregular y arbitrario, curiosamente orientada hacia el sudeste; el Helleland (G), "país pedregoso frecuentemente mencionado en las historias"; el Markland y el Skraelinge Land (Tierra de los Enclenques, vale decir de los esquimales y los in-

FIG. 25 – *Mapa de Sigurdur Stefánsson (1590).*

dios), con dos indicaciones: "A. Hasta esta región llegaron los ingleses. Se la conoce por su esterilidad, provocada por el sol y el frío"; "B. Cerca de esta región se encuentra el Vinland, llamado, en razón de la multitud de cosas útiles que en él se hallan, el Bueno. Nuestros compatriotas creyeron que desemboca, hacia el sur, en el mar y que un estrecho o un fiordo lo separan de América", vale decir de las regiones descubiertas por Colón. De este Vinland se desprende, orientada hacia el norte, una punta de tierra que lleva la inscripción *Promontorium Vinlandiae*. Las sagas nos permiten identificarla cuando nos cuentan que Leif Eiriksson, antes de alcanzar el Vinland, pasó entre una isla y un promontorio que se apartaba del continente "en dirección al Norte y al Este". El único lugar que responde a esta descripción es el conjunto que forman el Cabo Cod (deformación inglesa del francés *coude*, recodo) y la isla de Nantucket, cuya vecina se llama aún hoy Martha's Vineyard, al sur del cual se halla el actual Rhode-Island donde crece la vid silvestre y cuyo microclima es excepcionalmente suave. El mapa de Stefánsson nos muestra, por fin, en el océano, las Orcadas, las Shetland (Eastland), las Feroe e Islandia, con, además, Frislandia: "Esta isla, no sé cuál es, pero es posible que sea aquélla que descubrió un veneciano y que los alemanes llaman Frisia".

No todo es de rechazar, en este mapa extraño. En primer lugar, no encontramos en él, setenta y tres años después de la expedición de Cabot, ningún dato que se deba a la cartografía postcolombina de la América del Norte: se trata exclusivamente de una recopilación de tradiciones islandesas. En segundo lugar, el Helluland (Labrador y Terranova), por un lado, y el Markland (Acadía), por otro, están representados en forma de penínsulas macizas, lo cual no está muy lejos de la realidad. En fin, el *Promontorium Vinlandiae* indica correctamente el límite sep-

tentrional del Vinland que nuestro cartógrafo, sin embargo, es incapaz de situar con exactitud: "Cerca de esta región se encuentra el Vinland...". Pero hemos visto, por el mapa de Yale, que el término no sólo designaba la región donde Leif construyó su aldea, Leifsbudir, sino también el conjunto de la América del Norte explorada por los vikingos. De cualquier modo, y es esto lo que nos interesa, el mapa de Stefánsson nos confirma que se conservaba en Islandia, casi cien años después del viaje de Colón a Thule, el recuerdo de las tierras del Oeste.

La mención de la isla de Frislandia, tal vez "aquélla que descubrió un veneciano", nos conduce a un documento muy distinto de los anteriores en cuanto a su naturaleza, pero no menos precolombino. Se trata de un mapa diseñado, en 1558, por Nicolás Zeno, descendiente de los hermanos Antonio y Carlos Zeno, sobre la base de mapas y relatos que el primero habría enviado al segundo entre 1390 y 1405. Muy joven cuando había heredado esos papeles de familia, Nicolás los había destruido en parte sin darse cuenta de su importancia. Más tarde, habría reconstituido su contenido y, en especial, el mapa, con ayuda de los fragmentos conservados y de sus recuerdos. Según Nordenskjöld, pero no nos fue posible verificarlo, existirían dos copias, anteriores a 1492, del mapa original traído de Frislandia por Antonio Zeno ([32]).

Según la obra publicada por Nicolás Zeno, un antepasado del autor, que tenía el mismo nombre y el mismo apellido, miembro de una ilustre familia de marinos venecianos que había dado un dux a la Serenísima República, habría naufragado, en 1390, en las costas de la isla de Frislandia, al norte de Escocia, y se habría puesto al servicio del soberano del lugar, un escandinavo de nombre Zichmni (pronunciar Tzikmni). Nombrado, poco después, comandante de la flota frislandesa, Nicolás ayudó al

príncipe a apoderarse de las islas vecinas y, luego, llamó a su hermano Antonio. Ambos acompañaron a Zichmni en una expedición a Groenlandia, donde Nicolás murió. De vuelta en su base, la escuadra no demoró mucho en zarpar otra vez para ir a descubrir tierras desconocidas, situadas al oeste del Atlántico.

Veinticinco años antes, en efecto, unos pescadores frislandeses habían sido echados por un temporal en la isla de Estotiland, cuyos habitantes, civilizados, tenían un idioma y una escritura propios y habían tenido, otrora, relaciones con Europa, pues su soberano poseía, en su biblioteca, libros latinos que ya nadie entendía. Los frislandeses, incorporados en la marina local, alcanzaron, un día, un país llamado Drogeo, en el Sur, extremadamente rico en oro. Al volver, cayeron en manos de antropófagos y sólo uno salvó su vida por haber enseñado a los indígenas el arte de pescar con redes. Vivió trece años en medio de salvajes desnudos que no conocían el uso de los metales, aunque, en el sudoeste, hubiera pueblos que vivían en aldeas, tenían templos donde ofrecían a sus dioses sacrificios humanos y trabajaban el oro y la plata. El pescador logró, finalmente, escapar y volver a su país.

Zichmni y Antonio Zeno partieron, con una flota importante, la mayor parte de cuyos barcos se perdieron casi en seguida en medio de un violento temporal, en busca de las tierras occidentales. Alcanzaron, en primer lugar, la isla de Icaria, así nombrado en recuerdo de su primer soberano, hijo de Diodoro, rey de Escocia. Pero sus habitantes no los dejaron desembarcar. Después de seis días de navegación hacia el oeste y cuatro hacia el sudoeste, descubrieron una tierra, cubierta de selvas, que dominaba un volcán. Las aves marinas abundaban en ella y se hallaban huevos en todas partes. Zichmni bautizó Trin el puerto más seguro de la región y decidió edificar allí una

ciudad. Finalmente, Antonio Zeno obtuvo del príncipe la autorización de retornar a su país donde llegó en 1405. Falleció en ese mismo año.

Hace siglos que está en tela de juicio la autenticidad de este relato. Por nuestra parte, mantenemos lo que escribimos en una obra anterior (4): si fue inventado, su autor se basaba en hechos exactos de otra procedencia, y son los hechos, y no su procedencia, los que nos interesan aquí. Es evidente que un veneciano del siglo XVI no hubiera podido inventar la descripción que nos da la obra de un convento groenlandés, calentado con el agua hirviente de una fuente vecina que traían canalizaciones subterráneas, ni la concentración de peces en el fiordo adonde se volcaba finalmente el agua caliente, ni las embarcaciones hechas con piel de foca, cocida y tendida en una estructura de huesos. Parece, por otro lado, que Zichmni no era otro que el señor normando Saint-Clère (que los ingleses llamaban Sinclair), quien, convertido en conde de las Orcadas, había retornado al honorable oficio de pirata de sus antepasados.

En el mapa (*fig. 26*) que ilustra el relato que acabamos de resumir, vemos el norte de Escocia, Dinamarca y el oeste de Noruega. Unida a esta última por un trazo ondulado encima del cual leemos: "Mar y tierras desconocidos", se halla Groenlandia (Grolandia), cortada, al norte, por el marco del mapa. En su costa, por lo demás casi rectilínea hasta un cabo denominado Thon P(romontorium) —Ther, en la reproducción del conde Miniscalchi Erizzo—, se abre una ancha bahía con, un poco alejado de la costa, el convento de Santo Tomás (*SThomas Coenobium*). La Tierra Verde de Erico el Rojo se prolonga hacia el sudoeste por una enorme península, llamada Engronelant, cuyo relevamiento geográfico —costas, montañas y ríos— es muy detallado. Al oeste, encontramos una pe-

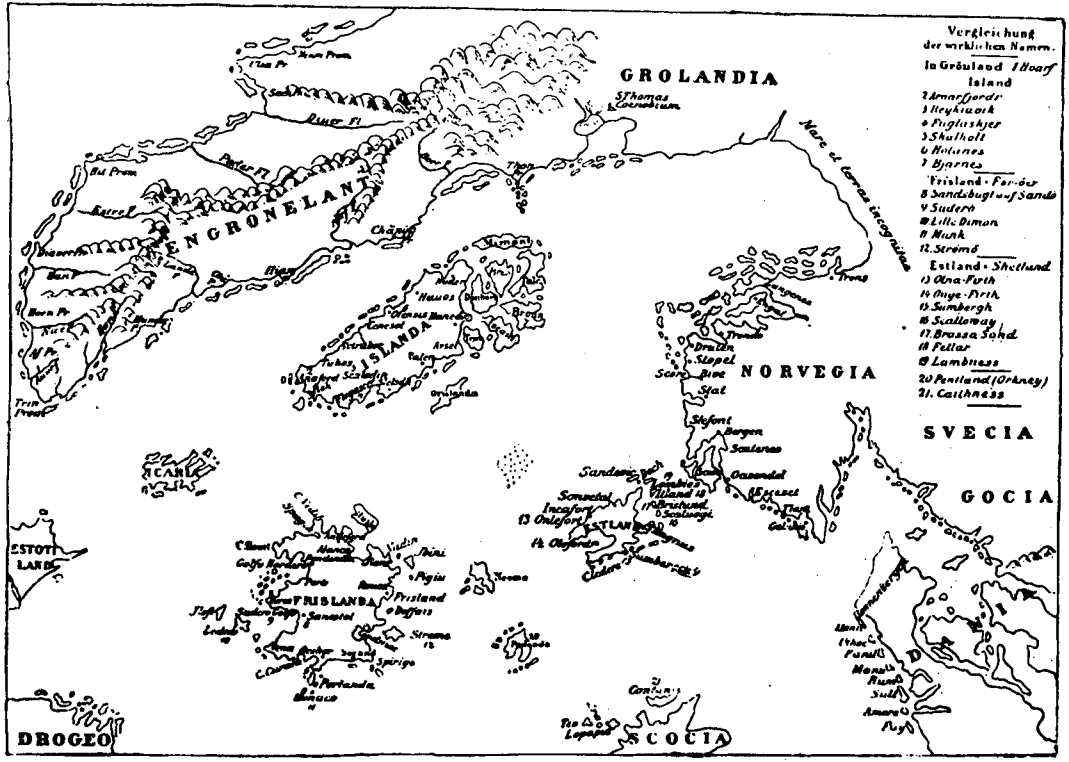


FIG. 26 – *Mapa de Antonio Zeno, publicado en 1558.*

nínsula, Estotiland, cortada por el marco del mapa y, en las mismas condiciones, en el ángulo sudoeste, un pedazo de tierra que lleva el nombre de Drogeo. En el océano están situadas las tres grandes islas de Islandia, Frislandia y Estland, sin hablar de Icaria, más al oeste.

Dejemos esta última a un lado, por el momento. Las tres primeras son fáciles de identificar, gracias a su toponimia ([32]). Islandia está correctamente designada, como lo prueban los nombres de Anaford (Arnarfjördr), Rok (Reykjavik), Flugases (Fluglaskjer), Scalodin (Skálholt) y Olensis (Holanes), y las pequeñas islas que vemos frente a su costa este tienen nombres que se reconocen, por deformados que estén: Bres (en realidad, Bressa), Mimant (Mainland), Iscaut (Unst), Talu (Teal), Broas (Bures), Tras (Tronda). El Estland no es sino el grupo de las Shetland, con toponímicos identificables: Onlefort (Olna Firth), Olofort (Onge Firth), Sumber (Sumbergh), Scaluogi (Scalloway), Bristund (Brossa Sund), Lombies (Lambness). En cuanto a Frislandia, acerca de la cual hubo interminables discusiones y que algunos geógrafos, como Hakluyt que, en su magnífico mapa de 1699, la llama Freyland —sin hablar de Sigurdur Stefánsson— no vacilan en considerar una isla aparte, no es otra que el grupo de las Feroe. Cinco de sus toponímicos no dejan subsistir duda alguna al respecto: Sanestol (Sandsbugt), Sudero Golfo (Suderö), Ledeno (Lille Dimon), Monaco (Munk), Stress (Strömö). Por otra parte, todo parece indicar que las islas de Podanda y Conlanis, al norte de Escocia, corresponden a Pentland, en las Orcadas, y Caithness. Todas esas islas están diseñadas sin la menor preocupación por las proporciones, como si se hubiera tomado en cuenta su importancia en el relato más que sus dimensiones reales. Es éste el caso, en especial, de Frislandia, por lo demás mal colocada, puesto que las Feroe están situadas al nor-

oeste de las Shetland. Tales deformaciones no tienen nada de excepcional si el mapa original data de los primeros años del siglo xv. Pero serían más difíciles de concebir a mediados del siglo xvi; lo cual refuerza la tesis favorable a la autenticidad del documento publicado en 1558.

El Engronelant plantea un problema a primera vista mucho más difícil de resolver. Numerosos geógrafos lo tomaron lisa y llanamente por Groenlandia. La forma que le dio Antonio Zeno favorece, en efecto, tal interpretación, sobre todo si se nota, un poco antes de la punta meridional de la península, un Af P(romontorium) que recuerda singularmente el Hvarf que los noruegos situaban en la costa sur de la Tierra Verde. Sin embargo, semejante identificación resulta inaceptable. Por un lado, Groenlandia ya está representada en el mapa, al norte, donde debe estar; por otro, el Engronelant está surcado por numerosos ríos, mientras que la isla de Erico el Rojo es una inmensa tierra helada sin la menor corriente de agua.

El error de los geógrafos proviene, en gran medida, de la proyección ptolomeica, a la cual no estamos acostumbrados, del mapa de Antonio Zeno. Para devolver a éste una apariencia "normal", hay que enderezar la península de Engronelant y, sin modificar la longitud de su punta meridional, darle una orientación norte-sur. Así Groenlandia es "atraída" hacia el oeste, mientras que el promontorio de Trin y, con él, el Estotiland y Drogeo se desplazan hacia el sur. Islandia toma entonces la posición que le conocemos, al este de la Tierra Verde, y el Engronelant viene a superponerse, en un mapa actual, al conjunto constituido por la Tierra de Baffin, el Labrador y Terranova, hasta el estuario del San Lorenzo. El macizo montañoso que vemos en él, al nordeste, pasa a confundirse con la cadena costera oriental del Labrador. En cuanto al mar situado al oeste del conjunto, es la Bahía

del Hudson, indebidamente prolongada hacia el sur, en la cual desembocan los ríos de cursos paralelos que nacen en las montañas de la región oriental del Engronelant. Si nuestra interpretación es correcta, Antonio Zeno hizo una sola tierra de Groenlandia, cuya forma conservó, y del norte del Canadá.

El Engronelant no es, por lo tanto, sino el Helluland de Leif Eiriksson, si no poblado, por lo menos frecuentado después del año 1000 por los vikingos. La descripción que nos da Antonio Zeno de la región de Trin, con sus selvas y sus aves marinas, parece extraída de las sagas islandesas. De ahí que no sea nada sorprendente que todos los nombres de cabos (Af, Hoen, Iaver, Hit, Ulia, Neum, Chanpin, Hian, Chi, Munder) y de ríos (Auorf, Nice, Han, Estre, Peder, Diuer, Boer, Naf, Lande, Han) tengan una consonancia nórdica.

La "isla" de Estotilandia es más fácil de identificar. Es, confundidos en una sola tierra, el extremo de la península de Acadía y las islas adyacentes. Se reconoce claramente su contorno, con, inclusive, al sudoeste, un brazo de mar que represente la Bahía de Fundy. En el mapa impreso en 1558 se ve, al norte de la "isla", en el lugar donde se encuentran hoy día Newcastle o Bathurst, el símbolo de una ciudad —un castillo de tres torres—. En la reproducción de Cronau, que damos aquí, todos los signos de esta clase se suprimieron para poder reducir el mapa, cuyas dimensiones originarias son 36,3 cm por 26,8, sin perjudicar demasiado la legilibilidad de los toponímicos. Asimismo, sea dicho entre paréntesis, se eliminaron los paralelos y los meridianos que de seguro no figuraban en la *carta da navigar* de Zeno más que en los demás portulanos y sólo servían para falsear su lectura.

El nombre de Estotiland, los comentadores lo traducen generalmente por "Tierra anterior al Este" y seguimos su

ejemplo en una obra anterior (4). Gabriel Gravier (42) lo hace derivar del norrés *East-Outland* y lo traduce por "Tierra exterior del Este". Pero Est se decía *austur*, en antiguo escandinavo: *east* es anglosajón. De cualquier modo, parece poco verosímil que marinos europeos hayan llamado "Este" una tierra que, para ellos, estaba al oeste. Por eso encontramos mucho más satisfactoria una segunda interpretación de Gravier, que figura en su comunicación de 1877 al Congreso de Americanistas de Luxemburgo: la palabra empleada por Antonio Zeno no habría sido Estotiland, sino Escociland, la Tierra de los *Scotii*, vale decir de los irlandeses. El error se habría producido al descifrar, a mediados del siglo XVI, en un manuscrito en mal estado, un texto que databa de ciento cincuenta años atrás. Así, todo se explica: los frislandeses habrían llegado a una región colonizada, cinco o seis siglos antes, por los monjes irlandeses. Se habrían encontrado allá con los descendientes de sus oblatos, especies de siervos, casados, que dependían de los conventos de *culdees*. Nada sorprendente en que hablasen un idioma propio —el gaélico— y empleasen una escritura particular —el ogam—, ni en que su jefe aún tuviese libros latinos. De ser así, el nombre de Nova-Scotia que lleva hoy día el este de Acadía tal vez no se deba a la casualidad, sino a una antiquísima tradición local.

En cuanto a Drogeo, país con el cual el Escociland mantenía relaciones comerciales permanentes, sólo puede ser el Vinland, la actual Nueva Inglaterra, rodeado de salvajes caníbales. Según la descripción del pescador frislandés, los pueblos civilizados, pero no europeos, del sudoeste, debían de ser los mexicanos. Queda un único punto confuso: Icaria la isla donde Zichmni y sus hombres no pudieron desembarcar en razón de la desconfianza de la población. Su nombre no tiene mayor importancia: debe ser una reminiscencia mitológica del veneciano. Res-

pecto de sus habitantes, sólo tenemos algunas vagas indicaciones y se quiso reconocer en ellos a amerindios porque se preparaban para el combate con gritos guturales —los vikingos hacían lo mismo, y muchos otros más— y "se comunicaban toda suerte de órdenes por medio de fuegos y señales". Esto es tanto menos suficiente cuanto que los embajadores que mandaron a Zichmni se dirigieron a él en "diez lenguas diferentes, una sola de las cuales se pudo entender, la que era islandesa". Por lo demás, las indicaciones náuticas de Antonio Zeno son claras y precisas. Desde Icaria, la escuadra alcanzó a Trin, en algún lugar de la desembocadura del San Lorenzo, ya lo hemos visto, después de seis días de navegación hacia el oeste, con viento favorable, y luego cuatro hacia el sudoeste. La isla —toda tierra desconocida era una isla, en aquella época— estaba situada, pues, en el extremo Sur de Groenlandia. Debía de tratarse de alguna aldea noruega cuyos habitantes estaban a la defensiva, temiendo legítimamente los saqueos ingleses, y hasta los de un tal Sinclair...

Por lo demás, el emplazamiento de Icaria sólo tiene, para nosotros, una importancia relativa. La región que nos interesa es el Estotiland (o Escociland), vale decir el Markland de Leif Eiriksson. Sabemos por las sagas que se iba todavía allá, desde Groenlandia, Islandia y Noruega, en la primera mitad del siglo XIV, como consecuencia, según parece, de un redescubrimiento efectuado en 1285. Ese año, en efecto, dos sacerdotes islandeses, los hermanos Adhalbrand y Thorvald Helgasson, se habían solidarizado con Arne Thorlaksson, obispo de Skálholt, contra el Rey de Noruega, Eric. Tuvieron que expatriarse y se hicieron a la mar, probablemente con el propósito de llegar al Vinland con el cual todo contacto estaba cortado, pero alcanzaron una tierra deshabitada que bautizaron

Fundu Nyialand, Nueva Tierra Descubierta: es éste todavía el nombre, Newfoundland, que lleva Terranova en inglés. Adhalbrand murió un año después de su llegada. Thorvald cayó, no se sabe cómo, en manos del gobernador de Islandia y fue deportado a Noruega, donde contó su viaje al Rey Erik Magnusson. En 1290, éste encargó a un tal Rólf explorar la región así redescubierta, el que debió de tener éxito, puesto que, cuando murió, en 1295, se lo llamaba *Landa-Rólf,* Rólf de los países, Rólf el explorador. No nos sorprende, pues, saber que noruegos habían retomado el camino del Markland. Las sagas mencionan que, en 1347, un pequeño barco groenlandés, de vuelta de dicha región, había sido llevado por el mar, al garete, hasta las costas de Islandia.

Por lo tanto, la existencia de la *Terra Nova* no constituía en absoluto un secreto, al final de la Edad Media. Cuando Juan Cabot, al servicio de Inglaterra, exploró, en 1496, las costas del Canadá, se limitó a traducir al latín el nombre norrés de la región. El canciller Bacon, por lo demás, escribía lealmente que "se conservaba el recuerdo de algunas tierras descubiertas antes hacia el noroeste y consideradas como islas, que sin embargo, en realidad, estaban unidas con el continente de la América septentrional". De hecho, en aquella época, el nombre de *Terra Nova* se aplicaba, no sólo a la isla que sigue llevándolo, sino a toda la zona adyacente: Acadía, Québec y Sur del Labrador. Sus primeros exploradores franceses, empezando por Jacques Cartier, encontraron allá, no sin sorpresa, los rastros de una población cristiana anterior y, en algunos indios, rasgos antropológicos netamente europeos ([43]).

La antigua toponimia de la región, y a ella queríamos llegar, confirma, de modo indiscutible, la impresión de los descubridores del siglo XVI. En 1539, el capitán dieppense Jean Parmentier escribe, en su descripción de la

Franciscana, descubierta quince años antes por el florentino Verazzano, al servicio de Francia, que esa tierra es llamada "Norumbega por sus habitantes(44)". El mapa, por lo demás sumamente deficiente, diseñado por Gastaldi para ilustrar el relato, nos muestra la *Terra di Norombega* como una isla que corresponde muy exactamente a Acadía y a la parte nordeste del Estado norteamericano del Maine. La Palabra Norumbega no es indígena. Parece, por el contrario, no ser más que una ligera deformación de *Noroenbygd*, País de los Noruegos, en norrés. La influencia vikinga, por lo demás, había debido de extenderse más al oeste. En tiempos de la conquista francesa, la futura Québec era llamada Stadacone por los indios(45) y la futura Montréal, Hochlaga. Son éstos dos vocablos norreses apenas modificados. El primero, nos dice el profesor Hermann Munk, viene de *stad*, ciudad, y de *konr*, rey y significa, por lo tanto, Ciudad Real. El segundo se compone de *haugr*, colina, y de *leggia*, campo —en el sentido militar de la palabra—, y, por consiguiente, quiere decir Campo de la Colina.

En el mapa de Gastaldi, se leen varios toponímicos. De este a oeste: Cap des Bretons (hoy, Cap Canseau), distinto del Cap Breton y de la Île des Bretons; Port du Refuge, Port Réal y Le Paradis, en la costa, frente a una isla, bastante grande, llamada Briso; luego, Flora, más o menos en el medio de la costa de Norumbega; en fin Angoulesme, en una península, cerca de la frontera oriental del territorio. En el globo de Vulpius (*foto 12*), que data de 1542, encontramos, al sur de la *Terra Laboratoris* (Labrador) y separados de ella por un profundo estuario —el del San Lorenzo— los nombres de Cimeri, Cavo de Brettoni, Flora, Corte Magiore, Refugio, Promont., S. Franc., Porto Réal, C. S. Iohan, Normanvilla y R. del Sole.

Contrariamente a las apariencias, el nombre de Cap

Breton no tiene nada que ver con Bretaña. No es más que una ligera deformación de Capberton, una aldea de pescadores situada cerca de Bayona. En el siglo XIII, en efecto, los vascos empezaron a cazar ballenas frente a las costas de Gascuña. De ello encontramos innumerables pruebas en los archivos, y la heráldica nos las confirma. Todavía se ven, en la región, las ruinas de torres que servían para observar los movimientos de los cetáceos, y hornos en los cuales se fundía su grasa. Rápidamente, las ballenas dejaron de acercarse a costas peligrosas y los pescadores tuvieron que avanzar cada vez más lejos en el océano: "Los grandes provechos y la facilidad que los habitantes de Capberton y los vascos de Guyena", escribía un autor especializado del siglo XVII([46]), "encontraron en la pesca de las ballenas sirvieron de incentivos para hacerlos audaces, hasta buscarlas en el océano en las longitudes y latitudes del mundo". De hecho, se vieron arrastrados hasta América, y tal vez supieran adonde iban. Uno de ellos, Jean d'Echaide, habría, inclusive, construido un puerto en Terranova donde, por otro lado, la toponimia conserva el rastro de su presencia (la Punta de los Vascos, por ejemplo, al sur de la isla). Se encontraron hornos para grasa de ballena hasta en las orillas del San Lorenzo y en Blanc-Sablon, en el Labrador([47]).

Los vascos no eran los únicos que frecuentaran las costas del Canadá([48]). Los archivos de Honfleur, en Normandía, y de Saint-Malo, en Bretaña, prueban que flotas importantes iban cada año a Terranova, a mediados del siglo XV, a pescar bacalaos, como también lo hacían los barcos de altura de La Rochelle. En 1540, el embajador de España en Francia, Francisco Bonvallet, abad de San Vicente, en Ruán, escribía a Carlos V que él había visto al rey de Francia y que éste le había confirmado que la flotilla de Cartier no tocaría las tierras concedidas a Es-

paña y el Portugal, sino las adonde los suyos habían navegado ochenta años antes de que los barcos españoles y portugueses hubieran aparecido allá[49]. Los españoles conocían muy bien esos antecedentes: el Rey Fernando de Aragón dio, en 1511, al catalán Juan de Agramonte la autorización "de descubrir y encontrar una tierra que se llama *Terranova*" y le impuso el embarco exclusivo de "naturales de estos reinos", salvo dos pilotos que debían ser "bretones o de alguna otra nación que ya hayan ido allá".

La cartografía confirma, de modo definitivo, los hechos que acabamos de exponer brevemente. El mapa de Jean Ruysch muestra el "Gruenland", la *Terra Nova* y las *Baccalaurae* (Tierras del Bacalao) y encontramos estas últimas mencionadas en dos lugares del globo de Vulpius (*foto 12*): *Baccalearum Regio,* en grandes letras, encima de *Verrazana sive Nova Gallia*, vale decir la Nueva Francia, y *Baccalos*, en la costa del Labrador. Esto, sin embargo, podría atribuirse a campañas de pesca posteriores a los descubrimientos de Juan y Sebastián Cabot, Gaspar y Miguel Corterreal y Verazzano. Pero tenemos un documento mucho más antiguo. En uno de los mapas del atlas de Andrea Bianco (1436) se encuentra, en el lugar exacto de Terranova, una isla que lleva el nombre de Stocafixa (pronunciar Stocafisa), evidente deformación de *Stockfisch*, bacalao seco en todos los idiomas germánicos. No puede ser el fruto de la imaginación.

Los toponímicos que figuran en el mapa de Gastaldi están más sujetos a caución. No es imposible, en efecto, que hayan sido dados arbitrariamente por Verazzano —el mapamundi diseñado, sobre la base de sus indicaciones, por un cartógrafo portugués permaneció secreto en un primer momento y, luego, se perdió— y por Jean Parmentier a los accidentes de la costa que bordeaban, según la cos-

tumbre de la época. Sin embargo, no es éste el caso de Norumbega, claramente mencionado como un nombre local. El globo de Vulpius, por el contrario, no ilustra ningún viaje en especial. Es el resultado de una recopilación de datos de distintos orígenes y los toponímicos que utiliza, en latín, español, portugués e italiano, lo muestran a las claras. En el Labrador, encontramos nombres portugueses, no siempre muy bien transcriptos, o latinos de origen portugués: C(abo) Frio, C(abo) Branco, Terra Corterealis, Baccalos, C(abo) de Bonavista, Terra Laboratoris. En Acadía, Vulpius reproduce algunos de los toponímicos de Gastaldi: Cavo de Brettoni, Flora, Rifugio, Porto Reale. Pero Normanvilla aparece por primera vez. Ahora bien: nadie, en la época postcolombina, había explorado las costas de Acadía antes de Verazzano. El toponímico en cuestión, por otro lado, nunca más se mencionará posteriormente: no se lo debe, pues, a Jacques Cartier ni a sus sucesores. Sólo queda una explicación posible: Vulpius lo obtuvo de una fuente anterior a las expediciones portuguesas y francesas; la misma, probablemente, de donde proviene el nombre de *Baccalearum Regio* —*Baccalaurae*, en los mapas de otros autores de la época—, aplicado al interior del Canadá. Pues, si *Baccalos* viene evidentemente de los Corterreales, *Baccalea* no es sino la traducción latina aberrante de *Stockfisch*, "pez palo", a través de *baculus*, palo (bacalau, en bajo latín, se dice *moruta* o *gadus morhua*). Por eso Vulpius no vacila en mencionar dos veces el mismo nombre en dos formas diferentes de distintos orígenes.

Tenemos, pues, muy buenas razones para pensar que Normanvilla es una denominación anterior a los Corterreales y a Verazzano y que se remonta a algún establecimiento europeo de Norumbega. El vocablo puede ser la trasposición italiana de *Northmannavirk*, Fortaleza de los

Nórdicos, en norrés, y provendría entonces de los escandinavos del Markland. Pero su italianización habría dado más bien *Normannavilla* o, más probablemente aún, *Normavilla*. La otra hipótesis, mucho más verosímil, es que se trate de la forma italiana de Normanville, Ciudad de los Normandos, lo que constituiría una prueba más de la presencia de los normandos, durante la Edad Media, en las Tierras Nuevas. Uno se explicaría mejor, entonces, la orden dada por Francisco I de bautizar Montréal la primera ciudad fundada en Nueva Francia, como homenaje al duque de Normandía Guillermo II, rey de Sicilia, cuya capital se llamaba Montreale. Esto cuando Jacques Cartier era bretón.

Queda por saber si los normandos descubrieron por casualidad la Norumbega, en una fecha indeterminada, pero anterior a la segunda mitad del siglo xv, o si lo hicieron sobre la base de indicaciones geográficas precisas. Tenemos motivos para pensar que esta última hipótesis es la buena. Los intercambios marítimos eran frecuente, en aquella época, entre los puertos de Normandía (Dieppe, Honfleur, Ruán) y los de Dinamarca donde se conocía perfectamente la existencia del Vinland y del Markland, como lo prueban, en especial, la expedición de Poul Knudsson, encargado, en 1354, por el Rey Magnus, de reencontrar las colonias perdidas de América, y aquélla cuyo piloto era Scolvus, organizada en 1476, por el Rey Cristián III. Por otro lado, si el geógrafo anónimo de la *Relatio tartara* conocía el Vinland en 1440 y si, en 1507, en Saint-Dié, Waldseemüller podía situarlo correctamente en su mapamundi con un trazado parcial pero exacto, es que había una fuente de información, escondida, por cierto, pero accesible para los iniciados: una fuente islandesa, sin duda alguna. Colón no descubrió el Nuevo Mundo, pero sí hizo pública su existencia. Después de su primer viaje,

ni el secreto de los reyes, ni el secreto de las guildas, tenían más razón de ser. Los españoles, los portugueses, los ingleses y los franceses se lanzaron oficialmente a descubrir tierras que los escandinavos, los normandos, los vascos, los bretones y otros más frecuentaban desde hacía siglos; tierras éstas en las cuales los irlandeses y los vikingos habían tenido colonias importantes cuyos rastros seguían siendo visibles ([4, 43]), aun sin hablar de algunos toponímicos que descubridores y geógrafos relevaron sin mayor sorpresa, porque no los entendían o porque ya los conocían.

VI

La Tierra de los Papagayos

Entre las islas misteriosas del Atlántico que mencionamos en el capítulo II, hay una cuyo nombre habrá hecho sobresaltarse al lector no prevenido: aquella que el Portulano Medíceo llama, en 1351, Brazil; el mapa de Pizigano (*fig. 16*), en 1367, Braçir, con una cedilla superflua, para evitar la pronunciación italiana de la c; los de Bianco (*fig. 17*), en 1436, y de Fra Mauro, en 1457, Berzil; el de Benincasa, en 1482, Braçill. Pizigano la hace aparecer en el mismo mapa, en tres lugares distintos: al oeste y al sudoeste de las costas de Irlanda y al oeste del Cabo San Vicente, en el extremo sur de Portugal. Pareto, en 1455 (*foto 10*) nos la muestra dos veces, al oeste de Irlanda y a la altura del Cabo San Vicente. En uno de los mapas de su Atlas, Bianco la sitúa en el lugar exacto del actual Estado brasileño de Pernambuco. Se tenían, pues, en los siglos XIV y XV, datos contradictorios acerca de una tierra transoceánica que, según Pizigano, debía su nombre a los normandos.

Este nombre, en sí, se conocía en Europa desde el siglo IX. Los árabes, en efecto, importaban [43] de la Insulindia y el Malabar extractos de una madera colorada, el *bakkam* (*Caesalpinia Sapan* y *Pterocarpus Santalinus*) que servía para teñir géneros. Este producto, los italianos lo llamaban *bresill, brasilly, braxilis, verzino* y, en latín, *bresillum* o *verzinum*. Los catalanes, que servían de intermediarios entre Italia y Castilla, decían *brazil*. Esos extractos llegaban a Europa, junto con las especias, en forma de pulpa, de laca y de polvo, lo que les daba un alto valor con un pequeño volumen. Los barcos árabes no estaban en condiciones de transportar troncos y no hubiera sido su interés hacerlo. Tal situación se transformó repentinamente, hacia mediados del siglo XIII, cuando empezaron a entrar en Francia, por los puertos de Normandía, rollos de brasil. No hay equivocación posible al respecto,

puesto que, durante el reinado de San Luis, el *Libro de los Oficios* de Estienne Boileau reglamentaba su empleo por ebanistas y toneleros.

¿De dónde los normandos importaban esa madera? No del Asia, de seguro, pues ningún barco de Europa, en aquella época, navegaba en el Océano Indico. Para hacerlo, hubiera sido necesario dar la vuelta al Cabo de Buena Esperanza, y los dieppenses no iban, a lo largo de las costas africanas, más allá del río Zaire (Congo). Por lo tanto, habían encontrado una nueva fuente de abastecimiento. Ahora bien: fuera del Asia meridional, el brasil sólo existe en la América Central y el Amazonas: una variedad del sapang, la *Caesalpinia brasiliensis*. Por supuesto, marinos y comerciantes guardaban, según era costumbre, el secreto más riguroso respecto de la situación de las tierras descubiertas. Pero, lógicamente, no podían disimular su existencia: los productos que traían de ellas la hacía manifiesta. Se empezó, pues, a hablar de la isla —todas las tierras nuevas eran islas, ya lo dijimos— donde se procuraban el brasil. Y como no se sabía con exactitud donde se encontraba, se la situaba en los mapas en función de rumores contradictorios entre los cuales nada permitía elegir. Algunos cartógrafos llegaron así a aceptar la existencia de varias islas del mismo nombre. En Normandía y, en especial, en Dieppe, se sabía, por cierto, a qué atenerse. En 1503, cuando ya no era necesario —ni posible— guardar el secreto, el capitán Paulmier de Gonneville mencionaba, en un documento judicial entregado por él, después del naufragio de su barco, en la sede del Almirantazgo a instancia del Procurador del Rey, el "país de las Indias Occidentales adonde, desde hace unos años, los dieppenses y malonenses y otros normandos van a buscar madera de teñir en rojo", ese país que los portugueses lla-

maban *Terra Sanctae Crucis*, pero que los franceses jamás designaban con otro nombre que el de *Brésil*.

Las tradiciones dieppenses han conservado el recuerdo de un viaje que el capitán Jean Cousin habría hecho, en 1488, a las bocas del Amazonas. Cuando se dirigía hacia el Africa, su barco habría sido desviado de su ruta, a la altura de las Azores, por una fuerte corriente marina —evidentemente la Corriente Norte-Ecuatorial— y llevado hacia el oeste hasta la desembocadura de un enorme río. Este relato no está documentado, pues un bombardeo inglés destruyó, en 1694, los archivos del Almirantazgo del puerto normando. Los detalles que nos proporciona, dejan, sin embargo, muy poca duda respecto de su realidad. No era éste, por lo demás, sino un viaje de rutina y el Africa constituía su camuflaje habitual. Si se habló de él, en la época del descubrimiento oficial de América, cuando el secreto ya no tenía mayor razón de ser, fue probablemente por un nombre que debió de llamar poderosamente la atención de los dieppenses. El segundo de Cousin, en efecto, era un castellano llamado Pinçon que intentó, durante el viaje, sublevar a la tripulación y fue destituido, a la vuelta, por el Consejo del Almirantazgo. ¿Tratábase de Martín Alonso Pinzón, capitán de *La Pinta* a las órdenes de Colón, que insistió tanto, y con razón, como si conociera el camino, para que la flotilla singlara hacia el sudoeste, lo que obtuvo finalmente, no sin dar después una linda prueba de indisciplina? No podemos descartar esta hipótesis que, si fuera exacta, nos indicaría por qué Pinzón se fue a Roma. También nos explicaría por qué y cómo Vicente Yánez Pinzón, sobrino de Martín Alonso, armó de su hacienda, en 1499, una expedición a América y alcanzó justo el punto de la costa que, según todo parece demostrar, había tocado Cousin once años antes.

Otro viaje dieppense, acerca del cual tenemos prue-

bas documentales, el que realizó, en 1503, el capitán de Gonneville, no tuvo por razón de ser el trueque rutinario que permitía obtener el palo brasil, sino la toma de posesión de tierras mucho más meridionales que las que frecuentaban hasta entonces los navíos normandos. Contamos en una obra anterior ([43]) la expedición que llevó *L'Espoir* a las costas del Guayrá —el actual Estado brasileño de Santa Catalina— y la estada de seis meses en la región que permitió a Gonneville echar las bases del servicio regular que organizaron, tan pronto como volvió, dos armadores dieppenses, los célebres hermanos Ango. Hasta 1555, fecha en la cual Villegaignon fundó, en Río de Janeiro, su efímera Francia Antártica, verdaderas flotas mercantes partían regularmente, para el Brasil, de Dieppe, Honfleur, Ruán y El Havre. Las relaciones entre Normandía y la Tierra de los Papagayos eran tan estrechas que, en 1550, se pudo organizar en Ruán, en oportunidad de la visita de Enrique II y Catalina de Médici, una fiesta india con la participación de cincuenta tupinambáes y de doscientos cincuenta marineros e intérpretes que habían vivido en el Brasil.

Al dirigirse hacia el sur a lo largo de las costas sudamericanas, Gonneville verosímilmente sabía adonde iba. Pues el Guayrá, del que tomó posesión en nombre del rey de Francia, había formado parte, en los siglos XII y XIII del imperio vikingo de Tiahuanacu. No volveremos aquí sobre la demostración que hicimos anteriormente ([4]) de la presencia de daneses, a partir del siglo x, en la América Central y la América del Sur, ni sobre las excavaciones y relevamientos ([43]) que nos permitieron descubrir, en el Paraguay, inscripciones rúnicas que pudieron traducirse. Recordemos simplemente que establecimos que, hacia 1250, los vikingos de Sudamérica habían retomado contacto con sus primos de Europa y, en especial, de Normandía y ha-

bían traído de vuelta a un sacerdote católico que llamaban Thul Gnupa, el Padre Gnupa. Los indígenas del Guayrá y del Paraguay conservaban su memoria con el nombre de Pay Zumé, lo que hizo creer a los jesuitas que evangelizaron la región, a principios del siglo XVII, que el apóstol Santo Tomé los había precedido en América. Sabemos por el mapa de Waldseemüller que otros, cien años antes, ya habían tenido la misma idea.

La toponimia del Paraguay y del Guayrá, y es éste el punto que nos interesa aquí, aún conservaba, en la época de la conquista española, rastros importantes de la presencia danesa. Dos mapas nos lo prueban. El primero (*foto 13*), diseñado por Hulsius, en Nurembergo, en 1599, luego antes de la llegada de los jesuitas al Paraguay, es sumamente inexacto, aun en lo que atañe a la costa. La isla Santa Catalina, por ejemplo, se halla unos ocho grados demasiado al norte y el Cabo San Vicente, que está situado en la entrada del Golfo de Santos, se encuentra en la desembocadura de un río Guanabara, en realidad la Bahía de Guanabara, en cuya orilla está edificada Río de Janeiro. En el interior, el río Paraguay, extrañamente denominado Parabol, toma su fuente en los Andes y su curso se confunde con el del Pilcomayo, mientras que el Paraná toma su lugar, desde la mítica laguna de los Xarayes —aquí Eupana— de donde sale. Tal imprecisión no tiene por qué sorprendernos, pues el mapa de Hulsius es, según creemos, el primero que haya incluido el Paraguay, en una época en que sólo los alrededores de Asunción habían sido explorados a fondo, y lo diseñó un geógrafo de gabinete que debía necesariamente limitarse a recopilar elementos de origen múltiple, sin poder analizarlos ni menos aún interpretarlos. Así encontramos en la región que nos interesa toponímicos guaraníes, españoles, portu-

gueses y franceses, u ortografiados a la francesa, pero también tres nombres netamente escandinavos.

El primero, *Froenirtiere*, designa una localidad situada justo al norte de Asunción. El profesor Hermann Munk ve en él un compuesto norrés de *frönir*, nominativo plural de *fröno*, "bien del señor, bien común", y de *djara*, alquitrán, cuya raíz indoeuropea *dru* o *drew* dio *triu* en gótico y *tree* en inglés, con el sentido de árbol. Tendríamos así "Bienes del Señor-bosque": Bosque común.

El segundo toponímico, *Weibingo*, designa otra localidad situada sobre el "Parabol", al oeste de Asunción. Su significado es mucho más claro que el anterior. La palabra viene, en efecto, del norrés *vej*, camino, y *vink*, señal, o *vinkel*, ángulo, recodo, dos términos que, por lo demás, tienen la misma raíz. Precisemos que la *b* y la *v* se pronuncian del mismo modo, en español —y las informaciones recibidas por Hulsius eran necesariamente de origen español— y que, en aquella época, se las escribía constantemente la una por la otra. Por otro lado, la *k* y la *g* se expresaban, en escritura rúnica tardía, mediante una sola y misma letra. Por fin, la *w* para rendir el sonido *v* es normal bajo la pluma de un alemán. El sentido de *Weibingo* puede ser, por lo tanto, "Señal del Camino" o "Recodo del Camino".

El tercer nombre de lugar netamente escandinavo pertenece a una localidad situada al sud-sudeste de Weibingo, del otro lado del "Parabol": *Naperüs*, que viene del norrés *hnapp*, balde, palangana, taza.

Mencionemos también otro toponímico de consonancia germánica, cuya interpretación es menos segura: *Lüburic Saba*, al sur de Weibingo, que parecería ser el nombre de un afluente del "Parabol" si el río no tuviera también otro: Stuesia. *Lüburic*, nos dice Hermann Munk, viene del norrés *leyfa*, cuya raíz es *lub*, *laub* o *liu* (lü) y que

significa "permitir, alquilar". *Saba* derivaría del viejo alto alemán *sap*, savia. El sentido global del vocablo se nos escapa. *Dubero* (Duber), nombre de una aldea situada entre Asunción y Weibingo también parece germánico, pero resiste cualquier intento de traducción.

El otro mapa (*foto 14*) fue enviado a Roma por el P. Diego de Torres, provincial de la Compañía de Jesús, con su *carta annua* del 17 de mayo de 1609. Es mucho más exacto que el anterior, especialmente en lo que atañe al curso del Paraná, por lo menos hasta la altura de la Laguna de los Xarayes, al sur de la cual figura la localidad de Puerto de los Reyes, fundada en 1549 por el adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca. El autor del mapa evidentemente bebió de varias fuentes de información, como lo prueba la ortografía portuguesa —*Taquari*— del río Tacuarí, pero algunos de sus datos provienen, sin duda alguna, de los misioneros de la Compañía. Los padres Cataldino y Maceta, exploradores y colonizadores del Guayrá —la región situada entre el Paraná y el Océano Atlántico, al norte de la Sierra dos Patos, de nombre hispanoportugués— eran italianos, y el Marañón, o Alto Amazonas, lleva el nombre del primer navegante español que lo recorrió, Orellana, pero ese nombre está escrito a la italiana, *Oregliana*.

De los toponímicos norreses o de consonancia germánica del mapa de Hulsius, sólo queda Weibingo. Las aldeas de Naperüs y de Dubero han desaparecido lisa y llanamente, como también el río a lo largo del cual se leía Lüburic Saba. En contrapartida, encontramos tres otros nombres de lugar del mismo género en el Guayrá. Uno de ellos, al nordeste del confluente del Iguazú (mal ortografiado Iguzú) y del Paraná, no está acompañado por ningún símbolo topográfico y no sabemos, por lo tanto, a qué tipo de accidente se refiere. Se trata de un vocablo

norrés indiscutible: *Storting*, "Gran Asamblea", que viene de *stor*, grande, y de *thing*, asamblea. El sonido *th* no existe en guaraní, idioma en el cual la palabra llegó a los oídos del cartógrafo o de su informante. Por lo demás, aún hoy, el parlamento noruego se llama *Storting*.

El segundo de los toponímicos norreses en cuestión es el de la aldea de *Tocanguzir*, situada sobre el río Paranapané —aquí, Tocanguazú—, un poco al este de la desembocadura de su afluente el Taquarí, y al norte de otra localidad denominada, en un guaraní mal ortografiado, Abangobi, de *ava*, indio, y *hovi*, amontonar: "Muchedumbre de indios". Tocanguzir viene del norrés *toga*, genitivo plural de *tog*, expedición, y de *husir*, nominativo plural de *hus*, casa: "Casas de las Expediciones". La *n* es evidentemente fonética, como en Abangobi. La *h* aspirada, que no existe en castellano, se convierte, en las trascripciones de la época, en una *g*. La *s* y la *z*, en la América meridional como en algunas provincias de España, son intercambiables.

Queda, por fin, el nombre de *Tocanguazú*, atribuido por error a un río, pero que Cabeza de Vaca da a un cacique —y por lo tanto a una aldea, pues llama a menudo a los jefes indígenas por el nombre de sus posesiones, al modo europeo— y que su secretario, Pedro Hernández, escribe *Tocaguazú*. Las dos primeras sílabas de este toponímico son norresas, acabamos de verlo. No es éste el caso de *guazú* que significa "grande" en guaraní. Tal acoplamiento no tendría sentido alguno. Creemos que *guazú* es la deformación guaraní del quichua *huasi*, casa, que, a su vez, es una deformación, por los indios del Altiplano donde los vikingos tenían su capital, del norrés *hus*. En dos formas distintas, una de las cuales es bien norresa mientras que la otra muestra la influencia sucesiva del quichua y del guaraní, *Tocanguzir* y *Tocanguazú* indican, pues, dos *To-*

gahusir, dos albergues de etapa en el camino que llevaba del Atlántico a Asunción y a Tiahuanacu. El cartógrafo recogió los vocablos sin entenderlos y lo confundió todo, como lo demostramos en una obra anterior [43].

La toponimia norresa del Paraguay y del Guayrá debía de comportar muchos otros nombres que los españoles, por una u otra razón, no relevaron, pero que sólo desaparecieron lentamente del uso local. Tres de ellos, por lo menos, se empleaban aún a fines del siglo XIX. Los encontramos en un atlas alemán de 1894 [50]. En su mapa del Paraguay figuran, al este del río del mismo nombre, en una zona que pertenecía entonces a Bolivia, tres aldeas que llevan los nombres extraños de *Paat de Egippemin*, *Paat de Keira* y *Pidma Paat*. Esto no es ni guaraní, ni español, salvo la preposición "de", ni alemán. En norrés, por el contrario, *paat* significa "camino hondo", "sendero". En Egippemin, el profesor Hermann Munk reconoce sin dificultad el norrés *egg*, rincón, y ve en *pemin* un derivado del indogermánico *pemph*, crecer, de donde proceden el latín *pampinus*, pámpana, el inglés *pimple*, grano, el alemán *Fimme*, hacina. Falta el vocablo norrés correspondiente, pero sabemos que los vikingos del Paraguay venían del Schleswig y hablaban un dialecto intermedio entre el norrés y el antiguo bajo alemán [4, 51]: *Paat de Egippemin* querría decir, pues: "Camino de la Hacina del Rincón". Pero esta interpretación es incierta, lo que, por lo demás, no tiene nada de sorprendente si se piensa que el toponímico se trasmitió oralmente durante varios siglos. La preposición española que une sus dos términos bastaría para mostrar que sufrió una modificación. Los dos otros nombres son más fáciles de traducir. *Keira* parece derivar del norrés *keis*, curva, recodo: *Paat de Keira* significa, pues, "Camino tortuoso". Y *Pidma*, del norrés *bita*, mordedura, cuya raíz indogermánica es *bhid*,

dividir. De ahí el sentido de *Pidma Paat*: "Camino de la Bifurcación".

Si aún se podía, en 1599, y hasta en 1894, relevar en el Paraguay y en el Guayrá toponímicos norreses, es infinitamente probable que los normandos, que frecuentaron asiduamente la región durante medio siglo, a partir de 1503, los hayan oído mencionar por los indígenas con los cuales mantenían excelentes relaciones. Más aún, debieron de entrar en contacto con descendientes de los vikingos que, a principios del siglo XVI, todavía no estaban tan degenerados como en nuestros días, puesto que pudimos relevar, en el Paraguay, inscripciones rúnicas de 1431 y 1457 ([43]). Hasta habían debido de identificarlos, puesto que se encontraban, a bordo de los navíos normandos, marineros que habían frecuentado los puertos daneses y debían de comprender el dialecto norrés que aún hablaban los que, con el tiempo, se han convertido en los "indios blancos" guayakíes ([43]). Tenemos la prueba de que, efectivamente, así sucedió.

En el mapa de Hulsius (*foto 13*), leemos, en efecto, en el lugar del Guayrá, en grandes letras como si se tratara del nombre de la región, la inscripción *C. Daria*, sin ningún símbolo topográfico. La abreviatura *C.*, seguida de un vocablo femenino, sólo puede significar, en un mapa, *Civitas, Ciudad* o *Cidade*, "ciudad" en latín, español y portugués, respectivamente, o *Costa*, en bajo latín y en los dos idiomas modernos arriba mencionados. Pero la palabra *Daria*, que no es ni francesa ni guaraní, no quiere decir nada en ninguno de los idiomas en cuestión. ¿Trataríase de una mala trascripción del geógrafo alemán o de su editor holandés? Hay una buena razón para creerlo. Observemos, en efecto, la parte que nos interesa (*foto 15*) del globo de Vulpius, anterior en cincuenta años al mapa de Hulsius. En el lugar del Guayrá, leemos *Costa Danea*,

"Costa Danesa", en bajo latín. La *n* de *Danea* puede fácilmente tomarse por una *r*. Hulsius, que evidentemente no estaba al tanto, debió de encontrar inverosímil el nombre de Costa Danesa y leer *Darea* en lugar de *Danea*. Y como *Darea*, no sólo carece de todo sentido, sino que además choca el oído de todo latinista, escribió *Daria* que tiene la consonancia del femenino —inexistente— de *Darius*.

Esta Costa Danesa, los normandos la habían oído mencionar muy a menudo mucho antes del viaje de Gonneville, y tal vez la frecuentaran desde hacía ciento cincuenta años, como la del Amazonas adonde iban, desde mediados del siglo XIII, a buscar el palo brasil. La misión enviada a Europa, hacia 1250, por los daneses de Sudamérica había alcanzado Escandinavia —el tapiz de Ovrehogdal, en el cual se ven llamas (4) lo atestigua—, pero también Normandía: la estatua preincaica de Tiahuanacu, que se conoce como El Fraile, es la copia perfecta, estilo aparte, de un apóstol del portón central de la catedral de Amiens y el friso de la Puerta del Sol reproduce en sus menores detalles, como lo demostró Héctor Greslebin (4), la adoración del Cordero que figura en el tímpano de esa misma iglesia. Ahora bien: Dieppe, la ciudad de Jean Cousin y de Paulmier de Gonneville, es el puerto natural de Amiens, a unos cien kilómetros. Por supuesto, esos aparecidos que surgían del Mar Tenebroso debieron de ser largamente interrogados por los marinos normandos. Ahora bien: conocían perfectamente las costas sudamericanas y, según las tradiciones indias recogidas por los cronistas de la época de la Conquista, habían ido hasta el estrecho del Sur (43). Su imperio se extendía desde la actual Colombia hasta el sur de Valparaíso, en Chile: la costa del Pacífico no debía de tener secretos para esos incomparables navegantes. Tenían, por otra parte, varios puertos en el Atlántico (51): hasta sabemos (43) en qué lugares recaló el

barco que trajo el P. Gnupa de Europa: la Bahía de Todos los Santos y el actual Cabo Frio, al norte de Río de Janeiro, punta meridional de un gran golfo cuya punta septentrional se llama aún hoy Cabo Santo Tomé: justo los dos lugares donde Gonneville tocó tierra cuando su viaje de vuelta.

Inútil agregar que los marinos daneses que se lanzaron en el Océano para ir a Europa debían de estar provistos de mapas de Sudamérica. Y es lógico suponer que no habían debido de enconderlos al llegar a Normandía: no tenían por qué temer ni rivalidad política ni competencia comercial. Si las cosas sucedieron de esta manera, sabemos dónde Waldseemüller pudo procurarse un mapa del subcontinente que sólo marinos cultos que hubieran recorrido todas sus costas podían haber diseñado. ¿Pero por qué, en estas condiciones, no hizo figurar en su mapamundi el Estrecho "de Magallanes"? El o su amo debían de tener sus razones. Pues Maese Hylacomilus no omitió el pasaje: lo cortó o, por lo menos, cortó su emplazamiento, sacrificando la armonía de su obra. Para limitar América al 40º paralelo, tuvo que abrir, ya lo vimos, el marco de su mapa para que el Africa, que hacía descender demasiado hacia el sur, no quedara trunca. ¿Era esto ignorancia de su parte, o disimulación? De cualquier modo, otros —uno, por lo menos— no desconocían, pocos años después, sin que se hubiera producido ningún hecho nuevo, la existencia del Estrecho. Pues, en 1515, Johann Schöner, mero plagiario de Waldseemüller por lo demás, diseñó el pasaje en su famoso globo.

VII

El secreto dieppense

Llegado al final de nuestro análisis, nos es fácil reconstruir la novela —vivida— de espionaje cuya conclusión fue el "descubrimiento", en 1492, por un apátrida al servicio de España, de un "Nuevo Mundo" cuyas costas occidentales los romanos, sin hablar de los hindúes ni de los chinos, ya frecuentaban a principios de nuestra era.

Todo empieza hacia 1250, cuando un barco enviado por los vikingos establecidos en Sudamérica desde el siglo XI, recala en Normandía, probablemente en Dieppe. Del viaje, tenemos pruebas sólidas: existen aún, en Tiahuanacu, esculturas preincaicas que reproducen motivos del portón central de la catedral de Amiens, terminado en 1236; las tradiciones indígenas nos relatan la llegada al Guayrá, en la misma época, de un sacerdote católico, el P. Gnupa, y los normandos empiezan a importar rollos de palo brasil que sólo podían encontrar en las selvas amazónicas o en las Antillas. Optimos navegantes, los daneses de Sudamérica que habían explorado, lo sabemos, todas las costas del subcontinente, sin ninguna duda habían llevado consigo, al lanzarse en el Océano, todos los mapas que habían elaborado. Estos se copiaron en Dieppe. Los descendientes de los vikingos no tenían razón alguna de esconderlos a sus huéspedes y primos. Los dieppenses, que empiezan en seguida a utilizarlos, tienen, por el contrario, el mayor interés en conservar el monopolio de la importación de uno de los productos más cotizados de la Edad Media, lue-

go a guardar el secreto de las tierras occidentales donde se lo procuran.

Ya se conocía en Europa, por la *Historia ecclesiastica* de Adán de Brema, la existencia de las colonias vikingas del Vinland. Pero no se debía de darles mucho más importancia que a la isla de San Brandán o a las tierras de Madoc: meros temas de baladas para los troveros y de ensueños para los marinos. Todo cambia a partir del momento en que se tienen pruebas tangibles —un barco que llega, hombres extrañamente vestidos que describen sus riquezas, mapas que muestran su extensión y sus contornos— de la realidad de un continente inmenso donde los escandinavos se han conquistado un imperio, de un continente adonde se puede, de ahora en adelante, ir a buscar el precioso palo brasil. ¿El Vinland no sería la prolongación septentrional de la Tierra de los Papagayos? Es fácil informarse. Los normandos nunca habían perdido completamente el contacto con su madre patria danesa. A principios del siglo XIV, y tal vez antes, relaciones marítimas seguidas se establecen entre el Ducado y el Reino ([52]). En Dinamarca, los dieppenses se procuran sin dificultad, no sólo informaciones aún frescas —el último viaje conocido al Markland es de 1347—, sino tambien mapas como los que reprodujimos. Por eso, no tardaron mucho en ir a pescar bacalaos en Terranova.

Los normandos tienen la fama merecida de ser los más desconfiados de los franceses. Ningún secreto, sin embargo, puede ser guardado indefinidamente, por más precauciones que se tomen. Las expediciones al Amazonas son presentadas como viajes de rutina en las costas del Africa y se hace jurar a los marinos que en ellas participan callar su verdadero destino: pero el brasil que entra por los puertos normandos llama la atención, especialmente en las ciudades italianas que tenían, hasta entonces, el mo-

nopolio de su comercio. Y si los dieppenses nunca hablan de pesca de altura, sus vecinos y rivales bretones de Saint-Malo, por ejemplo, no pueden ignorar por mucho tiempo que barcos normandos vuelven cargados con pescados, de una especie desconocida a lo largo de las costas francesas, que, secados y salados, constituyen una mercadería de alto provecho: el Stockfisch, que sólo la Hansa, hasta entonces, podía proveer. Los pescadores de Saint-Malo, de La Rochelle y de los pequeños puertos de Gascuña no tardan en seguir a los dieppenses hasta Terranova, adonde, tal vez persiguiendo sólo las ballenas, también llegan los vascos.

Corre el tiempo. Portugal, que ha dado asilo a buena parte de la flota templaria, se convierte en una potencia marítima. El infante Enrique el Navegante elabora el proyecto de procurarse las especias sin pasar por los árabes y los italianos. Se va a buscar en Berbería, luego en Guinea, la malagueta (*Amomum grani paradisi*), o pimienta negra, y la canela. ¿Por qué no traer también la madera de tintura, como lo hacen los normandos? ¿Pero dónde la encuentran éstos? Portugal tiene a sus espías que informan a Lisboa que los barcos dieppenses descienden efectivamente a lo largo de las costas del Africa hasta el Ecuador, pero se lanzan después en el Atlántico y alcanzan una gran isla donde recogen la preciosa madera. Es probable, inclusive, lo veremos, que obtengan alguna copia más o menos exacta del mapa vikingo de la América del Sur. El contenido de sus informes no es muy verosímil y los portugueses creen que se trata de "intoxicación", como se dice hoy día en los servicios de informaciones. Aún no piensan sino en la ruta de las Indias por el Cabo de Buena Esperanza que sus navíos no van a demorar mucho en pasar. Se deposita el material dieppense en la *Tesoureria* —¿quién sabe?— y nadie piensa más en él.

Por su lado, los italianos, preocupados, no sin razón, por la competencia incomprensible de los normandos, buscan, también ellos, informarse. Recogen algunos rumores imprecisos acerca de tierras situadas más allá del Atlántico, a veces en el Sur, otras veces en el Norte, y que se llaman, en Normandía —generalizan—, Brasil o Bracir. Los cartógrafos anotan religiosamente la "isla" en sus mapas, en el lugar donde las informaciones recibidas aconsejan situarla —Andrea Bianco, en 1436, demuestra tener mejores datos que los demás— y, cuando ésas son contradictorias, no vacilan en representar varias veces, en puntos distintos del Océano, la tierra misteriosa que parece gozar del don de ubicuidad.

El brasil constituye un problema, pero hay otros. La malagueta y la canela que los portugueses importan del Africa compiten peligrosamente con las especias del Extremo Oriente. Mucho antes de Cantino, espías italianos debían, pues, de "trabajar" en Lisboa y la *Tesouraria* del Rey, un tanto permeable, ya lo vimos, merecía sin duda alguna toda su atención. En ella se consiguen, a fuerza de ducados, informaciones que permiten agregar a los mapas del Atlántico las grandes islas antillanas, y hasta representar detrás de ellas —Pareto, en 1455— el vago trazado de las costas continentales de América: alguien había echado una ojeada, sin poder copiarlo, al mapa del Nuevo Mundo traído a Dieppe por los vikingos de Tiahuanacu y completado gracias a los datos obtenidos en Dinamarca respecto del Vinland.

¿Quién tuvo entonces esa idea genial? La *Geografía* de Ptolomeo constituía, en la Edad Media, especialmente desde el siglo XIII, el texto fundamental de todos los estudios cartográficos. En el mapamundi que la ilustraba figuraba, en los confines del Extremo Oriente, la Tierra de Cattigara cuyas costas orientales no estaban represen-

tadas. ¿Fue Toscanelli quien, por primera vez, tuvo la idea de completarla con el trazado del mapa vikingo? No es imposible. Tal vez ya esté en correspondencia, en 1457, fecha del mapa que se le atribuye, con el canónigo Martínez o Martins. Sin embargo, su trazado de la "India Oriental" no es lo bastante parecido como para que estemos seguro de ello. Por el contrario, no hay ninguna duda en lo que atañe al mapa diseñado, en 1489, por Henricus Martellus: en él, la Tierra de Cattigara se convierte en una enorme península cuya forma general mucho se acerca a la de Sudamérica, Tierra del Fuego incluida. Pero alguien se había adelantado al geógrafo alemán: en el archivo secreto de Lisboa, Colón no se había limitado a copiar la carta de Toscanelli. Había visto el mapa de Dieppe, o tal vez algún mapamundi diseñado por Martín Behaim sobre la base del mapa en cuestión. De ahí su viaje a Thule, destinado a confirmar los datos así recogidos. De ahí también su certeza de que el Nuevo Mundo se confundía con la Tierra de Cattigara y estaba situado donde se encuentra realmente. Es asimismo en la *Tesouraria* de Lisboa que Magallanes, unos años más tarde, hurta el mapa, atribuido por Pigafetta a Behaim, en el cual figura el estrecho meridional de América. Si no se trata del Mapa de Dieppe, o de algún otro que se haya inspirado en él, no puede ser sino una copia del globo de Schöner, terminado en 1515, cuatro años antes de que el tránsfuga portugués presente su proyecto a Carlos V. Esta última hipótesis nos lleva al "mapa imposible" de Saint-Dié.

Waldseemüller, ya lo vimos, no es sino un magnífico artesano. Su oficio es diseñar y grabar mapas. Para ello, utiliza los datos que se le suministran, sin que su cultura, sumamente mediocre, le permita evaluarlos: coloca sin vacilar una abadía —le pertenezca o no un error de

traducción tan ridículo— en la América del Sur de los primeros años del siglo XVI. Técnico extraordinario, inventa la proyección globular que exige cálculos complicados, pero no vacila en desplazar toda una serie de toponímicos doce grados hacia el sur, sin preocuparse en absoluto por la incoherencia que de ello resulta: la parte más o menos inexplorada de Sudamérica cubierta de nombres de lugar y el Nordeste, ya bien conocido, casi en blanco. Nadie, por otra parte, en el Gimnasio Vosgense, parece saber más que él en el campo de la geografía. Por eso no debe sorprendernos que su mapamundi de 1507 esté hecho, manifiestamente, de tres elementos de distinto origen.

El primero es el antiguo continente tal como lo había representado Henricus Martellus, con la Península de Cattigara en forma de América del Sur. No lo debe, sin embargo, al geógrafo alemán, pues le agrega una novedad: el estrecho que divide la "Tierra del Fuego". Maese Hylacomilus, por lo tanto, copia un mapa arcaico y lo hace sin entender que la "India Oriental" que en él figura no es sino la parte meridional de América. Intercala, en efecto, el Nuevo Mundo —su segundo elemento— entre el Asia oriental y la Europa occidental: una América del Sur casi completa, la América Central colombina y una América del Norte reducida al Vinland con el agregado de la Florida. En fin, cubre la costa oriental de Sudamérica con una serie de toponímicos —tercer elemento— que provienen de mapas y relaciones diversos y, cuando sólo dispone, como en el caso de la América meridional, de vagas indicaciones topográficas, sin las latitudes correspondientes, los coloca a la buena de Dios. Lo cual demuestra que está utilizando un mapa mudo.

Cosa extraña, a primera vista: el diseño de la América del Sur es notablemente exacto, en el mapamundi de Saint-Dié, salvo que no pasa del 40° paralelo, faltándole, pues, el

estrecho y la Tierra del Fuego, pero él de la América del Norte a la vez está atrasado con respecto a su época, puesto que no comprende ni Groenlandia, ni las *Baccalaurae*, ni Terranova, y muy adelantado, ya que nos presenta el continente completamente separado del Asia. Ahora bien: estas dos características, aparentemente contradictorias, son muy exactamente las del Mapa de Dieppe, y de ningún otro; del mapa íntegro, y no de la copia parcial —la América del Norte no figura en ella, puesto que Colón une el Nuevo Mundo con el Asia— de que dispone la *Tesouraria* de Lisboa.

Por otro lado, la toponimia sudamericana de Waldseemüller no es exclusivamente portuguesa y española. No aludimos aquí a los nombres de lugar latinos, los que pueden tener cualquier origen, sino a la mención de una *Terra S. Thome* en el lugar del Guayrá, donde los misioneros recogerán más tarde la tradición del paso de Pay Zumé, de ese *Thul* Gnupa del que harán Santo Tomé. Desde el punto de vista meramente lingüístico, el nombre mencionado por Waldseemüller puede ser portugués, aunque le falta el acento que exige la *e* final, error de ortografía admisible en un cartógrafo alemán, o latino, puesto que, en la época, a menudo se sustituía con *e* el diptongo *ae*. Sin embargo, la primera hipótesis es difícil de aceptar. *Terra S. Thome* no es un nombre arbitrariamente dado a algún punto del mapa, como todos los demás, sino el fruto de un estrecho contacto con los indígenas. Ahora bien: los portugueses aún no frecuentaban el Guayrá que ocuparán recién en el siglo XVII, después de rechazar a los españoles. Por ello la región toda está en blanco, en el mapa de Saint-Dié, sin un solo nombre, sin un solo río siquiera. Por el contrario, los normandos mantenían allá, desde el viaje de Gonneville, las mejores relaciones con los habitantes, algunos de los cuales, por lo

demás, no debían de ser indios, sino daneses. Parece, pues, que a ellos se deba atribuir el nombre latino de *Terra S. Thome*. Cien años antes de los españoles, habían debido de oír hablar del sacerdote cristiano que los descendientes de los vikingos llamaban Gnupa y los indios, Zumé, en el cual habían creído reconocer al apóstol Santo Tomé.

¿Cómo el Mapa de Dieppe habrá llegado a Saint-Dié? Notemos, en primer lugar, que el secreto ya no puede ser tan estricto como antes. Todo el mundo ahora, conoce América. Al servicio del rey de Inglaterra, Juan y Sebastián Cabot exploraron las costas del Labrador y de Terranova. Los portugueses lanzan expediciones y más expediciones hacia Sudamérica. Guardar silencio acerca de lo que otros proclaman ya carece de todo sentido, para los dieppenses. Hasta pueden tener interés, para defender los derechos que la bula de Alejando VI niega a los franceses, en hacer conocer los precedentes que juegan en su favor. Algunos pueden creerlo, por lo menos. Algunos, de cualquier modo, pronto lo creerán. Tal vez no sea sin razón que los dieppenses sostienen, hoy día, que sus cartógrafos fueron los primeros en separar, en sus mapamundi, América del Asia ([53]).

Renato II se apasiona por la geografía. Soberano de una Lorena sin costas, no es un competidor para las potencias marítimas y ellas no lo temen. Dispone, por supuesto, de importantes medios materiales. Por otro lado, mantiene inmejorables relaciones tanto con el Rey de Francia como con el Emperador de Alemania. Se aprovecha de esas ventajas para procurarse informaciones que trasmite a Saint-Dié y a Estrasburgo. Algunas vienen de Francia, como la *Lettera* de Vespucio, que manda, en traducción francesa, al canónigo Lud. Es altamente probable que sea él quien haya procurado al Gimnasio Vosgense

el Mapa de Dieppe, obtenido por vía diplomática o comprado por alguno de sus espías.

La hipótesis diplomática es la más verosímil. Francia tiene, en efecto, un interés manifiesto, en ese principio del siglo XVI, en demostrar al mundo —y al Papa— que los españoles y los portugueses no descubrieron nada que no se conociera ya anteriormente. La maniobra, de haberse llevado a cabo, dará buenos resultados. Clemente VII tendrá que declarar, en 1533, que la bula en cuestión "sólo concernía a los continentes conocidos y no a las tierras descubiertas ulteriormente por otras coronas". Dicha bula es de 1493. El Papa tendrá, por lo tanto, que admitir que la América Central y la América del Sur eran, inmediatamente después del primer viaje de Colón, quien, sin embargo, aún no había alcanzado sino las Antillas, un continente conocido. Mantendrá el privilegio hispanoportugués, pero cederá en cuanto a Norteamérica, de la que sólo una pequeña parte figura en el mapa de Waldseemüller. Francia puede colonizar libremente el Canadá. Sólo le queda prohibida la Tierra de los Papagayos; interdicción ésta que, por lo demás, Francisco I y Catalina de Médici no acatan en absoluto.

Si nuestra hipótesis es exacta, París busca, al hacer divulgar por un tercero el Mapa de Dieppe, trabar a los españoles y portugueses en sus pretensiones: no suministrarles informaciones que puedan incitarlos a ir adelante. La América del Sur, de acuerdo, pero sin el estrecho. Por eso el Duque Renato da órdenes al Gimnasio Vosgense para que el mapamundi que le encarga diseñar no comporte el pasaje meridional, ni se acerque siquiera en demasía al lugar donde se encuentra. Waldseemüller, por lo tanto, corta su mapa en el 40° paralelo, con la consecuencia de que debe así abrir su marco para respetar el Sur del Africa, que sitúa erróneamente a los 45 grados.

Gracias a su impresionante mapamundi, Waldseemüller se convierte de repente en un hombre célebre. Los cosmógrafos de Alemania, sus compatriotas, toman contacto con él. Quieren saber de dónde su joven colega sacó las informaciones que le permitieron diseñar su "mapa imposible" y por qué, en éste, la América del Sur está trunca. Maese Hylacomilus habla. Por eso, cuando Johann Schöner, en 1515, construye su globo, copia el mapamundi de Saint-Dié, con la grotesca mención de la *Abatia Omnium Sanctorum,* incluso un error de ortografía que le pertenece en propio —*abatia* con una sola *b*—, y la *Sti Thome Terra,* indudablemente en latín, esta vez, pero le agrega el estrecho meridional y una *Brasilie Regio* en la cual se confunden la Tierra del Fuego y la tradicional *Terra Australis.* Y Apiano que, en 1520, plagía lisa y llanamente a Waldseemüller prolonga de unos grados hacia el sur un Nuevo Mundo cuya punta meridional está rodeado por el océano. El hecho de que, en ambos casos, el estrecho esté situado demasiado al norte, pero, no obstante, muy al sur del Río de la Plata, proviene evidentemente de la imprecisión del Mapa de Dieppe. La prueba de ello es que Magallanes no vacilará ni un instante frente al inmenso estuario del río y sólo empezará a buscar el pasaje a la latitud indicada por el mapa que hurtó en la *Tesouraria* del Rey de Portugal.

Todo está claro, ahora. Los dieppenses eran depositarios, desde el siglo XIII, del secreto de América, que habían recibido de sus primos vikingos. El mapa que diseñaron sobre la base de datos que provenían de los daneses de Tiahuanacu y de los noruegos de Islandia no había escapado del espionaje portugués. En Lisboa, Colón y, luego, Magallanes hurtaron copias parciales que no podían, por supuesto, exhibir en Portugal. Ambos pasaron a España y allá obtuvieron los medios que necesitaban, el uno fal-

seando deliberadamente las dimensiones del globo, el otro mostrando un mapa incompleto. Ya en 1493, sin embargo, el Rey de Francia se inquietaba de la repartija del mundo entre los portugueses y los españoles, tal como la había determinado Alejandro VI. Decidió demostrar que las potencias ibéricas no habían descubierto nada. Actuó por intermedio de su buen primo el duque de Lorena e hizo publicar en Saint-Dié el Mapa de Dieppe, voluntariamente mutilado. Hubo indiscreciones y Schöner, unos años más tarde, dio su trazado íntegro. Del secreto dieppense ya no quedó nada, salvo el misterio del "Descubrimiento" y el de un mapa imposible. Creemos haberlos develado.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

(1) Herrmann, Paul: *Historia de los descubrimientos geográficos*, traducción castellana, Barcelona, 1967.

(2) Gandía, Enrique de: *Primitivos navegantes vascos*, Buenos Aires, 1942.

(3) Ibarra Grasso, Dick Edgar: *"La representación de América en mapas romanos de tiempos de Cristo"*, Buenos Aires, 1970. (Las comillas son del autor.)

(4) Mahieu, Jacques de: *El gran viaje del Dios-Sol*, Buenos Aires, 1976.

(5) Braudel, Fernand: *Las civilizaciones actuales*, traducción castellana, Madrid, 1969.

(6) Cortesão, A. Z.: *Cartografia e cartógrafos dos séculos XV e XVI*, Lisboa, 1935.

(7) Aristóteles: *De coelo*, II, 14.

(8) Aristóteles: *De mundo*, III.

(9) Aristóteles: *Meteorologica*, II, 5.

(10) Estrabón: *Geographia*, L. I.

(11) Séneca: *Questiones naturales*, Praefatio.

(12) Séneca: *Medea*, Actus II, Chorus, in fine.

(13) Macrobio: *Commentarius in somnio Scipionis*, L. III. cap. 9.

(14) Plutarco: *De facie in orbe lunae.*

(15) Plutarco: *De defectu oracularum*, cap. 18.

(16) Pseudo Aristóteles: *De mirabilibus auscultationibus*, cap. 84.

(17) Diodoro de Sicilia: *Bibliotheca*, V, 19, 20.

(18) Plutarco: *In vita Sertorii*, cap. 8.

(19) Salustio: *Fragmenta*, 439.

(20) Oviedo y Valdés, Gonzalo Fernando de: *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra-firme del mar Océano*, Madrid, 1815.

(21) Cosmas Indicopleustes: *Topographia christiana,* cap. Christianorum opinio de mundo.
(22) El Edrisi: *Africa.*
(23) Dante Alighieri: *Divina Commedia,* Purgatorio, Canto I, v. 22; Canto IV, v. 139. Inferno, Canto XXXIV, v. 100-127.
(24) Alberto Magno: *Liber cosmographicus de natura locorum.*
(25) Humboldt, Alexandre de: *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América. Historia de la geografía del nuevo continente y de los progresos de la astronomía náutica en los siglos XV y XVI,* traducción castellana, Madrid, 1926.
(26) Navarrete, Martín Fernández de: *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles,* Madrid, 1825.
(27) Barcia, Andrés: *Historiadores prmitivos de la India,* Madrid, 1749.
(28) Martyr d'Anghiera, Piero: *Opus espistolarum,* De rebus oceanicis et de Orbe novo, Basileae, 1533.
(29) Madariaga, Salvador de: *Vida del Muy Magnífico Señor don Cristóbal Colón,* Buenos Aires, 1940.
(30) Pinedo Yáñez, Rafael: *La isla y Colón,* Buenos Aires, 1955.
(31) Wiesenthal, Simon: *Les voiles de l'espoir,* París, 1972.
(32) Cronau, Rudolf. *América,* traducción castellana, Barcelona, 1892.
(33) Casas, Bartolomé de las: *Historia de las Indias,* Madrid, 1875.
(34) Nunn, George E.: *The Geographical conception of Columbus,* Nueva York, 1924.
(35) Barros, Joam: *Da Asia. Dos factos que os portugueses fizeram no descubrimento e conquista dos mares e terras do Oriente,* Lisboa, 1542.
(36) Herrera, Antonio de: *Décadas,* Madrid, 1601.
(37) Pigafetta, Antonio de: *Primo viaggio intorno al globo,* Venecia, 1700.
(38) Furlong, Guillermo: *Martin Waldseemüller y su mapa de 1507,* in LA NACION, Buenos Aires, 1969.
(39) Ruiz-Guiñazú, Enrique: *Proas de España en el Mar Magallánico,* Buenos Aires, 1945.
(40) Un géographe bibliophile: *Martin Hylacomylus Waltzemüller, ses ouvrages et ses collaborateurs,* París, 1867. (Atribuido a M. d'Avezac.)
(41) Ingstad, Helge: *Vinland ruins prove Vikings found the New World,* in NATIONAL GEOGRAPHIC, Washington, 1964.

(42) Gravier, Gabriel: *Découverte de l'Amérique par les Normands,* París, 1874.
(43) Mahieu, Jacques de: *La agonía del Dios-Sol,* Buenos Aires, 1977.
(44) Ramusio, Giovanni Battista: *Terzo volume delle navigazioni e viaggi,* Venecia, 1556.
(45) Cartier, Jacques: *Bref récit et succinte narration du voyage de Jacques Cartier,* París, 1556.
(46) Cleirac: *Us et coutumes de la mer,* París, 1661.
(47) Levesque, René: *L'archéologie à Brador,* rapport préliminaire de la Société d'Archéologie de la Côte Nord, Québec, 1968.
(48) Lescarbot, Marc: *Histoire de la Nouvelle-France,* París, 1611.
(49) Guernier, Eugène: *Jacques Cartier et la pensée colonisatrice,* París, 1946.
(50) *Kiepert's Grosser Hand-Atlas,* Berlín 1894. Mapa Nº 44.
(51) Mahieu, Jacques de: *Drakkares en el Amazonas,* Buenos Aires, 1978.
(52) Mollat, Michel: *Le commerce maritime normand à la fin du Moyen-Age,* París, 1952.
(53) Anthiaume, A.: *Cartes maritimes, voyages et découvertes chez les Normands, 1500-1650,* París, 1916.